Grupo Editorial
Portal



Yo erré con ellas

JÉSSICA MACEDO

JÉSSICA MACEDO

Yo erré con ellas

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño

Jéssica Macedo

Consulte

Margareth Antequera

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún

momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53

Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Epílogo
Sobre la autora
Otras obras
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

Lo dejó todo atrás para convertirse en juez, incluso a ella.

Abandoné todo para dedicarme a mi mayor sueño. Decidido a convertirme en juez, buscaba prestigio, éxito y un dinero que jamás iba a conseguir si seguía el camino de mis abuelos en aquel pueblito.

Nadie era más importante que mi objetivo, ni siquiera Janine, mi sueño de novia, a quien dejé con solo una nota, sin dar explicaciones ni permitir que sus lágrimas me impidieran partir.

Pasaron seis años, me convertí en el juez que había soñado, pero con eso llegaron la frialdad y la soledad. Aun así, nada importaba, hasta que un diagnóstico tiró mi mundo al suelo, mostrándome que el dinero y el prestigio no significaban nada.

Decidí buscar a Janine y descubrí que teníamos una hija juntos. Sin embargo, tal vez no tuviera tiempo de ganarme el perdón por mi error.



Janine

Prólogo

Hace seis años...

Era una típica noche calurosa de finales de noviembre y habíamos dormido desnudos. Pero ¿quién necesitaba ropa después de pasar toda la noche teniendo sexo?

Me sentía la mujer más feliz del mundo al lado del hombre que siempre había amado. Joaquim era mi pasión desde la época de la escuela, pero solo tuve el valor de declararme cuando ambos ya estábamos en la universidad.

Llevábamos saliendo alrededor de un año y yo pensaba que estaba viviendo el mejor momento de mi vida... hasta esa mañana.

Desperté y me estiré en la cama, alargando los brazos y las piernas. Me tomó un tiempo lograr abrir los ojos, porque una luz fuerte del sol entraba por la ventana del cuarto.

—Todavía ni siquiera estamos en verano —murmuré.

Esperaba escuchar alguna respuesta, pero solo encontré silencio.

Palpé la cama buscando su cuerpo antes de abrir bien los ojos y encontrar el espacio vacío a mi lado.

En toda la habitación no había señal de Joaquim, ni siquiera su ropa, esa que yo estaba segura de haber arrojado al suelo.

—¿Dónde estás? —Me giré para levantarme y terminé poniendo la mano sobre una hoja de papel doblada por la mitad, colocada a mi lado en la cama.

No era una gran carta, ni mucho menos una despedida emotiva dirigida a alguien que lo había amado más que a nada. En ese simple papel, escrito con bolígrafo azul, estaban las palabras de una despedida que me marcaría por el resto de mi vida.

Janine,

No podemos seguir viéndonos.

Eres una distracción para mis planes.

¡Adiós!

Joaquim.

Desde aquel día nunca más lo volví a ver y estaba demasiado destrozada como para preocuparme en buscarlo.

Mi madre tenía razón: ese hombre nunca me mereció.



Joaquin

Capítulo 1

Yo estaba sentado en esa maldita silla incómoda de la sala de espera del consultorio médico, observando a los profesionales y pacientes que iban de un lado a otro, haciéndome sentir aún más impaciente. Era como si todos fueran atendidos menos yo.

Revisé la hora en mi reloj de pulsera; llevaba esperando casi dos horas, y mi médico ya tenía al menos una de retraso. Parecía que estaban poniendo a prueba mi paciencia al máximo.

Empecé a golpear el suelo con el pie sobre aquel piso blanco, pero en vez de ayudarme, solo logró que me sintiera más ansioso.

Siempre me consideré un hombre con mucho conocimiento e inteligencia, sin embargo, sostenía aquel montón de exámenes sin entender absolutamente nada de lo que decían. Solo parecían malas noticias.

Llevaba casi un mes sintiéndome mal, con dolores en el pecho, dolor de cabeza y escupiendo sangre. Al principio pensé que podía tratarse de una úlcera, pero con el paso del tiempo se hizo evidente que no era solo eso.

Me sentía muy mal, estaba perdiendo peso porque tenía dificultades para comer y vomitaba con frecuencia. Aunque no supiera exactamente qué me estaba ocurriendo, los signos de que

algo andaba mal eran demasiado claros. Luego de que se confirmaran las sospechas de que podría ser cáncer, tuve que pedir una licencia médica sin fecha de regreso.

Por más que no quisiera alejarme de mi trabajo, que era todo para mí, me vi obligado a hacerlo después de vomitar sangre sobre mi mazo en medio de una audiencia. Desde ese día, ya no podía seguir negando que mi salud iba de mal en peor...

—Joaquim Torres —llamó un médico al aparecer en el pasillo, sosteniendo una ficha hecha con una hoja tamaño oficio que seguramente tenía mi nombre.

Me levanté de esa silla de plástico que ya debía haber adoptado la forma de mi culo y caminé hasta el médico. Asintió con un movimiento de cabeza y me guió hasta su consultorio.

El sujeto de cabello canoso, de unos cincuenta o sesenta años, tenía un aire demasiado amable para alguien que se parecía tanto al ángel de la muerte.

—Hola, Joaquim.

—Doctor Carlos.

—¿Todo bien?

—Me gustaría decir que sí, pero sabe que ese no es el caso.

—Lo lamento.

—Yo también. Pero vayamos directo al grano. —Le extendí la carpeta que llevaba como si estuviera hecha de plomo en lugar de solo papeles—. Aquí están los exámenes que me pidió.

—¡Toma asiento! —Indicó la silla de plástico frente a él. Ya estaba harto de esas sillas.

—Estoy bien de pie.

—Podemos tardar aquí. Es mejor que te sientes, muchacho.

¿Muchacho?

Casi me reí solo. Últimamente me sentía como un viejo de ochenta años, aunque no llegara ni a la mitad de esa edad.

—Empecemos con esto de una vez.

—No es como depilarse, que arrancas la cera de golpe, Joaquim. He cuidado a muchos pacientes con cáncer como para afirmar que, en la mayoría de los casos, un poco de tacto es lo mejor.

—Menos mal que no soy como la mayoría de sus pacientes. Solo dígame de una vez cómo estoy. Quiero terminar con esto.

—Lo entiendo...

Si realmente lo entendiera, no estaría dándome tantas vueltas.

Mi ansiedad crecía tanto que ya no sabía si era eso lo que me hacía sentir peor que el propio diagnóstico.

—¿Tengo cáncer o no? —Señalé todos aquellos exámenes.

El doctor Carlos los fue abriendo uno por uno y los analizó. En la que se detuvo más fue en una imagen que mostraba varias fotos de mis órganos. Su expresión no decía nada, y el informe parecía escrito en un lenguaje peor que el jurídico al que yo estaba acostumbrado.

—Las noticias no son buenas...

—¡Deje de dar rodeos! —Me irrité, exigiendo que fuera directo al punto.

—Esta tomografía muestra que estás peor de lo que imaginaba.

—¿Confirma el cáncer de estómago?

—Sí.

—¿Cuál es el tratamiento? ¿Quimioterapia, cirugía? ¿Necesito hacerme más exámenes?

Había investigado mucho sobre cáncer desde que comenzaron las sospechas, pero no todo lo que se decía en internet era confiable.

—¿Quieres que sea honesto contigo, Joaquim?

—Sí. —Me incliné hacia él para mirarlo mejor—. Para eso estoy aquí, doctor.

—Tu cáncer está muy avanzado. Ya se ha extendido a otros órganos, afectó los ganglios linfáticos y alcanzó profundamente los tejidos cercanos. A esto lo llamamos etapa cuatro. Las posibilidades de cura son mínimas. Lo que podemos hacer es iniciar tratamientos paliativos para aliviar los síntomas y darte una mejor calidad de vida durante los próximos meses.

Tragué saliva. Sabía que estaba mal, eso era más que evidente, pero no imaginaba que fuera tan grave.

—¿Voy a morir? —La pregunta salió de mi boca sin pensar, mientras me sentía congelado y paralizado.

—Todos moriremos algún día.

Podía ahorrarse ese eufemismo.

—Doctor, ¿cuánto tiempo me queda?

—Unos meses.

—¿Cuántos?

—Tres, tal vez un poco más. Pero, viendo tu tomografía, no creo que llegues a seis meses.

Volví a tragar en seco. Quería que fuera una pesadilla, pero ya había durado demasiado.

—Puedes buscar una segunda opinión.

—¿Y pasar por todo esto otra vez?

—Lo entiendo...

—¡No! —Rugí—. No lo entiende. —Me levanté furioso, casi tirando la mesa. Tuve que contenerme mucho para no hacer una estupidez.

No quería que mis últimos meses terminaran destruyendo la imagen impecable de juez que tanto me había costado construir.

—Necesitas un tiempo para entender y aceptar lo que está pasando, pero te recomiendo que no tardes en contárselo a las personas que más te importan. Aprovecha el tiempo para vivir con quienes realmente significan algo para ti.

¿Las personas que me importan?

Había alejado a todos los que más me importaban en una búsqueda ciega por convertirme en juez. Y justo después de finalmente lograrlo, hace un mes, los síntomas de la enfermedad aparecieron.

Era como si el destino se estuviera burlando de mí.



Janine

Capítulo 2

Me encogí, soltando una carcajada cuando mi hija empezó a empujar el agua en mi dirección.

—¡Eh!

Le devolví el agua y fue su turno de encogerse.

Todos los sábados por la mañana teníamos una rutina que ninguna de las dos dejaba de cumplir, salvo por algún caso excepcional.

Nicole me despertaba bien temprano, como si tuviera un reloj interno. Desayunábamos en el restaurante de la pensión, tomábamos algunos juguetes y yo le ponía el chaleco salvavidas para ir a la playa.

Ese era mi pedazo de paraíso en el mundo. No había nada que me hiciera más feliz que ver la luz del sol reflejada en su sonrisa amplia mientras jugábamos juntas.

—¡Mamá! —Dio un pequeño salto cuando una ola pasó por nosotras y la acerqué hacia mí.

—¿Vamos?

—¡Nooo!

—Pero hija, ya se nos acabó el tiempo.

—Quiero quedarme más.

—Tengo que ayudar a tu abuela a preparar el almuerzo para los huéspedes.

A regañadientes, llevé a mi hija hasta la arena y la envolví en una toalla antes de ir juntas hacia la entrada de la pensión, donde mi madre estaba barriendo.

—¡Eh! Van a ensuciar todo de arena otra vez. —Se quejó con nosotras.

—Perdón, abuela —murmuró Nicole, escondiendo el rostro en mi cuello.

—Voy a bañarla. Yo también me daré una ducha y volveremos enseguida. —Le di un beso en la mejilla a mi madre y subí las escaleras aunque mi hija siguiera refunfuñando.

Aquella era una casa vieja, con más de cien años, construida para una familia grande, pero que con el paso del tiempo había sido remodelada, adaptada y transformada por sus dueños. Cuando mi abuelo la recibió de sus padres, la convirtió en una pensión. Doce habitaciones eran demasiadas para sus dos hijos, pero resultaron perfectas para recibir huéspedes, además de que su ubicación frente al mar era muy atractiva.

Morro do Sul era un pueblito del interior de Santa Catarina con poco menos de diez mil habitantes, pero con dos playas que eran una verdadera obra de arte. Ni los artistas más hábiles podían

replicar la belleza de esas aguas cristalinas y piscinas de coral. Las grandes corporaciones aún no habían llegado al lugar, lo que le daba un aire íntimo.

Muchas veces pensé en irme a vivir a Florianópolis, pero entendí que podía aplicar mi carrera en administración justo allí, ayudando a mis padres con el negocio. Desde que empecé a promocionar la pensión y publicar fotos en redes sociales y sitios de reservas, siempre estábamos llenos. Para conseguir una habitación, los huéspedes tenían que reservar con meses de antelación.

Mi padre ya pensaba en ampliar el lugar, pero mi madre temía que se perdiera ese aire rústico e íntimo. Independientemente de lo que decidieran, yo seguía haciendo mi trabajo, y así era mejor.

Si me hubiera mudado y estuviera trabajando en una gran empresa, no tendría la posibilidad de pasar tanto tiempo con mi hija ni de acompañar tan de cerca su crecimiento. Ese embarazo me había dado vuelta la vida, pero después del caos de los primeros meses, entendí que ella era lo mejor que me había pasado, y no existía nadie a quien amara más.

—Vamos a darnos un baño rápido. —Le quité la bikini y la empujé bajo la ducha, mojándole el cabello castaño, que estaba lleno de arena. Era como si hubiera rodado por toda la playa, aunque no la vi hacerlo.

Sequé a mi hija, le puse un vestido floreado y un lazo rosa en la cabeza.

Mientras yo me duchaba, la vi mirarse en el espejo, girando de un lado al otro, sujetando la falda del vestido y haciendo que volaran los rizos de las puntas de su cabello.

—¡Estoy hermosa!

Sonreí al escuchar su comentario. A pesar de haber sido criada por una madre soltera y por sus abuelos, Nicole era una niña feliz y segura de sí misma.

Me cambié y salimos juntas del cuarto, encontrándonos con mi padre, que estaba cambiando el foco del cuarto de enfrente. Mientras mi madre arreglaba las habitaciones y preparaba las comidas, mi padre era una especie de "hombre multifunción", encargado del mantenimiento y de las pequeñas reparaciones. Yo me ocupaba de la parte administrativa, hacía la contabilidad y gestionaba las reservas. Era muchísimo trabajo, pero valía la pena.

—¡Pero qué linda está mi princesa! —Mi padre avanzó hacia Nicole para abrazarla, pero ella se apartó.

—¡Nicole! —Le llamé la atención.

—¡Está todo sudado! —Mi hija hizo una mueca de asco y yo me reí.

Mi padre la ignoró, riendo, y le dio un beso en la coronilla.

Ella puso cara de rechazo, pero luego empezó a reír.

—Vamos a ayudar a la abuela. —Le tendí la mano y bajamos juntas a la cocina, donde mi madre todavía estaba ocupada con los últimos detalles del almuerzo.



Joaquin

Capítulo 3

Voy a morir...

Aunque esa es una certeza para todas las personas desde el momento en que nacemos, nunca pensamos que va a suceder tan pronto. Siempre imaginamos que tenemos mucho tiempo, que el final está en un futuro tan lejano que no vale la pena preocuparnos por él.

Sin embargo, el mío estaba tan cerca que podía sentirlo. Al menos, esa era la presión que los sobres con mis exámenes ejercían en mis manos. Después de salir de la clínica el día anterior, necesité un tiempo. Caminé por el vecindario durante casi media hora hasta que logré ordenar mis pensamientos para conducir de regreso a mi apartamento.

Vivía en Florianópolis, a dos cuadras de la playa. Imaginaba que eso sería suficiente para lidiar con la nostalgia que sentía por el pueblito donde fui criado por mis abuelos, ya que mis padres murieron cuando yo aún era muy joven.

Cáncer y depresión...

Debería pensar que mi destino no era muy distinto al de mis padres, pero siempre tuve un sueño, y creía que eso era más grande que cualquier otra cosa, incluso que la muerte.

Era juez de la jurisdicción civil del estado de Santa Catarina. Tenía dinero, un buen apartamento, coches... pero en unos meses, nada de eso tendría valor alguno.

Recibí al repartidor de comida en la puerta y arrastré una silla para sentarme frente a mi mesa de seis plazas, de las cuales solo una solía estar ocupada.

Abrí el envase al vacío y el olor a milanesa a la parmesana llenó la sala. Debería ser apetitoso, pero solo hizo que el estómago me ardiera más y aumentara mis ganas de vomitar.

—Tienes que comer —me dije, intentando convencerme a mí mismo, aunque mi mente no estuvo de acuerdo.

¿Por qué tenía que comer si iba a morir de todas formas?

Tres meses era el tiempo que el médico me había dado. Con suerte, seis...

Mi vida, todo lo que había logrado, lo que construí, los años de estudio y esfuerzo para aprobar el concurso, mis ascensos...

Janine...

No debería pensar en ella. Había pasado ya demasiado tiempo, seis años, para ser exacto. Fue solo una niña durante mucho tiempo, hasta que se me declaró y empecé a verla con otros ojos.

Yo, cinco años mayor, decidido a convertirme en juez, ya había terminado la universidad. Ella, llena de alegría y carisma,

estudiaba administración, sin tener muy claro qué rumbo seguir.

Recordé nuestra última noche.

El sexo fue bueno. Su piel suave, su olor a arena de playa y algas del océano la volvían aún más irresistible. Pero después de una fiesta, que terminó en su cuarto en la pensión de sus padres, me di cuenta de que había perdido un fin de semana que debía dedicar al estudio.

Si quería convertirme en juez, no podía darme el lujo de tener distracciones, y mucho menos una novia.

Cualquier sentimiento que pudiera tener por ella no era más importante que mis planes, ni que la carrera que soñaba construir… y que había logrado.

Todo parecía haber valido la pena, y no me arrepentía.

Despídete de las personas importantes...

Resultaba casi cómico oír la voz del médico resonando en mi cabeza. Yo quería que fuera directo al grano, esperando que existiera algún tratamiento. Pero ahora, lo único que quería era más tiempo.

¿De quién iba a despedirme?

Mis padres estaban muertos. Mis abuelos también. Tal vez reunirme con ellos era lo más lógico, aunque no fuera lo que yo deseaba.

Quedarme ahí, quieto, mirando cómo pasaba el tiempo a través de la ventana, no estaba haciendo que me sintiera mejor.

Tenía la vida perfecta… pero estaba a punto de acabar.



Janine

Capítulo 4

Días después...

—¿Y la recepcionista tiene teléfono? —El huésped se inclinó sobre el mostrador, coqueteando conmigo mientras hacía el check-in.

—No.

—¿Y si estoy caliente en plena madrugada? —Guiñó un ojo con una mirada pícara que me hizo fruncir el ceño.

Aunque a veces me gustaba sentirme atractiva y deseada, escuchar a un imbécil lanzándome una frase barata no era la mejor forma de levantar mi autoestima.

—Entonces llama a los bomberos —Le señalé un cartelito que estaba detrás de mí.

—Ah... —Se quedó desconcertado.

No quise alargar la conversación, así que solo le empujé la llave por encima del mostrador y mantuve la sonrisa.

—Tu habitación es la cinco, está en el segundo piso.

—Gracias.

Apenas el huésped se hizo a un lado, otro hombre apareció detrás de él y caminó en mi dirección. Al principio no reconocí sus

pasos firmes ni su torso ancho, pero cuando se quitó los lentes de sol, el corazón me dio un vuelco.

Quería pensar que era solo un doble muy parecido al imbécil que había terminado conmigo dejando una nota y desapareciendo para siempre, pero él también me reconoció.

—¡Janine!

—Joaquim... —Sin saber qué decir, solo murmuré su nombre.

—Aún estás aquí... —Dio unos pasos y se acercó al mostrador.

—Quizá no debería estarlo. —Fruncí el ceño.

Podían haber pasado años desde que me dejó, pero las heridas seguían ahí, llenándome como si todo hubiera sido ayer.

—De cualquier forma, el que no debería estar aquí eres tú.

—Bueno... —Dudó ante mi reacción. Miró hacia los lados antes de responder—. Quiero una habitación.

—Estamos completos —contesté sin parpadear.

—Janine...

—Puedes revisar en los sitios de internet si quieres. —Me encogí de hombros.

Aunque no quería que se hospedara ahí, no estaba mintiendo.

Él siguió mirándome sin decir nada, mientras yo pensaba en qué podía hacer para echarlo. Era como tener enfrente a una aparición de metro ochenta, cabello castaño y ojos verdes pantanosos.

—Ja...

No quería que siguiera hablando. No quería escuchar nada.

—Apuesto a que puedes encontrar otro lugar donde quedarte. Prueba en Florianópolis. La capital está a dos horas en coche, y me parece una distancia razonable.

—¿Estás segura de que no hay ningún lugar para mí?

—Estoy segura, *Su Señoría*.



Joaquin

Capítulo 5

El desdén con el que cargó la última palabra dejó claro que estaba molesta conmigo. No tenía certeza de qué noticias había recibido Janine sobre mí, pero tal vez mis abuelos le habían contado algo a ella o a su familia. En ciudades pequeñas como aquella, las noticias corrían y la gente solía ser muy chismosa.

Hice cálculos mentales mientras seguía mirándola. Ella debería tener unos treinta y un años, tal vez algo más. Su rostro seguía joven, sin marcas de expresión. Siempre fue muy vanidosa, y el cuidado que tenía con su piel claramente se reflejaba en su apariencia. Además, se veía extrañamente más hermosa de lo que yo recordaba, con esos ojos castaños iluminados y el cabello liso, castaño claro, volando sobre su rostro con la brisa marina que entraba por la puerta.

Antes de que pudiera decir cualquier otra cosa, un grito agudo resonó por el pasillo y una niña corrió hacia ella.

—¡Mamá! ¡La abuela hizo galletas! ¡Mira!

Janine se agachó y la cargó en brazos. Yo no tenía experiencia con niños, así que no podía calcular su edad con precisión, pero debía tener ya algunos años por la soltura con la que se movía.

Yo había tardado bastante en alcanzar mi objetivo, el tiempo suficiente como para que Janine construyera una vida sin mí.

¿Qué esperaba encontrar viniendo hasta aquí?

—¿Te casaste?

—No es asunto tuyo —respondió con tono cortante.

Lucia, su madre, entró segundos después, trayendo una bandeja pequeña con galletas recién horneadas, y fue otra que se quedó mirándome como si viera un fantasma.

—¿Joaquim?

—Hola, doña Lucia.

—Ah... vaya, tú por aquí...

—Pues sí. —Forcé una sonrisa.

—Lamento mucho lo de tus abuelos.

—Yo también...

Habían muerto hacía poco más de un año, con apenas dos meses de diferencia entre uno y otro, como si mi abuelo no pudiera vivir en un mundo sin ella. Me había encargado de todo a distancia y solo vine al pueblo por unas horas para firmar los papeles.

Aunque el proceso de sucesión ya estaba concluido, todavía no había decidido qué hacer con las pertenencias de ellos, así que todo seguía igual en la vieja casa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —La señora entrecerró los ojos, observándome más de cerca e incluso inclinándose un poco la cabeza.

—Vine en busca de una habitación.

—Ah, lamentablemente no tenemos —dijo con una expresión apenada—. Desde que Janine empezó a promocionarnos por internet, la pensión suele estar llena.

—Qué buena noticia.

No estaba tan entusiasmado con la información, pero me pareció lo más correcto y educado para decir.

—¿Viniste a encargarte de las propiedades de tus abuelos?

—Sí...

No era verdad. Para ser honesto conmigo mismo, ni siquiera sabía por qué estaba ahí.

Siempre fui muy determinado, enfocado en mis metas, pero desde que supe que mis días estaban contados, me sentía completamente perdido.

—Lamento que no puedas hospedarte con nosotros.

—Yo también. Pero ojalá sea en otra ocasión. —Me puse los lentes de nuevo y caminé hasta mi coche, estacionado justo frente a la pensión.

Aquel importado negro era uno de los muchos bienes que había acumulado, gracias a que mi salario correspondía al esfuerzo que había hecho durante años.

Había alcanzado la cima, pero al mirar hacia abajo, solo veía un abismo enorme en el que estaba a punto de caer.

Debería haber manejado de regreso a Florianópolis, pero en lugar de eso, fui directo a la vieja casa de mis abuelos. Era una construcción sencilla de ladrillo, situada entre otras similares que formaban una pequeña villa de pescadores.

Aunque era un oficio digno, que ejercieron tanto mi abuelo como mi padre, siempre supe que no era eso lo que quería para mí. Desde niño me prometí que iba a estudiar para salir de ese lugar y darme una vida mejor, con los lujos y comodidades que sentía que merecía.

Cuando estacioné, el sol ya se estaba poniendo. Dejé los lentes sobre el tablero mientras buscaba las llaves en la guantera.

¡Mierda! Solo me faltaba que las hubiera olvidado en casa, resoplé en silencio al no encontrarlas por ningún lado.

—¡Hola! —Escuché una voz detrás de mí, seguida de pasos que se acercaban—. ¿Quién eres?

Saqué la cabeza de la guantera para mirar hacia fuera y me encontré con un rostro conocido que, a diferencia del de Janine,

había envejecido bastante. El sol fuerte y la sal del mar no le hacían ningún favor a la piel de nadie.

—Alfonso...

—¡Joaquim! ¡Wow, cuánto tiempo! —El pescador soltó la red y el balde que cargaba y se apuró para acercarse—. Vi este carrazo elegante y pensé que era un turista perdido. Esta ciudad es pequeña, pero todavía se las arreglan para extraviarse. Jamás habría imaginado que eras tú. —Infló el pecho y sus ojos me examinaron con atención—. Has cambiado, ¿eh? Se nota que te va bien.

—No es tan así...

—Tu abuela dijo que habías pasado el concurso para juez, pero como nunca volviste, me dio vergüenza preguntar.

—Soy juez de la jurisdicción civil.

—Suena importante. —Soltó una risita que sonó más a burla que a felicitaciones, pero no me importó—. Entonces, ¿te volviste rico y te olvidaste de nosotros?

—He estado muy ocupado.

No era exactamente cierto. En realidad, yo creía que era demasiado bueno para este lugar, que ya no necesitaba ni al pueblo ni a las personas que vivían aquí. Para ser honesto, nunca pensé que los necesitara. Sentía que merecía mucho más... y ya lo había conseguido.

Sin embargo, la noticia de mi muerte me puso en esa parte de la montaña rusa en la que todo se da vuelta.

Sentía que había construido mi vida sobre un castillo de naipes a punto de venirse abajo con el primer soplo de viento.

¿De qué serviría mi carrera, mis bienes, todo por lo que había luchado, una vez que muriera?

Podía dejar parte a alguien, aunque no tuviera a nadie en mente. La mitad seguramente terminaría en manos de primos lejanos con los que no tenía relación, pero que eran mis únicos parientes vivos.

—¿Y qué viniste a hacer por aquí? —insistió Alfonso, curioso por mi presencia.

En otro momento me habría molestado su intromisión, pero ya tenía suficientes cosas malas hacia las que dirigir mis emociones.

—Quería entrar en la casa de mis abuelos, pero creo que olvidé la llave. Tendrá que ser otro día.

—¿La llave de repuesto no está debajo de la maceta?

—¿Repuesto? —Fruncí el ceño, sorprendido. Había estado tanto tiempo lejos de ese lugar que ni siquiera lo recordaba.

—Sí. Si no la quitaron, todavía debe estar ahí. —Alfonso pasó delante mío, subió los dos escalones del viejo balcón y levantó una maceta, cuya planta estaba completamente seca por falta de agua.

Desde que mi abuela murió, nadie más se había encargado de regarlas.

Un brillo metálico relució bajo los últimos rayos del sol antes de que Alfonso levantara la llave.

—Aquí está.

—Gracias —murmuré, pasé junto a él, tomé la llave de su mano y la introduje en la cerradura.

La puerta parecía trabada y tuve que hacer algo de fuerza para abrirla. En cuanto se movió, una nube de polvo llenó el ambiente y me hizo toser. Sentí el sabor a sangre subir hasta mi lengua. Si de verdad me quedaban unos meses, quería aprovecharlos.

—Vaya, esto está hecho un desastre —comentó Alfonso—. Si estás pensando vender, vas a tener que hacer una buena limpieza.

—Sí...

—Mi esposa ya no trabaja en la alcaldía. Si quieres, puede venir mañana a limpiarlo. Por cien dólares te deja esto reluciente.

Abrí la billetera y le extendí el dinero.

—Gracias. Dile que venga mañana —aseguré rápido—. ¿Janine se casó? —Cambié de tema de repente, provocando en él una expresión que pasó del susto a la curiosidad.

—No...

—¿Pero tiene una hija?

—Oh, ¿Nicole? Sí, claro.

—¿Quién es el padre?

Alfonso frunció aún más el ceño ante tantas preguntas.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Creo que nunca lo dijo.

—En este pueblo las noticias siempre han volado rápido.

—¿Y por qué te interesa tanto eso? —La forma en que me miró al preguntarlo me incomodó.

—Solo por curiosidad.

—Ella fue tu novia, ¿no?

—Eso fue hace mucho tiempo. —Esquivé el tema.

—Muchos hombres se hospedan en la pensión. A lo mejor uno de ellos es el padre de Nicole. Don Fábio no quiere que andemos preguntando, creo que le da vergüenza que hablen mal de su hija.

—Puede ser. —Le di la espalda y caminé hacia mi coche—. Nos vemos luego.

—Mi esposa vendrá a limpiar. —Levantó el billete de cien con la mano.

No me importaba eso realmente. Solo quería largarme de ahí.



Janine

Capítulo 6

Arropé a Nicole en la cama y le di un beso en la frente.

—Dulces sueños, mi amor. —Respiró hondo, cerró los ojos y se giró de lado, buscando la mejor posición para dormir.

Su cuna ya había sido reemplazada por una cama al lado de la mía, y ambas compartíamos la habitación en la pensión.

Me acosté y tomé el celular que estaba cargando en la mesa de noche. Mientras deseaba que mi hija tuviera dulces sueños, sentía que ese día había sido una especie de pesadilla.

Joaquim...

¿Cómo tenía el descaro de aparecer después de tanto tiempo?

Ya había aceptado que ni yo ni nadie en esta ciudad volveríamos a ser recordados por él. Sin embargo, no me había preparado para que algo así ocurriera, a pesar de que durante todos esos años me había escrito cientos de discursos mentales sobre lo que le diría si volvíamos a vernos.

La verdad es que nada parecía suficiente... o simplemente no tenía el valor de gritarle: *¡Idiota! ¿Tienes idea de cuánto me lastimaste?*

Quería decir que ya no me importaba, que después de tanto tiempo no significaba nada, pero sería mentira.

Sí me importaba. Me importaba mucho.

El dolor nunca se fue, sobre todo porque pensaba en ese hombre cada vez que miraba a mi hija.

Durante todos estos años me repetí cada día que estábamos mejor sin él, con la tonta esperanza de terminar creyéndolo, pero seguía pareciendo una mentira.

De pronto, el celular vibró con un mensaje de Natalia.

Era el momento perfecto. Estaba necesitando desahogarme.

Natalia:

Hola, amiga.

¡Buenas noches!

Janine:

¡Ey!

Natalia:

¿Cómo estás?

Janine:

He estado mejor en otros momentos...

Natalia:

¡Uy! ¿Qué pasó?

Janine:

No vas a creerlo.

Natalia:

¡Dime!

Janine:

Joaquim apareció hoy en la pensión pidiendo una habitación.

Natalia:

¿Ese tipo que te dejó para convertirse en juez?

Janine:

Sí.

Natalia:

¿El papá de Nicole?

Janine:

Ajá.

Natalia:

¡Guau!

¿Y cómo reaccionaste?

Janine:

Fue raro...

Natalia:

¿Está hospedado ahí?

Janine:

No tenemos habitaciones disponibles.

Natalia:

¿De verdad no tienen o no querías que se quedara?

Janine:

Ambas.

Natalia:

¿Se fue?

Janine:

Creo que sí.

No esperaba que fuera así. Y eso que imaginé mil formas distintas.

Hasta lo visualicé en un tribunal, jajaja.

Natalia:

Dicen que nunca pasa como lo imaginamos... pero me hubiera encantado ser una mosquita para ver eso.

Janine:

Tal vez lo habrías visto si no te hubieras mudado a São Paulo.

Natalia:

Con la mala suerte que tengo, no habría sucedido nada.

Janine:

Puede ser.

Natalia:

¿Él sabe lo de Nicole?

Janine:

No creo. Y si lo supiera, tampoco se preocuparía.

Natalia:

¿Estás segura?

Janine:

Nunca se preocupó por nada más que por convertirse en juez.

Natalia:

Pero ya lo logró.

Janine:

¿Y crees que ahora, siendo rico e importante, va a preocuparse por otra cosa?

Natalia:

No lo sé.

Janine:

Fue un imbécil antes y apuesto que lo sigue siendo.

Mi hija y yo estamos muy bien lejos de él.

Natalia:

Deberías ir a buscarlo.

Janine:

¿Para qué?

Natalia:

Cinco años de pensión atrasada... Considerando el sueldo de un juez, debe ser una buena suma.

Janine:

Mi hija y yo estamos bien sin eso.

Natalia:

Podrían tener mucho más.

Janine:

No lo necesitamos.

Natalia:

Eres terca y cabeza dura.

Janine:

¿Terca?

¡El tipo me abandonó!

Natalia:

Pero no sabe que tiene una hija.

Janine:

Ya ha pasado demasiado tiempo.

Natalia:

Justamente por eso.

Janine:

Apuesto a que no volveré a verlo.

Natalia:

¿Es lo que tú quieres?

Janine:

Sí.

Natalia:

Está bien. Nadie sabe mejor que tú lo que necesitas.

Janine:

Exactamente.

Natalia:

Cambiemos de tema.

Me envió una foto de un tipo musculoso vestido con uniforme de policía. Era moreno y tenía la cabeza rapada.

Janine:

¡Qué guapo! ¿Quién es?

Natalia:

Gael.

Estamos saliendo.

Janine:

¿Tienes novio?

Natalia:

Novio no creo que sea la palabra correcta todavía, ya que no usamos ese término.

Janine:

¿Todavía?

Natalia:

Sí...

Janine:

Es lindo.

Natalia:

Sí. Es sargento de la policía militar.

Janine:

Seguro que lo conociste cuando te arrestaron en alguna fiesta.

Natalia:

¡Ey! ¡Claro que no!

Janine:

Era una broma.

Natalia:

Nos conocimos por una app.

Janine:

¿Eso es seguro?

Natalia:

¡Obvio! Muchísima gente las usa.

Tú deberías probar.

Janine:

Paso.

Natalia:

Necesitas darte unos besos con alguien.

Janine:

La última vez que me enamoré, me dejaron en medio de la noche con una nota y nunca más supe de él.

Natalia:

No todos los hombres son como Joaquim.

Janine:

Tengo una hija que criar, unos padres que ayudar y mucho trabajo en la pensión.

Natalia:

Pero también mereces relajarte un poco.

Janine:

¿Desde cuándo los hombres son sinónimo de relajación?

Natalia:

¡Entonces consíguete una mujer!

Jajaja, es broma.

Janine:

Necesito dormir.

Natalia:

Yo también.

Nos hablamos pronto, amiga.

Janine:

¡Hasta luego!

Volví a conectar el celular al cargador y lo dejé sobre la mesa de noche antes de acomodarme en mi cama, subiendo la cobija hasta los hombros.

Estaba agotada y debería dormirme rápido, pero eso no pasó.

Tal vez Natalia tuviera razón y debería permitirme volver a amar, pero era más fácil esconderme detrás de las necesidades de mi hija y mi familia, que admitir que mi corazón estaba tan herido que prefería protegerlo antes que volver a sufrir.

¿Cobarde?

Tal vez sí. Pero no era una decisión fácil.

Había amado a Joaquim con todo mi corazón, y fue muy difícil soportar la forma en que me dejó. Me tomó mucho tiempo dejar de llorar y de sufrir por su ausencia.

Creí que el tiempo curaba todas las heridas y que, con los años, no sentiría más nada. Sin embargo, toda esa angustia que me estaba consumiendo después de nuestro breve reencuentro solo demostraba que mis sentimientos nunca se habían ido. Estaban cubiertos de polvo, y verlo fue como una brisa que lo arrasó todo y me dejó temblando por dentro.

¿Para qué apareció?

¿Para volver a lastimarme?



Joaquin

Capítulo 7

Solté una mano del volante para cubrirme la boca cuando la tos me sacudió por dentro. Algunas gotas de sangre mancharon la palma de mi mano y maldije en voz baja, sacando un pañuelo del compartimento de la puerta para limpiarme.

Visitar la casa de mis abuelos había sido una pésima idea, y solo me dejó tosiendo.

Si fuera honesto conmigo mismo, ir hasta allá había sido una mala idea en todos los sentidos.

¿Qué estaba esperando?

Después de seis años, era obvio que Janine había seguido con su vida, que había conocido a otro tipo y que me había reemplazado.

Yo la había dejado por mis metas, y juré que jamás me arrepentiría...

Entonces ¿por qué me molestaba tanto?

La enfermedad me estaba afectando los pensamientos, no tenía dudas de eso.

Olvídalo.

Mis días estaban contados, no tenía por qué preocuparme por una mujer a la que abandoné en el pasado, ni por el hecho de que ella se hubiera involucrado con alguien y tuviera una hija.

Debería juntar mi dinero, viajar por el mundo y, con suerte, morir en alguna isla griega.

Era mil veces mejor que arrastrarme detrás de recuerdos de un pasado que ya no existía.

Tragué saliva, profundamente incómodo con las imágenes que me invadían.

Durante los últimos años estuve tan enfocado en convertirme en juez, y ahora ni siquiera podía ejercer mi profesión. Mis colegas me consideraban incapaz para el trabajo, y los médicos también. Me habían puesto en licencia incluso antes del diagnóstico definitivo de cáncer de estómago.

Era frustrante no poder ejercer el cargo para el que me había preparado tanto. Mi vida era eso: mi carrera. Extrañamente, pese a todo lo que había comprado, me daba cuenta de que sin mi trabajo no tenía nada.

Me sobresalté al escuchar una bocina y me di cuenta de que me había salido un poco de mi carril, pero por suerte el otro coche logró esquivarme.

¿Qué estoy haciendo?

Si quería adelantar mi muerte, no era justo arrastrar a otros conmigo.

Mierda.

Estaba tan jodidamente frustrado con toda esa situación que me sentía perdido. Sin duda tenía demasiada rabia acumulada.

Siempre me consideré un hombre poderoso, en control de todo, pero no tener absolutamente nada que hacer, más que esperar, era desesperante.

No es justo.

Era joven, tenía treinta y seis años, no fumaba, bebía poco, llevaba una alimentación equilibrada. Debería tener mucho tiempo por delante.

Al menos, tiempo suficiente...

Me sentía mal. Incómodo con todo. No era tan evolucionado como creía. No podía simplemente dejarlo pasar.

Estacioné el coche en el garaje de mi edificio, dándome cuenta de que había manejado hasta casa casi en piloto automático.

Bajé del coche y prácticamente me arrastré hasta el ascensor. Con los puños apretados y la cabeza gacha, intentaba controlar la respiración, pero no había yoga ni meditación que me calmara en ese momento.

Empujé el picaporte al bajar en mi planta y me percaté de que había dejado la puerta abierta. No importaba. A donde pronto me iría, no podría llevar ninguno de esos objetos, ni decidir qué pasaría con ellos.

—Voy a morir... —murmuré, en una mezcla de dolor y frustración.

Arrastré una silla para sentarme, pero terminé agarrándola por el respaldo y levantándola.

Entonces rugí de furia, lanzándola contra el espejo que cubría toda la pared y haciéndolo estallar en cientos de fragmentos.

Una rabia salvaje se apoderó de mí, y empecé a tirar los adornos de la mesa de centro y los libros de derecho de la estantería.

Iba a perderlo todo. Ya nada importaba.

¡Ah!

Cuando me detuve, estaba jadeando, sudado, y parecía que un huracán había pasado por mi sala, arrasando con todo.



Janine

Capítulo 8

—Que tengas una buena clase, mi amor. —Le di un beso en la frente a Nicole cuando la ayudé a subir a la furgoneta para ir a la escuela.

Don Pedro era un hombre de más de sesenta años que se encargaba del transporte escolar en el pueblo desde que yo era una de esas niñas. Nicole, junto con otros chicos de su misma edad, asistía a la única escuela municipal de nuestra pequeña ciudad. El lugar, dirigido por Francisca y con maestras que habían sido mis compañeras de infancia, era como una extensión de nuestras casas, y a los niños les encantaba.

Ayudé a cerrar la puerta de la furgoneta después de asegurar el cinturón de mi hija en uno de los asientos y saludé a ella y a los demás niños con la mano.

Apenas desaparecieron por el horizonte, doblando en la esquina, me di cuenta de que mi madre estaba parada justo detrás de mí.

—¡Ay! —Di un pequeño salto del susto.

—Nunca me lo dijiste, pero es él, ¿verdad?

—¿Él? —Fruncí el ceño, completamente confundida por su pregunta—. ¿Quién, mamá?

—El padre de Nicole.

—No sé de qué estás hablando. —Esquivé el tema e intenté pasar junto a ella, pero sus dedos se cerraron sobre mi brazo y me detuvo.

—¡Janine!

—¿Qué pasa, mamá?

—¿No crees que ya ha pasado demasiado tiempo para contárselo a él?

—¿Contarle qué, mamá?

—Que es el padre de Nicole.

—Debes de estar cansada. ¿Necesitas ayuda para arreglar los cuartos? —Hice todo lo posible por desviar el tema. No quería hablar de eso.

—Estoy bien, hija.

—Entonces voy a ocuparme de las reservas. —Entré en la pensión sin decir nada más.

Llevaba seis años evitando ese asunto, y en algún momento, mis padres dejaron de preguntar y simplemente aceptaron que no quería hablar al respecto.

Pero Joaquim apareció...

Y sopló el polvo sobre mis heridas, trayendo de vuelta preguntas en la mente de mi madre que yo no necesitaba en ese momento.

Todos creían que debía decírselo por la pensión que él estaría obligado a pagar por mi hija, pero a mí no me importaba el dinero. Yo creía que era mejor para ella no tener que preocuparse por un padre que simplemente lidiar con la certeza de que él nunca se preocuparía por ella.

Sabía que cuando fuera mayor tendría que contarle algo, pero aún estaba construyendo esa historia y pensaba dejarla para después.

Distraída, miraba la pantalla de la computadora con el sistema de reservas abierto, aunque mi mente estaba en cualquier otra parte, hasta que mi padre se detuvo frente a mí.

—¿Sabes adónde fue tu madre?

—¿Salió? —Alcé las cejas, sorprendida.

—Sí. Me dijo que te dijera que iba a tardar, que sirvas el almuerzo, que ya está todo listo, solo hay que calentarlo.

—¿Pero adónde se fue que va a tardar tanto?

—No lo sé. —Mi padre parecía más confundido que yo.

No pude evitar una sensación extraña en el pecho, aunque no supiera exactamente por qué.

Mi madre no solía salir así, mucho menos sin explicar a dónde iba.



Joaquin

Capítulo 9

—Señor... —Sentí unos dedos tocándome el hombro y sacudiéndome con suavidad—. Señor...

—¿Qué? —Me incorporé de golpe, y la mujer se asustó, retrocediendo unos pasos.

—¿Qué pasó aquí? —Con los ojos muy abiertos, María observó la escena. Nada se parecía a lo que había dejado ella el día anterior.

La mujer, de poco más de cuarenta años, trabajaba para mí desde octubre del año pasado. Se encargaba de mantener el departamento limpio, preparar mis comidas y tener mi ropa perfectamente planchada. Era más sencillo así que andar contratando empleadas temporales, pidiendo comida o llevando mis trajes a la tintorería. Como juez, necesitaba estar siempre impecable, y ella era buena en eso.

—Solo rompí algunas cosas. —Me encogí de hombros, como si no fuera nada importante.

En esas circunstancias, realmente no lo era.

—¿Por qué, señor? Nunca había hecho algo así.

Guardó silencio por un momento, y luego me observó con más atención, entrecerrando los ojos. Por eso se atrevió a acercarse de nuevo y volvió a poner la mano en mi hombro.

—¿Fue al médico ayer?

Asentí con la cabeza.

—¿Y qué le dijo?

—Que voy a morir.

No veía motivos para suavizar la situación ni para ocultar la verdad. María era la única persona fuera del tribunal con quien convivía a diario, y sentí que podía ser honesto con ella.

—No sea exagerado —dijo, sin creerlo del todo al principio.

—No estoy exagerando. —Dejé caer los hombros y me acomodé en la silla.

—¿Qué fue lo que dijo el médico realmente? —Sacó otra silla y se sentó frente a mí.

María era mi empleada, no mi amiga, pero estaba demasiado frustrado como para discutirlo en ese momento.

—Me quedan seis meses de vida, como mucho.

—Eso no puede ser posible. Es usted muy joven.

—Parece que sí es posible.

Ella negó con la cabeza y siguió acariciándome el hombro.

—Debí haber bebido más, fumado más... —Empecé a desahogarme. Estaba tan frustrado que me resultaba imposible callarme.

—Sabe que no funciona así.

—Debería.

—Pero no es así... —Respiró hondo y se levantó—. ¿Quiere un té? ¿Algún analgésico?

—Un whisky con dos cubos de hielo.

—Ni siquiera son las diez de la mañana, señor.

—Ya que voy a morir, que sea con estilo.

—No debería rendirse tan fácil. Puede mejorar.

—Las posibilidades de cura son mínimas.

—Pero existen.

—El médico no me dio ninguna esperanza.

—Busque una segunda opinión.

—No quiero volver a pasar por todo eso.

—Pero, señor...

—Mi whisky, María —la interrumpí con un tono seco, dejando claro que no quería seguir hablando del tema.

—Se lo traigo enseguida.

—Gracias.

Me sentía en el fondo del pozo, y no había absolutamente nada que pudiera sacarme de ahí.

Mi empleada volvió con un vaso de whisky, dos cubos de hielo y una servilleta bajo el cristal.

—¿Quiere algo de comer?

Negué con la cabeza y tomé un trago, sintiendo cómo el líquido me quemaba la garganta al bajar.

María dejó de insistir y se fue a ocuparse de sus tareas.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que volvió a acercarse a mí.

—¿Señor?

—¿Qué pasa?

—Hay una tal Lucía esperando en la portería. Quiere hablar con usted. El portero pregunta si puede dejarla subir.

—¿Lucía? —Fruncí los ojos, pensativo. No recordaba estar esperando a nadie, mucho menos con ese nombre.

—Dijo que es la madre de Janine.

—Ah, ¡doña Lucía! —Me sorprendí aún más.

—¿Quiere que la mande de vuelta o la dejo subir?

—Déjala subir.

—Está bien. —Asintió María, alejándose para contestar el intercomunicador.

Mi curiosidad creció al no poder imaginar el motivo de esa visita. Hasta donde sabía, la madre de Janine no salía de ese pueblo por nada. Y aunque tuviera algo que hacer en Florianópolis, ¿por qué venir a hablar conmigo?

No era un buen momento para recibir visitas, pero mi curiosidad me hizo quedarme quieto, esperando, hasta que la señora golpeó la puerta y María abrió.

—¡Buenos días! —Entró con algo de timidez, mirando con sorpresa el ambiente. Por suerte, María ya había recogido los vidrios rotos y todo estaba en orden.

—El señor Joaquim está allí —indicó María.

—Gracias.

—Doña Lucía. —Me levanté cuando se acercó y aparté el vaso de whisky, disimulando que estaba bebiendo a esa hora.

—Tienes un departamento hermoso.

—Gracias. ¿Pero cómo supo dónde vivo?

—Tu abuela mencionó que vivía en un edificio alto, frente a esta playa. Probé en otros dos antes de encontrarte aquí.

Aunque me pareció cómica la escena en mi mente, solo logró dejarme más intrigado.

—¿Por qué vino hasta aquí?

—Necesito hablar contigo.

—Mire, señora, ya no soy abogado, pero puedo pensar en algunas recomendaciones...

—¡No! —Alzó la mano, haciendo un gesto—. No vine buscando un abogado.

—¿Entonces qué necesita?

—Hablar contigo. —Miró a María, que seguía cerca. Mi empleada captó la señal y salió del salón.

—Puede hablar. —Le señalé el sofá para que se sentara, pero prefirió quedarse de pie, aferrada a su bolso como si fuera una especie de escudo, atrapada entre la incomodidad y la vergüenza.

—Janine no estaría contenta de saber que estoy aquí.

—Entonces, ¿por qué vino?

Todo aquello me intrigaba aún más. Y era una distracción perfecta para dejar de pensar en mi muerte.

—Creo que tú necesitas saberlo. Mi hija cree que no, pero lo hago por el bien de Nicole.

—¿Saber qué?

—Janine nunca lo admitió, pero yo creo que eres el padre de mi nieta.

—¿Qué? —La noticia me cayó como una bomba.

—Mi hija me contó que estaba embarazada unos meses después de que ustedes terminaran. Lloró mucho cuando te fuiste. Al principio pensé que solo estaba triste, pero después su barriga empezó a crecer y tuvo que contarlo. Mi hija nunca fue de estar con varios hombres. Me enfurece cuando en el pueblo dicen que el padre de mi nieta es algún huésped cualquiera de la pensión, porque sé que mi hija no es así.

—¿Por qué me lo dice ahora?

Todavía estaba tratando de procesar la noticia. Las palabras salían de mi boca sin filtro, generadas por una mente que no sabía cómo asimilar todo eso.

¿Padre?

Después de haber dejado a Janine, la idea de tener una familia se había borrado por completo de mi vida.

—Después de que aparecieras ayer en la pensión, mi hija se puso muy triste.

—Salimos juntos, sí, pero eso fue hace mucho. Su nieta podría ser hija de otro hombre.

—Estoy segura de que no —afirmó con una convicción que me descolocó por completo.

—Si es verdad, ¿por qué su hija no me lo dijo?

—Eso solo ella puede responderlo.

—¿Cuántos años tiene la niña?

—Va a cumplir seis años este mes.

Nueve meses...

No tenía que ser un genio para ver que las fechas coincidían con nuestro último mes juntos. Podía imaginarla con otro hombre después, pero Janine parecía demasiado enamorada como para haberme engañado.

—¿Ella no siguió adelante con su vida?

Lucía negó con la cabeza.

—¿Janine no está con otro hombre?

—Aunque lo estuviera, Nicole es tu hija.

—No puedo estar tan seguro.

—Sabes que sí —dijo la señora, inflando el pecho, mirándome fijamente—. Y sabes que tienes que hacer algo.

—¿Hacer qué?

—Ser el padre de mi nieta.

Voy a morir, doña Lucía, pensé. Pero no dije nada.

Creía que la noticia de mi cáncer terminal era lo más devastador que podía recibir... pero enterarme de que tenía una hija justo en ese momento lo volvía todo aún peor.

—Tengo que irme —dijo ella, dándose vuelta—. Tengo que volver a la pensión para preparar la cena de los huéspedes.

—¿Quiere que la lleve?

—¿Vas a acompañarme? —Abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Así es.

—¿No tienes que trabajar?

—Hoy no. —Omití que estaba de licencia médica.

—Entonces vamos.

La sonrisa de esa señora podría ser la única que consiga antes de que se me acaben mis días.



Janine

Capítulo 10

Estaba terminando de recoger los platos sucios en el restaurante de la pensión cuando escuché la voz de mi madre desde la entrada. Fui hacia ella con varios platos en brazos, tratando de equilibrarlos.

—¿Dónde estabas? ¿Desde cuándo sales así sin avisar?

Mi madre dio un paso al costado y, detrás de ella, vi a Joaquim. Esos ojos verdosos eran tan profundos que me dolían con solo mirarlos.

—Hola, Janine.

Me sobresalté y solté los platos, que se estrellaron contra el suelo, rompiéndose a mis pies.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Apreté los dientes antes de agacharme para recoger los trozos.

—Creo que tenemos que hablar.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Sí tienes. —Mi madre se agachó también para ayudarme con los pedazos rotos.

—¿Qué hiciste? —murmuré entre dientes, conteniendo una furia que me llenaba el cuerpo. Si no fuera mi madre, juro que la

habría estrangulado.

—Déjame que yo limpio.

—¡No!

—Janine, no seas terca.

¿Yo, terca? ¿Ahora todos estaban en mi contra?

—Yo limpio. —Insistió mi madre, poniéndome aún más incómoda.

Me puse de pie, limpié las manos en el delantal que llevaba atado a la cintura y miré fijamente a Joaquim.

Hice lo imposible por ignorar cómo mi corazón se aceleraba descoordinadamente frente a ese hombre. Ambos habíamos cambiado, habíamos envejecido, y los sentimientos no deberían afectarme como antes… pero lo hacían.

—Vamos a la playa. —Hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

Por más que mi mente me gritara que no me moviera, había una fuerza invisible que me empujaba hacia él.

Lo seguí hasta el inicio de la playa que quedaba justo detrás de la pensión. Como solía hacer cuando éramos jóvenes, Joaquim se quitó los zapatos, aunque esta vez, en lugar de unas viejas zapatillas, eran unos lujosos zapatos de cuero relucientes.

Afortunadamente para él, había conseguido todo lo que quería cuando me dejó.

—Janine... —Iba a empezar a hablar, pero lo interrumpí.

—Sea lo que sea que mi madre te dijo, ¡es mentira! —Levanté la voz, casi gritando, con una fuerza que ni yo esperaba tener. No creí que él se atreviera a cuestionarlo.

—¿Nicole es mi hija? —Se giró hacia mí, clavando la mirada como si quisiera sacarme la verdad solo con los ojos.

Tragué saliva y aparté la vista. Seguramente ese gesto ya me había delatado, pero fingí que no lo notaba.

—No lo es —mentí.

—¿Entonces quién es el padre?

—¡No es asunto tuyo!

—Tengo derecho a saber la verdad.

—¿Derecho? —Solté una risa nerviosa y me detuve en la arena para mirarlo de frente—. ¿Pensaste que yo no merecía una explicación mejor que una maldita nota? ¿Que no deberías haberte preocupado por mis sentimientos antes de dejarme de esa manera?

—Lo siento.

—¿Crees que eso es suficiente?

—Probablemente no.

—¡No, no es suficiente! —Bufé.

—Pero eso no cambia el hecho de que deberías haberme contado.

—¿Y qué ibas a hacer? ¿Abandonar tu brillante carrera para ayudarme a criarla? —Pateé un poco de arena, enfurecida.

—No —confesó, con la cara de piedra más dura del mundo, y mis ganas de golpearlo solo aumentaron.

—¿Entonces qué haces aquí? —Puse mis manos en la cintura y me incliné hacia él, bufando como un perro rabioso.

—Quiero saber la verdad.

—¿Ah, sí? Pues te vas a quedar con las ganas.

—Vamos, Janine... —Me agarró del brazo, obligándome a mirarlo. Ese gesto solo aumentó mi incomodidad y me dejó la boca seca—. Ya no tienes diez años para seguir respondiendo así.

—¡Yo respondo lo que quiero!

—Entonces yo también hago lo que quiero. —Joaquim tiró de mi brazo y me atrajo hacia él, rodeándome la cintura con el otro antes de que pudiera reaccionar.

Nos habíamos besado muchas veces en esa playa, pero no recordaba que su lengua tenga sabor a amargura, dolor y soledad. Todo eso se mezcló con una pasión feroz que me dejó sin aire.

Debería haberlo empujado, pero mis fuerzas desaparecieron en cuanto una de sus manos grandes bajó sin pudor hasta mi culo y la otra me sostuvo del cuello, manteniendo firme mi cabeza mientras su lengua forzaba el paso entre mis labios.

Las piernas me temblaban y sentí mi cuerpo derretirse con el calor del suyo, mientras lágrimas de rabia y frustración brotaban de mis ojos.

Estaba furiosa con él por todo, pero mi enojo creció aún más al darme cuenta de que estaba correspondiendo al beso, frotándome contra su cuerpo mientras Joaquim acariciaba mi culo de forma provocadora.

Estábamos completamente vestidos, pero era suficiente para que un ardor palpitante entre mis muslos me hiciera perder el control.

Cuando por fin logré liberarme de la presión de su boca, lo empujé con fuerza y le di una bofetada que sonó con fuerza.

—¿Te volviste loco?

—Eso no cambió.

—¿Qué cosa?

—El sabor de tu boca. —Sonrió mientras se masajeaba la mejilla.

—Hijo de pu... —No encontré ninguna palabra que hiciera justicia a lo que sentía en ese instante, así que simplemente dejé que el insulto muriera en mi garganta.

Joaquim alzó la mano hacia mí y limpió una lágrima que había rodado por mi mejilla.

—Nicole tiene tus ojos —comentó.

Sonaba como una frase vacía, porque dudaba que la hubiera visto el tiempo suficiente para notarlo. Aunque claro, mi madre bien podía haberle mostrado una foto, además de arruinarlo todo contándole la verdad.

—Tiene todo de mí.

—Mentirosa.

—¿Crees que puedes aparecer aquí, después de seis años, exigiéndome cosas y encima llamándome mentirosa? Eres demasiado arrogante, Su Señoría.

—¡Deja de llamarme así!

—¿Su Señoría? —Rugí—. ¿Cómo se supone que me lo olvide? Convertirte en juez fue más importante que cualquier otra cosa para ti. Más importante que yo.

—Lo fue... —Bajó la mirada, observando la arena.

—Sé que no pasaste el examen ayer, así que ¿qué te hizo cambiar de opinión y aparecer de nuevo por aquí?



Joaquin

Capítulo 11

Fue mi turno de tragar saliva con fuerza.

La situación con Janine ya era bastante delicada sin que ella supiera que yo tenía cáncer. Hablar de mi muerte inminente solo empeoraría las cosas, y no creía que ella fuera del tipo que se compadece y cambia de opinión por lástima.

Decir que me arrepentía de mis decisiones era demasiado. Si no fuera por el diagnóstico terminal, seguramente no estaría actuando así y probablemente habría tomado las mismas decisiones. Pero saber que tenía una hija cambiaba mis perspectivas.

Mi vida había sido menos vacía de lo que pensaba, y había alguien a quien podía dejarle todo por lo que había luchado.

Una hija con Janine...

—Quiero reconocerla —anuncié, recuperando el foco sin dejarme llevar por el beso.

—¿Así de simple?

—Sí.

—¿Sin una prueba de ADN?

—¿Tú me engañaste?

Janine abrió los ojos con furia ante mi pregunta.

—¡Claro que no, imbécil!

—Entonces no necesitamos ADN. Soy bueno con los números.

—¿Y si no quiero que la reconozcas?

No tengo tiempo para una disputa legal...

Si Janine decidía llevar el caso a un juzgado de familia, podría tardar más de seis meses y...

Sacudí la cabeza, tratando de alejar los pensamientos morbosos que empezaban a incomodarme.

—¿Y vas a negarle a ella el derecho de tener un padre? —Jugué sucio.

—Es fácil echarme la culpa —dijo, aún más alterada. No era lo que quería, pero una simple disculpa no alcanzaba para compensar lo que le hice.

—No se trata de culpa.

—¿Ah, no? —respondió con sarcasmo.

—Se trata de lo que es mejor para Nicole.

—¿Y quién dijo que tú eres lo mejor para Nicole?

—Tu madre.

Janine resopló con aún más fuerza. Claramente no iba a ser yo el único blanco de su furia ese día.

—Sabes que vas a tener que pagar la pensión alimenticia, ¿no? —Trató de presionarme.

—Conozco la ley.

—Claro, Su Señoría. —Volvió a burlarse.

—También me otorga derecho a pasar tiempo con ella.

Mientras todavía me quede algo de tiempo...

—¿Crees que vas a llevártela de aquí los fines de semana?

—Podríamos organizarnos.

—¡Ni lo sueñes! ¿Crees que puedes cuidarla solo?

—Si no puedo, puedo contratar una niñera.

—Mi hija no se va a quedar con una niñera.

—Janine...

No quería ceder, y yo sabía lo complicado que podía ser ese tipo de discusión. No era casualidad que las disputas por custodia tomaran meses en resolverse.

—Te fallé —dije, admitiendo algo que nunca creí que diría.

Mi ego y mi ambición siempre me impidieron cuestionar las decisiones que había tomado en la vida. Pero estar tan cerca de la muerte abría algunas excepciones. Si quería que Janine me dejara

acercarme a ella y compartir la vida con nuestra hija, tenía que empezar reconociendo que había estado ausente durante los últimos seis años.

—¿Me fallaste? —Su expresión cambió.

Una de las ventajas de haber sido abogado era saber cómo convencer a alguien de mi punto de vista.

—No fue justo irme dejándote solo una nota.

—Pues para nada —confirmó, cruzándose de brazos. Su lenguaje corporal decía que, aunque había bajado un poco la guardia, Janine todavía estaba muy lejos de perdonarme.

—Pero Nicole no tiene la culpa de eso.

—¿Crees que es tan fácil como aparecer ahora y decirle que eres su padre? ¡Ya va a cumplir seis años!

—Podemos pensar juntos la mejor manera de decírselo.

Janine negó con la cabeza.

Estiré la mano para tocarle el brazo, pero ella se echó hacia atrás con un gesto furioso.

—No me toques.

—Pero...

—No puedes venir aquí, besarme y encima hacer exigencias.

—Empecemos con Nicole...

—¿Empezar? Ni que tuviera algo más que resolver contigo.

—Tenemos cinco años de conversación pendiente.

—No quiero hablar de nada.

—Solo escúchame. —Le dediqué una sonrisa forzada.

—Es mejor dejar todo como está.

—Soy un hombre determinado. Tú lo sabes.

—Pero no eres el único que sabe ser terco. —Me dio la espalda y caminó hacia la pensión.

—¿Dónde está Nicole? —Corrí detrás de ella.

—En la escuela.

—¿A qué hora vuelve?

—Es mejor que esperes en la casita del perro.

—¿Tienen perro ahora?

—No, pero deberíamos tener un pitbull para que te persiga.

—Asustaría a los huéspedes.

Ella gruñó para mí y yo sonreí. Esa mujer seguía tan hermosa como la recordaba.

El ardor en mi estómago se intensificó, probablemente por no haber comido nada decente, y comencé a toser, cubriéndome la boca con la mano. Cuando el ataque de tos pasó, vi sangre en la

palma y me apresuré a limpiarla en el costado del pantalón. Era oscuro y esperaba que disimulara.

—¿Estás bien? —Janine mostró una preocupación sincera al verme.

—Sí —mentí—. Creo que es una alergia.

—Este clima está tan seco... ya es hora de que llueva —comentó con naturalidad.

—Sí, hace falta.

Mis síntomas no tenían nada que ver con el clima, pero no quería hablarle de eso, ni contarle sobre mi enfermedad.

Seguramente Janine diría que estaba usando el cáncer para dar lástima. Y, en el fondo, tal vez ya no quería que nadie más sintiera lástima por mí... excepto yo mismo.



Janine

Capítulo 12

Cuando escuché la bocina de la furgoneta escolar indicando que Nicole había llegado, sentí que me iba a dar un ataque.

Si ya no estaba preparada para el regreso de Joaquim, la idea de decirle a mi hija que él era su padre era aún peor.

Desde que Nicole empezó a darse cuenta y notó que los demás niños tenían papá, siempre esquivé la pregunta de quién era el suyo. Le contaba historias sobre un príncipe o un ángel, y ella se las creía. Pero cuando fuera más grande, no sería tan fácil.

¿Cobarde?

Admitirlo parecía aún más pesado. Tal vez mi madre tenía razón, y yo estaba mucho más preocupada por protegerme a mí que por proteger a mi hija. Pero era muy difícil separar los sentimientos después de una decepción amorosa tan grande.

Mirar a Joaquim me hacía recordar cómo él me había arrancado el corazón aún latiendo del pecho.

Deseaba que fuera mucho más sencillo liberarme de esos sentimientos oscuros, de toda la tristeza que su presencia avivaba.

—¡Mamá!

Giovana, la chica que ayudaba al chofer, bajó a mi hija de la furgoneta, y ella vino corriendo hacia mí.

—Mi pequeña. —La abracé fuerte, apretándola contra mi pecho, inhalando el aroma a tutti-frutti de su shampoo infantil.

—La clase estuvo buena hoy.

—¿Sí? —preguntó Joaquim detrás de mí, y me quedé congelada, completamente inmóvil, hasta que mi hija se soltó de mis brazos para mirar al hombre.

—Hola. —Educada, le hizo un gesto con la mano.

Por suerte, Nicole había vivido conmigo en la pensión desde que nació y estaba acostumbrada a ver extraños entrando y saliendo todo el tiempo, así que no se sorprendió por su presencia.

—Buenas tardes, princesa.

Ella le devolvió el saludo, pero enseguida volvió a enfocarse en mí, sin darle demasiada importancia.

—Mamá, después que me bañe, ¿me ayudas con la tarea?

—Claro que sí.

—¡Yuju! —Dio unos pasos alejándose hacia la escalera—. ¡Me voy!

—Nicole, espera —la llamó Joaquim, atrayendo la atención de la niña.

—¿Qué pasa? —Mi hija ladeó la cabeza y volvió a mirarlo.

—¿Vas a contarle tú o le cuento yo? —Joaquim me lanzó una mirada autoritaria que me hizo apretar los dientes.

Lo que más quería en ese momento era mandarlo a la mierda, pero me contuve para no soltar groserías delante de mi hija.

Tuve que aceptar que ya no podía esquivar más ese asunto. Tendría que contarle la verdad a Nicole, o ese imbécil lo haría y sería aún peor.

—Hija...

—¿Qué pasa, mamá?

—Ven conmigo. —Tomé su manito y la llevé hacia la parte trasera de la pensión, donde había un área techada de madera con bancos del mismo material.

Joaquim dio algunos pasos para seguirnos, pero le lancé una mirada fulminante para que se quedara atrás. Ese era un momento entre madre e hija en el que él no debía meterse.

Tomé a Nicole en brazos y la acomodé en el asiento, sentándome a su lado. Curiosa, mi hija no apartó los ojos de mí ni un solo instante. Su curiosidad parecía crecer con cada segundo que pasaba, mientras yo no sabía ni por dónde empezar.

Tragué saliva y me froté las manos empapadas en sudor frío contra las rodillas.

—Mamá... —Nicole ya se estaba impacientando, y mi silencio parecía empeorarlo todo.

—Tenemos que hablar de algo importante.

—Bueno...

—¿Te acuerdas cuando me preguntaste por tu papá?

Asintió con la cabeza.

—Bueno... —Contuve el aire como si mi corazón fuera a estallar.

—¿Es ese hombre?

Su pregunta me tomó completamente por sorpresa. A veces, Nicole me sorprendía con su inteligencia y me hacía darme cuenta de que la subestimaba.

Asentí.

—¿Dónde estuvo todo este tiempo?

—Lejos. —No se me ocurrió una mejor respuesta.

—¿En el cielo?

Aunque era lista, mi hija seguía siendo muy inocente.

—Un poco más cerca. —Sonreí.

—¿Ahora va a quedarse aquí con nosotras?

Tomé sus manitos entre las mías, mientras ella seguía mirándome fijamente, y solté un suspiro profundo.

—No.

—¿Por qué se va otra vez?

—Él no se va. —Al menos eso me aseguró, aunque yo ya no confiaba en las palabras de Joaquim.

—Entonces, ¿por qué no puede quedarse?

—Aquí ya hay mucha gente. Tú, yo, el abuelo, la abuela y todos los huéspedes.

—Él puede ser un huésped.

—Tu papá ya tiene su vida en otro lugar.

—¿Por qué no aquí?

—Va a venir a verte.

—¿Sí?

Asentí.

Los ojos de mi hija brillaron, y juré que mataría a Joaquim si me hacía quedar como una mentirosa.

—¿Puede venir a buscarme a la escuela?

—Pero tú vuelves en la furgoneta.

—Solo un día, por favor... —Puso carita.

—Vamos a hablar con él, ¿de acuerdo?

—¡Sí! —exclamó emocionada, saltando del banco.

Pensé que esa conversación sería mucho más difícil. Pero, a diferencia de los adultos, los niños no cargaban con tantas heridas ni resentimientos.

—¡Vamos! —Movió su manito para que me levantara y la acompañara.

Terminé haciéndole caso y tomándola de la mano.

Solo tenía cinco años, a punto de cumplir seis, pero parecía mucho más fuerte que yo para enfrentar esa situación.



Joaquin

Capítulo 13

Me quedé parado en la recepción, observando a los huéspedes que entraban y salían. Algunos se fijaban en mí, y otros pasaban como si fuera un florero más.

Impaciente, metí las manos en los bolsillos mientras sentía que llevaba una eternidad esperando, aunque probablemente solo habían pasado unos minutos.

Yo no solía ser un hombre impaciente. Sabía que las cosas tomaban su tiempo y estaba acostumbrado a la burocracia del sistema judicial brasileño. Sin embargo, después de haber recibido mi sentencia de muerte, sabía que tiempo era justamente lo que no tenía, y no estaba dispuesto a desperdiciar ni un segundo de lo que me quedaba.

No me gustaba admitir que Janine tenía razón. En cualquier otro momento, era casi seguro que no estaría arrastrándome de ese modo ni exigiendo formar parte de la vida de mi hija. Conocía muy bien las implicaciones legales de tener un hijo y mis responsabilidades económicas respecto a eso, pero también sabía que esas medidas solo se aplicaban si la otra parte lo solicitaba. Mientras Janine no exigiera nada, yo tampoco estaba obligado.

Podríamos haber seguido así...

Pero, al borde de la muerte, mi hija se convirtió en mi única posibilidad de no haberme esforzado en vano. Si la reconocía, cuando muriera, todo lo que había conseguido quedaría para ella. Me parecía mejor que dejarlo todo en manos del gobierno o de algún pariente lejano.

Tal vez estaba allí por puro egoísmo, pero no me arrepentía de las decisiones que había tomado por mi propio bien. Prefería arrepentirme de lo que no había hecho.

—¡Papá! —Sentí algo extraño al escuchar esa vocecita y me giré hacia donde venía. No supe identificar qué era esa sensación, pero claramente no tenía que ver con el cáncer.

Nicole corrió hacia mí, aunque sentí que se movía en cámara lenta. Me quedé sin reacción cuando se detuvo frente a mí.

Janine, que venía detrás, me lanzó una mirada seria y movió los labios como diciendo: *abrázala*.

Me arrodillé para quedar a su altura y abrí los brazos. Ella no dudó ni un segundo antes de lanzarse sobre mí, y por reflejo, la abracé.

Debo admitir que no esperaba que tuviera una reacción tan feliz y amorosa conmigo. No sabía qué le había dicho Janine al contarle que yo era su padre, pero por la reacción de la niña, al menos su madre no me había dejado como un monstruo.

Sin embargo, por encima del hombro de Nicole, veía a su madre mirándome, analizando cada uno de mis movimientos.

—Hola, hija.

—¿Vas a buscarme a la escuela?

—Ah... —Me puse nervioso—. Sí, puedo hacerlo.

—¡Yuju!

—Solo un día —dijo su madre.

—Está bien. —Nicole se soltó de mis brazos y fue hacia la escalera—. Voy a bañarme.

Cuando la niña subió los escalones y desapareció en el piso de arriba, me puse de pie, aún atónito, tratando de asimilar lo que acababa de pasar.

—Ya no puedes echarte atrás —dijo Janine con tono serio.

—Lo sé. Voy a llamar a un abogado para iniciar el trámite de reconocimiento de paternidad lo antes posible... —Ni siquiera logré terminar la frase porque empecé a toser.

El sabor a sangre invadió mi boca, pero tragué con dificultad.

—Debes tener una crisis alérgica. Tienes que ir al médico para que te recete algo.

—Sí, lo haré.

—Es lo mejor. —Desvió la mirada hacia la escalera—. Será conveniente que suba. Nicole todavía no puede bañarse sola, aunque lo intente.

—De acuerdo.

Janine subió, y yo seguí en la recepción hasta que doña Lucía apareció con una taza de té y me la extendió.

—Te va a ayudar con la tos. Es jengibre con miel.

—Gracias.

La pobre señora no tenía idea de que no había nada que pudiera ayudarme. Pero al menos el té tenía buen sabor y alivió un poco el gusto metálico de la sangre y el ardor en el estómago.

—Me alegra que vayas a formar parte de la vida de mi nieta —comentó doña Lucía—. Ya pasó mucho tiempo sin ti, y todo niño merece crecer con su padre.

—Eh... —emití un sonido sin poder decir más nada.

Crecer con su padre...

La confesión de que estaba a punto de morir se me quedó atrapada en la garganta. No salió. Y aunque estuviera dispuesto a reconocerlo, Nicole igual iba a quedarse sin padre, y eso me parecía terriblemente injusto.

En las pocas horas desde que supe que la niña era mi hija, no había pensado en cómo sería para ella cuando yo muriera. Ya

estaba acostumbrada a no tenerme cerca. Al menos le quedaría mi dinero.

¿Es suficiente?

Tendría que serlo.



Janine

Capítulo 14

Cuando entré al baño, Nicole estaba en la punta de sus piecitos, estirándose para girar la llave de la ducha, y logró abrirla un poco, con dificultad, mojándose el cabello castaño.

—¡Ey, hija!

—Está difícil. —Se giró hacia mí con el labio inferior torcido.

—Voy a ayudarte.

—Gracias.

Le entregué el jabón mientras la vigilaba, y ella empezó a frotárselo por el cuerpo. Aunque todavía le costaba hacer algunas cosas sola, yo creía que era importante incentivar su independencia, sin dejar de estar cerca para animarla y ayudarla.

—¡Qué bueno!

—¿Qué cosa, hija? —No entendí a qué se refería.

—Que papá volvió.

—Ah...

Yo no sentía lo mismo, pero no quise desanimarla ni decir algo que pudiera hacerla sentir mal. Aunque odiaba pensar en

Joaquim, y más aún tener que convivir con él, parecía que mi madre tenía razón: Nicole merecía tener a su padre en su vida.

Él ya nos había abandonado una vez, pero esperaba que no repitiera el mismo error con nuestra hija.



Joaquin

Capítulo 15

Revisé la hora en mi reloj de pulsera y noté que ya se estaba haciendo tarde. Aunque no quedaba tan lejos, conducir dos horas hasta Florianópolis era agotador, sobre todo considerando mi estado. La enfermedad me estaba dejando cada vez más débil, por más que me esforzara por no demostrarlo.

—¿Doña Lucía?

—Sí, hijo.

—¿Tiene el teléfono de Alfonso?

—¿El pescador que vive frente a la casa de tus abuelos?

—Ese mismo.

—Creo que sí, déjame ver. —Dejó la bandeja sobre el mostrador de la recepción y buscó algo detrás de él, hasta que encontró una vieja agenda telefónica. Con la era de los celulares, ni me imaginaba que algo así todavía existiera.

—¡Aquí! —anunció la señora, marcando con el dedo una de las páginas.

Me acerqué y leí el número antes de marcarlo en mi celular y llamar. Tardó un poco, pero el hombre contestó.

—¿Hola?

—¿Alfonso?

—¿Quién habla?

—Habla Joaquim. Quería saber si tu esposa limpió la casa de mis abuelos.

—Ah, sí, ya la limpió. Está reluciente.

—Perfecto. —Corté la llamada sin extenderme más.

—¿Vas a vender la casa de tus abuelos? —preguntó doña Lucía, curiosa, luego de guardarme el celular en el bolsillo.

—Algún día, pero hoy pienso pasar la noche allí. Ustedes están llenos por aquí, y no quiero manejar hasta Florianópolis y tener que volver mañana.

—¡Eso es, quédate! —Abrió una gran sonrisa—. Enseguida voy a servir la cena. Aguarda y come con nosotros.

—Por supuesto.

La señora se mostró aún más entusiasmada.

—Solo voy a terminar unas cosas en la cocina, pero siéntete como en casa. Tú ya conoces bien el lugar.

Asentí, y ella tomó la bandeja y mi taza vacía antes de desaparecer de mi vista.



Janine

Capítulo 16

Cuando bajé con Nicole, Joaquim todavía estaba en la recepción, como si hubiera echado raíces allí, y nunca imaginé que llegaría a desear tanto que se fuera otra vez. Los sentimientos que despertaba en mí me estaban volviendo loca.

¿Por qué me besó?

Todavía sentía el sabor de su boca en la mía, y la mezcla de placer y rabia me hacía latir la cabeza. La rabia que había cultivado desde que me abandonó se indignaba solo con la idea de que yo hubiera sentido algo positivo en ese beso.

Era como si estuviera allí solo para castigarme y acabar con mi paz.

¡No!

Después de todo, no podía permitirme sentir ningún tipo de atracción o deseo por él. Joaquim era el pasado. Un pasado que debería mantener enterrado bajo siete palmos de angustia, dolor y resentimiento.

Hice lo imposible por convencerme de que era muy feliz sin él, aunque nunca puse a nadie más en su lugar. No lo necesitaba. No necesitaba a nadie. Nicole era suficiente para llenar mi corazón.

—Todavía estás aquí —murmuré con cierto fastidio al detenerme frente a él y poner a mi hija, a quien llevaba en brazos, de pie entre los dos.

—Tu madre me invitó a cenar.

—Claro que lo hizo —refunfuñé, molesta.

—Janine...

Levanté la mano para que se callara.

—Estás aquí por Nicole. También es tu hija. Está bien.

—No vine ayer por Nicole. —Me sostuvo la mirada con una intensidad que me hizo estremecer.

¡Maldito!

¿Cómo tenía el descaro de decir eso?

—Ni empieces.

—Pero...

—¡No! —rugí.

No estaba preparada para esa conversación, y dudaba que algún día lo estuviera. No podía borrar seis años de abandono y fingir que nada había pasado, simplemente alegrándome por su regreso.

No era justo conmigo.

—¡Vamos a cenar! —Mi madre apareció, y Nicole fue corriendo delante de todos.

Sentí un enorme alivio al no tener que quedarme sola con Joaquim, soportando el ambiente cada vez más cargado, empeorando el malestar que me causaba.

Ya lo había olvidado. Ese hombre era el pasado. Al menos eso era lo que intentaba convencer a mi corazón.

Seis años era más que suficiente para superar su ausencia, o la necesidad de sus besos, de sus caricias...

¡Basta!

Entramos al restaurante de la pensión y nos sentamos en una mesa para cuatro. Mi madre trajo la silla alta para Nicole y la acomodó en la cabecera.

Mi hija estaba feliz, saltando emocionada, con la sonrisa de alguien que recibió el mejor regalo de Navidad. Solo esperaba que Joaquim no fuera lo bastante idiota como para arrebatarle esa alegría. Por lo menos, por nuestra hija, tenía que hacer lo correcto.

Joaquim se sentó entre Nicole y yo, y mis padres se ubicaron frente a nosotros. Mi padre tenía una expresión de interrogación enorme en el rostro. El pobre seguramente había sido tomado por sorpresa y no entendía nada de lo que estaba pasando. Aunque no quería dar explicaciones, él merecía alguna. Lo haría cuando Joaquim se fuera.

La comida de mi madre era deliciosa, la mejor del mundo. Claro, considerando que nunca salí del Estado y mis experiencias culinarias eran bastante limitadas. Sin embargo, esa noche no me cayó bien. Y no podía culpar al condimento del arroz por mi malestar.

Después de la cena, Nicole tomó a su padre de la mano y lo llevó hasta una mesa y una sillita para niños que teníamos en la entrada. Allí solía hacer sus actividades. Tenía un cuaderno con dibujos de frutas para colorear y le pidió ayuda a él, no a mí.

Con los brazos cruzados y una expresión nada amigable, los observé desde lejos.

—Es bueno que esté aquí —murmuró mi madre, colocándose a mi lado.

—¿Bueno? —Fruncí el ceño.

—Mira qué feliz está Nicole.

—Espero que le dure.

—Le va a durar.

—No le hagas buena fama, mamá —resoplé en tono seco—. No después de todo.

—No le estoy buena fama.

—Más te vale.

Vi que ya eran casi las nueve de la noche, y Nicole se frotaba los ojos con el dorso de las manos.

—Vamos a dormir, hija.

—¡Ay, no, mamá!

—¡Ay, sí! —Me incliné para cargarla—. Es la hora.

—Quiero quedarme más con papá.

—Otro día estarás con él.

—¡No!

—Nicole. —Mi tono se volvió más firme, adoptando una postura autoritaria, y le lancé una mirada a Joaquim para que entendiera el mensaje.

—Ve con tu mamá, hija. —Joaquim le acarició la espalda—. Jugamos mañana.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Está bien. —Nicole le sonrió y le hizo un gesto de despedida con la mano antes de rodearme el cuello.

Subí con ella al cuarto y la acomodé en la cama. Mi hija se giró hacia un lado y abrazó su osito de peluche, quedándose dormida en cuestión de minutos. Tal vez no se había dado cuenta, pero estaba agotada.

Nicole no era la única. Definitivamente, ese día no había sido fácil para mí. Solo quería que terminara de una vez.



Joaquin

Capítulo 17

—¿Ya se durmió?

Janine se llevó una mano al pecho, sobresaltada al encontrarme esperándola en el pasillo justo cuando salió.

—¿Qué haces todavía aquí?

—Esperándote. —Le sonreí, pero eso solo pareció avivar aún más su furia.

—Ya es hora de que te vayas.

—Todavía tenemos asuntos pendientes.

—No, no los tenemos. Nicole es lo único entre nosotros, y ella ya se fue a dormir.

—Janine... —Volví a ser interrumpido.

—¡Vete, como hiciste hace seis años! —rugió. Si hubiera sido un animal salvaje, me habría arrancado un pedazo de la cara con los dientes.

—Sé que estás enojada.

—No, no lo sabes. Ni te imaginas.

—Ya admití que me equivoqué contigo.

—¡Eso no basta!

—Mira... —Deslicé mis dedos por su brazo, sintiendo cómo su piel se erizaba al contacto con mi toque suave.

Janine levantó la cabeza para sostenerme la mirada, actuando como si no sintiera nada.

Se me secó la boca, ansiando besar la suya, y me humedecí los labios, inclinándome hacia ella. Pero entonces puso una mano sobre mi pecho y me empujó hacia atrás.

—¡Aléjate! —Jadeando, se apartó de mí con rapidez y bajó corriendo la escalera, dejándome ahí, en medio del pasillo.

Antes de que pudiera seguirla, un huésped apareció, me dio las buenas noches y entró a su cuarto, cerrando la puerta.

Cuando llegué a la recepción, Janine estaba detrás del mostrador, hablando con una pareja de huéspedes que parecían estar haciendo el check-in.

—Nos vemos luego —murmuré.

—Hasta luego. —Eso fue todo lo que dijo antes de que me marchara.

Fui hasta mi coche estacionado afuera, y me quedé un rato allí, mirando el cielo extrañamente estrellado. Estaba tan acostumbrado al caos de Florianópolis que ya había olvidado lo fácil que era ver las estrellas en una ciudad pequeña.

Me sentía extraño, con emociones incómodas que me estaban enloqueciendo.

La sombra de la muerte podría desestabilizar a cualquiera, pero yo no sabía cómo manejarla. Sentía, con desesperación, que necesitaba a Janine de nuevo en mi vida. Pero ¿qué vida? Iba a morir en cuestión de meses, y eso ya no debería importar.

No me parecía justo, y lo que estaba haciendo no mejoraba nada.

Janine no pensaba que yo iba a abandonar a Nicole. Sin embargo, eso era justamente lo que iba a suceder cuando muriera.

No era lo que quería, pero mis deseos parecían haber perdido importancia. Aquella enfermedad había venido a estamparme en la cara que nunca tuve tanto control como pensaba.

Pasé seis años creyendo que no necesitaba a esa mujer, ni a ninguna. Pero ahora, con la arena de mi reloj de vida agotándose, una necesidad feroz me consumía por dentro, y ya no sabía cómo frenarla.

Escuché un golpe en la ventanilla y me giré, esperando ver a Janine, pero me sorprendí al encontrarme con su padre.

—¡Don Fábio!

—¿Perdiste el camino a tu casa, muchacho?

—Ya me iba. —Forcé una sonrisa ante su expresión rígida y cerrada.

—Mira, Joaquim, sé que mi esposa fue a buscarte por lo de la niña, pero yo no he olvidado que abandonaste a mi hija.

Tragué saliva, incómodo.

—Lo entiendo. —Yo solía ser bueno con las palabras, pero desde que volví a ese pueblo, sentía que no era yo mismo.

—Si lo entendieras de verdad, no aparecerías aquí con esa cara tan hipócrita.

—Lamento mucho lo que hice.

—Pues más te vale. Y que no se te ocurra abandonar otra vez a mi hija y a mi nieta.

—No lo haré.

¡Mentiroso de mierda! ¡Vas a morir, carajo!

No podía decirle a esa gente que me estaba muriendo. Tal vez, si lo ignoraba, dejaría de ser real. Pero el ardor en el estómago y todo el malestar que recorría mi cuerpo dejaban claro que no.

—Tu abuelo era un hombre honorable y debes actuar como él, por el bien de su memoria.

—Por supuesto.

—Que estés bien. —El señor me dio la espalda.

—Igualmente.

Encendí el motor del coche y me marché, sabiendo que quedarme allí solo lo empeoraría todo.



Janine

Capítulo 18

Me giré una y otra vez en la cama, hasta que agarré la almohada, la puse sobre mi cabeza y apreté la boca contra ella para gritar de pura frustración.

—¡Ahhh!

Yo estaba bien. Había seguido con mi vida, pero Joaquim todavía tenía la caradurez de aparecer y revolverlo todo.

¡Maldito!

Resignada, bajé los pies y me senté en el borde de la cama. Al golpear el suelo, hicieron tanto ruido que Nicole se movió un poco en su cama. Por suerte, no se despertó.

Había pasado seis años tratando de convencerme de que él ya no me importaba, que todo había quedado atrás. Incluso viendo a mi hija todos los días, creía que no me conmovería ni sentiría nada al volver a mirarlo. Joaquim no valía mis lágrimas, ni mi sufrimiento, mucho menos todas las noches sin dormir, con una recién nacida en brazos, pensando cómo sería si hubiera tenido la ayuda de su padre. Mi madre me ayudó, y eso tenía que ser suficiente.

Joaquim y yo éramos pasado.

Y entonces, un buen día, ese maldito se aparece como si todo el dolor pudiera olvidarse así nomás. Estaba furiosa, y ese sentimiento se intensificaba cada vez que cerraba los ojos y recordaba el beso que me dio en la playa. Mi cuerpo vibraba con deseos de volver a sentir sus caricias. No poder controlarlo me enojaba aún más.

Me sentí aliviada de haberme apartado cuando intentó besarme de nuevo en el pasillo. Pero ese nudo en el pecho no parecía compartir mi alivio.

Joaquim era mi gran amor, mi mayor nostalgia y también mi más profunda frustración. Me sentía culpable por todo ese vacío, por la añoranza que me había consumido por dentro y que me hacía doler tanto el pecho. Mi mente racional criticaba ese amor idiota. Un hombre que me había abandonado sin pensarlo dos veces no podía ser el amor de mi vida.

Me sentía una imbécil por estar así de angustiada. Solo quería arrancarme de una vez por todas ese maldito corazón.

Joaquim había dicho que iniciaría los trámites para reconocer legalmente a Nicole. Si eso pasaba, tendría que ser más fuerte para lidiar con su presencia y dejarle bien claro que los besos y cualquier tipo de cercanía no volverían a suceder.

Nuestra hija y nada más.

¡Se acabó!

Me tiré de espaldas sobre la cama y volví a taparme la cara con la almohada, amortiguando el grito mientras pataleaba en pura rabia.

¿Por qué algo que debería ser tan simple parecía tan difícil?

No tenía respuesta, lo que solo aumentaba mi enojo.

Me senté otra vez en la cama, masajeándome las sienes, que no dejaban de latir.

Eran más de las once de la noche cuando tomé el celular. Natalia probablemente ya estaba dormida, pero aun así me arriesgué a mandarle un mensaje.

Janine:

¿Estás ahí?

Natalia:

¡Menos mal que apareciste! ¡Por favor, llámame!

Janine:

¿Qué pasó?

Natalia

¡Llámame!

Janine:

Ok.

Presioné el botón para llamar desde la app de mensajes, y no pasó ni medio segundo antes de que mi amiga atendiera.

—¡Hola, mamá! Sé que te sientes mal. Tranquila. Ya voy para allá. —Natalia sonaba como que estaba actuando frente a una persona que estaba allí con ella.

—¿"Mamá"? ¿Para acá? ¿Qué está pasando, Natalia? —Me quedé completamente confundida con la manera absurda que me atendió.

—*Voy a tener que irme* —murmuró a alguien más allí presente, y la línea quedó muda hasta que volvió a hablarme con normalidad—. Gracias por llamarme.

—¿Puedes explicarme qué fue todo eso? —le exigí con tono firme.

—Ay, amiga... —suspiró al otro lado de la línea—. Me metí en un lío.

—¿Cómo que en un lío?

—¿Te acuerdas del tipo del que te hablé, con el que estaba saliendo?

—Sí, ¿tu nuevo novio?

—Pues resulta que ya tiene novio.

—¿Novio con O al final? —Me sorprendí, y solo una bomba como esa logró hacerme olvidar mis propios problemas por un segundo.

—Exactamente.

—¡Guau! —No sabía si reír o quedarme en shock, así que me levanté de la cama y bajé hasta la playa para poder hablar con ella sin despertar a mi hija—. Cuéntame bien esa historia.

—Lo conocí por una app de citas.

—Sí.

—Pero no decía en su perfil que era bisexual y que buscaba una mujer para un trío.

La indignación en su voz era tan intensa que no pude evitar soltar una carcajada.

—¡No te rías de mí! —protestó.

—Perdón, pero era imposible no hacerlo.

—Yo juraba que era un tipo decente...

—Así son los hombres.

—¡Ey, no generalices!

—¿Y acaso me das un ejemplo contrario?

—Mi papá... y el tuyo...

—Touché.

—Si estás tan alterada, es porque sigues pensando en que Joaquim apareció ayer. Ay, amiga, es fuerte, pero sabías que podía pasar algún día.

—Ojalá fuera solo eso. —Me senté en la arena y dejé caer la cabeza hacia adelante, como si me pesara una tonelada.

—¿Volvió a aparecer?

—Mi mamá fue a buscarlo y le contó sobre Nicole.

—¡Maldita sea! —Ahora la sorprendida era ella—. ¿Y qué pasó?

—Vino lleno de exigencias, queriendo asumir la paternidad.

—Eso puede ser lo mejor para Nicole.

—O puede ser que solo quiera volverme loca. —Resoplé, apretando el puño, sintiendo cómo la rabia me hervía por dentro.

—¿Por qué piensas eso?

—¡Me besó! Y si no lo hubiera evitado, me habría besado otra vez.

—Sabía que aún había algo entre ustedes.

—¡No es para celebrarlo, Natalia!

—Amiga, no has cerrado ese capítulo.

—Todo terminó cuando él se fue.

—¿De verdad?

—¡Sí! —Saqué pecho, aunque ella no podía verme.

—Entonces dime el nombre del otro hombre.

—¿Qué otro hombre, Natalia?

—Exacto. Si todavía no has reemplazado a Joaquim, es porque no lograste pasar la página.

—Qué buena amiga tengo...

—Ser tu amiga no significa decirte solo lo que quieres oír, sino mostrarte lo que tienes justo enfrente y te niegas a ver.

—No es justo seguir sintiendo algo por él.

—La vida no se trata de justicia o no. Yo fui toda ilusionada a una cena y terminé huyendo. Ahora voy a tener que bloquear el número del tipo.

—¿Él sabe dónde vives?

—Por suerte no.

Reí.

—¿Y mi ahijada? ¿Cómo lo tomó?

—Feliz.

—Los niños son geniales.

—Solo espero que siga así.

—Entonces no lo arruines.

—¿Yo? ¡Por favor!

—Joaquim metió la pata, sí. Pero, ¿y si de verdad quiere redimirse? Si aún lo amas, ¿qué ganas con quedarte rumiando el rencor?

—¿Y si solo quiere hacerme daño otra vez?

—¿Tan cretino crees que puede ser? Él quería ser juez, ¿no? Ya lo logró. Está en otro momento de su vida, uno en el que podría dedicarse a ti y a Nicole.

—¿Y si se comporta como un imbécil nuevamente?

—Solo lo vas a saber si te das la oportunidad.

—No sé si quiero arriesgarme.

—¿Prefieres culparte por no haberlo intentado o tener la certeza de que fue un imbécil?

—¿Y si no puedo soportar pasar por eso otra vez?

—Te conozco. Siempre has sido una mujer muy fuerte.

—Gracias.

—Al menos no terminaste atrapada entre una pareja de hombres.

Volví a reír.

—Quién sabe, tal vez te guste la experiencia.

—Todavía no estoy lista para algo así. Pero si quieres, te paso su número.

—No, gracias.

—¿Ves? Amiga, ya estoy llegando a casa. Gracias por el auxilio.

—De nada. Hasta luego.

—Chau.

Natalia cortó la llamada, y yo me dejé caer de espaldas sobre la arena, sintiendo la brisa fría de la noche moverme el cabello.

Me sentía una tonta por siquiera considerar volver a los brazos de Joaquim. Pero... ¿ser tan terca y luchar contra lo que sentía era lo más correcto?



Joaquin

Capítulo 19

La esposa de Alfonso había hecho un buen trabajo. La vieja casa de mis abuelos olía a productos de limpieza y el polvo y el moho parecían haber desaparecido.

El lugar estaba lejos de ser un hotel cinco estrellas, pero podía pasar la noche allí en lugar de dormir en el coche.

Todo seguía exactamente en el lugar que recordaba, como si mis abuelos aún estuvieran en algún rincón de esa pequeña casa. En un estante viejo, junto a una televisión de tubo, había una foto mía de cuando tenía unos seis años. Mi abuelo me había llevado a pescar por primera vez. Sonriendo, ese niño que fui sostenía un pez casi del tamaño de su cuerpo.

Les ofrecí mucho, pero ellos amaban esa vida y nunca aceptaron dejarla para irse a vivir conmigo a Florianópolis. No querían abandonar a los amigos ni a esa vieja casa.

Aun así, ellos se fueron... y esa casa se quedó.

Sin mis abuelos, ese lugar no era más que un cúmulo de recuerdos viejos.

Abrí la puerta de mi antiguo cuarto. La cama individual parecía más pequeña que nunca. Afiches de bandas de los años ochenta, cuando yo aún me creía rockero y pensaba que vestirme de

negro era lo máximo. Los viejos libros de derecho en mi estantería eran lo único cercano a mi presente, aunque ya estaban desactualizados respecto a las nuevas leyes.

Abrí el ropero y encontré algunas prendas que ya no me quedaban. En el compartimento superior, una caja de All Star que no tenía las zapatillas dentro -seguro habían terminado en la basura hacía décadas-, pero en su interior encontré recuerdos que tal vez no debería haber removido en ese momento. Eran fotos, cartas, boletos del pequeño cine del pueblo e incluso regalos hechos a mano que Janine me había dado cuando salíamos juntos.

Había dejado esa caja atrás, como todo lo que me distraía de mi meta de convertirme en juez, pero revivir ese pasado me dejaba aún más extraño.

Esa incomodidad en el pecho ya no era por el cáncer.

Sentía que había conseguido todo... y al mismo tiempo, lo había perdido todo.



Janine

Capítulo 20

—Hola, mamá, ¿ya estás despierta? —Nicole sonrió en cuanto me encontró mirándola.

—Así es. —La verdad, ni siquiera dormí.

La conversación con Natalia se suponía que me ayudaría, que me daría claridad y fuerzas para patearle el culo a Joaquim y sacarlo de mi vida de una vez por todas. Sin embargo, lo único que logró fue hacerme pensar en qué ganaría haciendo eso.

Quería a mi ex novio lejos por rabia, por rencor y por el dolor que me causó. Pero, en el fondo, mi corazón daba saltos con su presencia, latía más fuerte cuando se acercaba y se derretía con el calor de sus besos. Mi mente sabía que seguir sintiendo algo por él era una tontería, pero mi corazón era un completo idiota.

Aunque Nicole se veía tan feliz con su papá...

—Mamá... —Su vocecita dulce me devolvió a la realidad.

—¿Sí, hija?

—¿Papá vendrá hoy?

—No lo sé.

—Oh... —Sus ojitos se apagaron un poco, decepcionada.

—¿Por qué?

—Quería que me recogiera en la escuela.

—Podemos hablar con él y ver si puede ir un día, ¿sí?

Ella asintió con la cabeza y volvió a sonreír.

En ese momento comprendí exactamente por qué reprimía tanto mis sentimientos hacia él. Tenía miedo. Mucho miedo de volver a ser abandonada. Me había costado levantarme y volver a sentirme bien. ¿Cómo podía confiar en él y arriesgarme a pasar por lo mismo otra vez? Joaquim ya me había dejado una vez, ¿qué garantía tenía de que no lo haría de nuevo?

Y esta vez no solo me dañaría a mí, también heriría a Nicole. Ella era muy pequeña para sufrir una pérdida así. Estaba feliz y emocionada por haber descubierto a su padre. No quería ser yo quien tuviera que decirle que él se había ido otra vez.

Ese miedo me asfixiaba. Sentía como si una enorme losa me aplastara el pecho y me robara el aire. Quería respirar, pero se me hacía cada vez más difícil.

—Mamá —Nicole apoyó su manito sobre mi rodilla, obligándome a mirarla—, ¿estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Voy a prepararme para ir a la escuela.

—Está bien, mi princesa.

Fue al baño del cuarto y escuché el sonido del banquito arrastrándose en el suelo. Lo usaba para poder llegar al lavabo. Aunque aún le costaban algunas cosas, se esforzaba mucho por ser independiente, y yo la animaba en todo lo posible. Comprar ese banquito fue una de esas formas.

Me levanté de la cama y me acerqué al baño. Me quedé apoyada en el marco de la puerta, observando a mi niña cepillándose sus dientitos de leche.

—Te faltó abajo, hija.

—¡Es verdad! —dijo con la boca llena de pasta.

Escupió un poco en el lavabo y volvió a cepillarse, esta vez con más cuidado en la parte de abajo. Cuando enjuagó la boca, la abracé por detrás y le di un montón de besitos.

—¡Muy bien, hija!

—¡Ay, mamá! —Me empujó con sus manitos—. Así me vas a asfixiar.

Me aparté riendo, y ella bajó del banquito.

La ayudé a vestirse y a peinarse.

Cuando bajamos al restaurante de la pensión para desayunar, ella dio un grito emocionado y yo me quedé congelada.

—¡Papá!

—Hola, hija.

Me quedé parada bajo el arco de la puerta, viendo a Nicole correr hacia Joaquim, que estaba en una mesa con una taza de café, conversando con mi madre. Parecía un fantasma nocturno, pero el problema era que no desaparecía al encender la luz.

Joaquim se agachó para abrazarla y la alzó en brazos.

—Papá, ¿vas a recogerme hoy en la escuela?

—Sí, solo necesito saber dónde queda.

—Mamá te va a decir. —Nicole giró en su regazo y me señaló. Sus deditos apuntaron directamente hacia mí, atrayendo su mirada.

Volví a tragar saliva y ese torbellino de emociones volvió a consumirme. Era como si olores fuertes y opuestos se mezclaran hasta volverse nauseabundos. Quería vomitar, gritar y salir corriendo… todo al mismo tiempo.

—Joaquim... —murmuré su nombre tan bajo que no sé si alguien lo oyó, pero él lo notó, tal vez por leerme los labios.

—Buenos días, Janine. —Se levantó, dejó a Nicole en el suelo y le sostuvo la mano para caminar hacia mí.

—Bue-buenos días. —No quería tartamudear, pero fue imposible.

Me dio aún más rabia verme actuando como una tonta descontrolada.

—¿Me acompañas?

—¿Acompañarte? —Fruncí el ceño, sorprendida—. ¿A dónde?

—A la escuela de Nicole.

—La furgoneta la recogerá en unos minutos.

—Podemos hacer una excepción hoy.

—Pero...

—Por favor, mamá. —Nicole lo había escuchado todo y empezó a saltar de la emoción. No pude negarme.

—Está bien.

—¡Yupi!

Quería estrangular a Joaquim por ponerme en esa situación, pero me contuve.

—¡Vamos, papá!

—Primero tienes que desayunar —dijo mi madre, señalando la sillita alta en la mesa donde ya le había servido una porción de pastel, unos trozos de papaya y un vaso de leche con chocolate.

Nicole fue a desayunar y me dejó sola frente a Joaquim por unos segundos que se sintieron como una condena eterna.

—Tú también deberías desayunar —me dijo Joaquim, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

Pasé a su lado, pero calculé mal la distancia y mi hombro rozó el suyo. Por un instante, sus dedos se cruzaron con los míos

como si intentara tomarme la mano. Me aparté rápidamente y seguí hacia el bufé.

Estaba claro que Joaquim intentaba acercarse, el problema era que yo no lograba mantenerlo lo suficientemente lejos como para no sentirme tan vulnerable.

¡Dios mío! ¿Por qué me está haciendo esto?

El platito de loza temblaba en mis manos y estuve a punto de dejarlo caer.

¡Maldita sea!

¡Contrólate, Janine!

¿Por qué era tan difícil actuar como una persona normal y equilibrada frente a él? ¿Dónde había quedado mi orgullo y mi convicción? Él había sido un imbécil conmigo, y ahora se aparecía para provocarme y poner a prueba el deseo que mi cuerpo aún sentía por él.

Me serví unos panecillos de queso con rodajas de mozzarella y un café con leche. Me senté al lado de mi hija, que casi se había tragado el desayuno. Estaba demasiado ansiosa, como si el hecho de que su padre la llevara a la escuela fuera el evento del año.

Cuanto más feliz se mostraba Nicole con la presencia de Joaquim, más miedo sentía yo. Como si mi mente me gritara que

algo estaba mal. Puede que suene estúpido, pero no dejaba de preguntarme si todo eso realmente valía la pena.



Joaquin

Capítulo 21

Colocamos la sillita de Nicole en el asiento trasero de mi coche, un sedán importado con suficiente espacio para una niña y su mochila. Siempre pensé que un deportivo era mejor, ya que casi siempre iba solo, pero además de llamar más la atención, no era la mejor elección cuando se tiene una familia.

Familia…

Aunque sentía un afecto especial por mis abuelos, esa palabra no venía a mi mente desde la muerte de mis padres. Me pareció extraño al principio, pero pronto entendí que con Nicole y Janine, tenía mi propia familia.

Por poco tiempo...

Sacudí la cabeza para alejar los pensamientos oscuros que empezaban a nublarme. Había ido hasta allí para aprovechar mis últimos meses y tenía que hacer todo lo posible por dejarles algo bueno antes de morir.

Si quería que mi hija se acordara de mí, tenía que esforzarme.

—Por allá. —Indicó Janine el camino hacia la escuela infantil del pueblo. A pesar de que era la única en la ciudad, yo no sabía dónde estaba.

Mi ex novia no hablaba mucho, parecía hacer todo lo posible por mantener distancia. No podía decir que me gustaba esa actitud, pero no podía exigir nada distinto, después de cómo terminé con ella. Juré que nunca nadie sería más importante que mi carrera, pero la vida me estaba dando una patada en los huevos y me estaba echando en cara el precio que había pagado por tomar esa decisión.

Duele…

Podrían ser solo los síntomas del cáncer, pero también sentía dentro del pecho un deseo genuino de tenerla cerca otra vez, de abrazarla y besarla como antes.

—Gira a la izquierda y sigue hasta el final de la cuadra.

Poco después, vi las rejas coloridas que rodeaban el terreno de la escuela, con otros niños llegando y un par de vans estacionadas en la entrada.

—¡Llegamos! —Nicole saltaba de la emoción en el asiento trasero.

Detuve el coche junto a la acera y Janine salió para desabrochar el cinturón de la niña. Sin embargo, en lugar de correr hacia la escuela, Nicole se quedó en la acera, saltando en el mismo sitio, tan emocionada que me sacó una sonrisa.

Nunca imaginé que el comportamiento de una niña pudiera provocarme ese tipo de ternura que calentaba el pecho.

¡Es mi hija!

El pensamiento me llenó de felicidad, y sentí que los ojos se me humedecían. Disimulé como pude.

—¡Papá! —Golpeó la ventanilla para llamarme—. ¡Ven!

Me desabroché el cinturón y salí para unirme a ella en la acera. Su manito se aferró a la mía y me arrastró hacia la entrada, donde otros niños estaban entrando.

—¡Duda! ¡Duda, mira! —llamó a otra niña.

La pequeña, que ya iba entrando, giró para verla.

—¿Qué pasó?

—¡Él es mi papá! —Nicole alzó mi mano, orgullosa.

—¿Tu papá? —La niña frunció el ceño, sorprendida—. Pero tú no tenías papá.

—¡Sí tengo! —replicó molesta.

En ese momento entendí por qué Nicole quería tanto que la acompañara. Las otras niñas tenían papás, y ella quería demostrar que también tenía uno.

Sentí una punzada en el pecho. Quería pensar que era solo un nudo emocional, pero sabía que era la enfermedad recordándome que mis días estaban contados y que mi hija pronto volvería a quedarse sin su padre.

Cobarde, egoísta. Escuchaba la voz de Janine en mi mente, insultándome.

Aun así, no me arrepentía de estar allí. Quería disfrutar de la existencia de mi hija mientras pudiera.

Si tenía algún arrepentimiento, era no haber venido antes.

—Hola, Duda. —Me incliné hacia la niña—. Soy Joaquim, el papá de Nicole.

La niña me miró con recelo.

—¿Dónde estabas?

—Vivo en Florianópolis, pero voy a pasar un tiempo aquí con mi hija.

—Ah, ella dijo que estabas lejos.

Sonreí, imaginando las historias que Nicole habría inventado para justificar mi ausencia.

—Ahora estaré un poco más cerca.

—Está bien —dijo ella con un gesto. Luego tomó la mano de Nicole—. ¡Vamos! La profe ya está ahí.

—¡Chau, papá! —Nicole soltó mi mano y se fue con su amiga.

Cuando me giré, Janine estaba detrás de mí, con los brazos cruzados y la expresión más cerrada que nunca.

—Debería haber venido antes —dije.

—¿Y has pensado que quizás nunca debiste haberte ido? —respondió, sin suavizar el rostro.

—Janine… —intenté explicarme, pero no quiso escucharme.

—Vamos. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Está bien.

Regresamos al coche. Janine cerró la puerta con fuerza y se puso el cinturón, dejando claro que aún estaba molesta.

Me senté al volante y tomé unos segundos antes de arrancar. En lugar de hacerlo, me giré hacia ella.

—Sé que estás enojada.

—Si de verdad lo supieras, no estarías aquí. —Mantuvo la mirada en el exterior del coche, como si no pudiera mirarme directamente.

—¿De verdad quieres que me vaya?

No contestó. El silencio fue lo mejor que obtuve.

—Mírame.

—No.

Toqué su rostro, y no pudo evitar girarse. Nos miramos por unos instantes hasta que vi mi reflejo en sus pupilas dilatadas por la emoción.

El impulso de besarla fue más fuerte que yo. Ya no podía permitirme perder ni un segundo de lo que me quedaba.

Deslicé los dedos por su cuello y acaricié su cabello. Cerré los ojos al sentir el perfume de su piel, y rocé sus labios con los míos, pidiéndole permiso en un gesto suave. Al principio lo negó, pero una leve mordida mía en su labio inferior bastó para que me dejara entrar. Janine gimió, rindiéndose al beso.

Nuestros labios se encontraron con urgencia. Su boca sabía a nostalgia y deseo, y cada movimiento de nuestras lenguas parecía remover años de distancia. Mientras la besaba, acaricié su mejilla, y mi otra mano subió lentamente por su muslo, deteniéndose con delicadeza, sin sobrepasar ningún límite.

Era un momento íntimo, intenso, pero no cruzamos más allá de lo que se podía contener. Me detuve. Respiré hondo, y justo cuando pensaba en hablar, un golpe seco en el cristal del coche nos sobresaltó.

Janine se apartó enseguida, con su rostro encendido por la vergüenza.

—¡Janine!

—Mónica... —murmuró, con el rostro contraído.

—¡Ubíquense! Están frente a una escuela —dijo la mujer, antes de alejarse, negando con la cabeza.

Janine se encogió, como si quisiera desaparecer.

—Todo el mundo se va a enterar —murmuró.

—Odio los pueblos pequeños —refunfuñé.

—Es mejor que me vaya caminando. —Se desabrochó el cinturón y salió del coche.

—¡Janine! —Traté de detenerla, pero ya era tarde.

Tuve que salir del coche y correr detrás de ella.



Janine

Capítulo 22

Crucé los brazos sobre el cuerpo, tratando de cubrirme con esa sensación de estar completamente desnuda. Era como uno de esos sueños en los que apareces en pijama en medio de la escuela, solo que mucho peor, porque me pellizqué... y no estaba soñando.

La vergüenza hacía arder mis mejillas. Mónica, una vieja conocida y muy chismosa del pueblo, me había visto en pleno arrumaco nada apropiado con Joaquim dentro del coche, y no tenía dudas de que difundiría lo peor por ahí.

No bastaba con perturbar mi paz, Joaquim además iba a poner a todo el pueblo en mi contra.

—¡Janine! —Escuché su voz, pero decidí ignorarla—. ¡Janine, espera!

Me vi obligada a mirarlo cuando me agarró de la muñeca e hizo que girara hacia él.

—¡Espera! —Estaba completamente agitado para alguien que solo había corrido unos metros para alcanzarme.

Probablemente su vida como juez lo había dejado más sedentario de lo que yo recordaba.

—Ya te dije que voy a volver caminando. —Solté mi brazo con fuerza, sacudiéndolo con rabia.

—No tienes por qué hacerlo.

—¡Claro que sí!

—¿Por qué?

—¡Porque me besaste sin permiso!

—No fue exactamente así...

Apreté los dientes, aún más indignada.

Me di la vuelta decidida a seguir caminando. Discutir con él solo lograba que me sintiera todavía más desequilibrada. Me lo había repetido cientos de veces: lo había superado, su presencia ya no tenía ningún efecto en mí, pero cada minuto a su lado me demostraba que me había estado mintiendo.

Su contacto me erizaba la piel, aceleraba mi corazón y me dejaba las piernas flojas. ¿Cómo mantenerme firme así? Cada vez que Joaquim se acercaba demasiado, me sentía como una adicta al borde del abismo.

—Déjame en paz... —Temblé, con los ojos llenos de lágrimas.

Ya no sabía qué hacer, y los sentimientos explotaron en forma de llanto.

—Hey...

—¿Por qué estás haciendo esto? —Sollocé al apoyar la cara en su mano cuando me acarició.

—Te extrañé.

—¡Mentiroso! Me lastimaste.

—Lo sé...

—¡Mucho! —Subí la voz, quebrada.

—Janine...

—¿Por qué quieres lastimarme otra vez? —Seguía llorando.

—No quiero hacerlo.

—¿Estás seguro?

—Te lo juro.

—No te creo —gruñí. Y él se quedó en silencio.

Ojalá pudiera saber exactamente lo que estaba pasando por su cabeza, así al menos sabría en lo que me estaba metiendo, pero esa oscuridad me estaba volviendo loca.

—Si hubieras dicho que ibas a perseguir tus sueños, pero que volverías por mí... yo te habría esperado —admití lo que me había rondado por la cabeza todos estos años.

—No era justo pedirte eso.

—¿Y dejarme así fue justo? —Lo enfrenté con rabia y lágrimas más intensas aún.

—No... —confesó, bajando la mirada como si realmente se sintiera culpable, aunque yo no podía estar segura de creerle, por más que quisiera—. Janine, te amo.

Contuve el aliento. Mis piernas flaquearon y estuve a punto de caer, pero Joaquim me sostuvo por la cintura con fuerza.

Quería resistirme, pero no pude. Aun así, levanté la cabeza y volví a besarlo.

Aquel beso fue más suave que el salvaje que nos dimos en el coche. Tenía el sabor de mis lágrimas y el amargor de mi corazón, pero poco a poco se volvió más dulce, más tierno, mientras él me envolvía de una forma cálida, reconfortante.

Mi corazón, ingenuo como siempre, cayó de lleno con ese "te amo". Parecía ser justo lo que necesitaba escuchar para rendirse. Solo esperaba no terminar abandonada otra vez.



Joaquin

Capítulo 23

Apenas se apartó para tomar aire, Janine se alejó por completo de mí y recuperó la postura, con una expresión mucho más seria.

Intenté tocarla otra vez, pero me dio una palmada en la mano.

—¡Compórtate!

—Pero...

—Estamos frente a la escuela.

—Tienes razón. —Me contuve, reconociendo que ese no era el mejor lugar para hacer con ella lo que realmente quería, aunque Janine no escaparía de mí tan fácilmente.

—Tengo que volver. Hay trabajo que hacer.

—Está bien. —No podía presionarla más de la cuenta. Por mí, no la dejaría ir, pero necesitaba mantener la calma—. Dile a tus padres que cuiden a Nicole esta noche.

—¿Qué? ¿Cómo? —Se sorprendió con mi instrucción, que sonó más a orden.

—Quiero que salgamos a pasear.

—No podemos.

—Sí podemos.

Ella negó con la cabeza, pero no discutió más.

—Llévame de regreso a la pensión.

Le extendí la mano para señalar el coche. Ella asintió y fue delante, pero procuró mantenerse lo más alejada posible de mí, como si temiera que volviera a tocarla. Y, para ser sincero, eso era exactamente lo que deseaba. Pero me comporté bastante bien durante todo el camino de vuelta.



Janine

Capítulo 24

—Haces bien en salir con él —dijo mi madre, cuando le conté los planes para esa noche.

—No lo creo —murmuró mi padre, que recibió una mirada severa de su mujer.

—Joaquim es el padre de Nicole, Fábio.

—Que ya ha abandonado a nuestra hija antes.

—No volverá a hacerlo —me aseguró mi madre.

—¿Estás segura? —preguntó.

Mi padre era como yo, un pozo de dudas. Quería ser segura como mi madre, pero el miedo me echaba para atrás. Sin embargo, no era lo suficientemente fuerte como para aplacar mi deseo de salir con él, sabía exactamente lo que nos esperaba y lo deseaba.

Ya me había duchado, puesto un vestido de flores y maquillado ligeramente cuando vi a Joaquim entrando en la recepción con nuestra hija de la mano, como había prometido, la había recogido del colegio y estaba sonriendo de oreja a oreja. Era la niña más feliz del mundo y yo quería que lo fuera siempre.

—He venido a hacer un intercambio —dijo.

—¿Intercambio? —Estaba confundida.

—Dejaré a Nicole y te llevaré a ti.

—Mmm… —Mis mejillas se sonrojaron.

—Señora Lucía, señor Fábio. —Saludó a mis padres, que asintieron—. Mañana les devuelvo a su hija.

—¿Mañana? —Reaccionó mi padre.

—Está exagerando. —Intenté ablandar las cosas, pero mi padre seguía enfurecido.

—No, no estoy exagerando —susurró Joaquim, acercando su boca a mi oído, y yo hice todo lo posible por disimular el escalofrío que me produjo.

Subimos a su coche y me abroché el cinturón. Se inclinó hacia mí, pero antes de que pudiera besarme, lo agarré por los hombros, apartándolo.

—¿Adónde vamos?

De ninguna manera iba a dejar que me besara allí, la situación estaba fuera de control y no podía dejar que nadie viera nada indecente.

—¡Sorpresa! —Dio un paso atrás, se enderezó y arrancó el coche.

—Ok.

Condujo durante unos quince minutos hasta la carretera de las afueras del pueblo, tomando un camino de tierra que llevaba a

una zona más apartada, con árboles y una colina. No era un lugar completamente desconocido para mí, pero nunca volví a poner un pie allí después de que él se marchara.

Hermoso, pero lo suficientemente aislado para que nadie vea nada.

Salí del coche y caminé unos pasos hasta el borde de la colina, viendo una playa debajo. La vista era maravillosa, aunque el mar no estaba desierto, estábamos a suficiente altura para que los bañistas no nos vieran.

—¡Este lugar todavía existe!

—Las cosas no desaparecen así como así —dijo, abriendo el maletero y sacando una cesta y una manta grande para ponerla en el suelo.

—Excepto tú... —repliqué.

—Estuve en Florianópolis, seguramente mis abuelos lo comentaron.

—Pero me abandonaste.

—Sí... —Tuvo que admitirlo.

Extendió la manta sobre la hierba mezclada con la arena soplada por el viento desde la playa y colocó la cesta en un extremo.

—¿Qué hay ahí? —Estiré el cuello, curiosa.

—Pasé por la pastelería Colonia.

—¡Qué delicia! ¿Me das un poco? —Me incliné hacia la canasta, pero me tomó por la cintura y me estrechó entre sus brazos.

—Más tarde —me dijo con la boca en la oreja, haciendo que se me erizaran todos los pelos del cuerpo.

—¿Por qué?

—Ahora quiero comer otra cosa. —Me lamió la oreja y me retorcí en sus brazos.

—Joaquim...

—Ven aquí. —Sus largos dedos tiraron de mi mentón y su boca se rindió a la mía.

Ya no podía negar que realmente deseaba volver a sentir su cuerpo. Mi lengua empezó a bailar al mando de la suya, mientras mis manos recorrían sus anchos hombros.

Sus enormes manos rodearon mis muslos y se deslizaron sin miramientos por dentro de la falda de mi vestido, apretando mis nalgas expuestas por las pequeñas bragas. Si no hubiera querido realmente acostarme con él, me habría puesto jeans y más ropa debajo.

Su boca se deslizó hacia abajo, me olisqueó el cuello y yo eché la cabeza hacia atrás, viendo cómo el sol empezaba a ponerse

en el horizonte, coloreando el cielo de naranja, mientras sus dedos jugaban con el encaje de mis bragas.

Sentí que la piel me ardía cuando su lengua húmeda me rodeó el cuello. Clavé las uñas en su polo y saqué las tetas, apretándolas contra su pecho duro.

Las manos de Joaquín fueron al dobladillo de mi vestido y tiró de él hacia arriba. Levanté los brazos para que pudiera quitármelo antes de tirar de la nuca para que su boca volviera a estar sobre la mía.

Me abrazó, inclinó mi cuerpo hacia atrás y me tumbó sobre la manta. Notaba algunos guijarros en la espalda, pero estaba tan excitada que no me molestaban.

Joaquim me miraba con esos ojos verdes cenagosos mientras sus dedos recorrían mi vientre. Me revolví sobre la manta y separé los muslos cuando llegó al elástico de mis bragas. La zona me palpitaba tan locamente que, si tardaba más, yo misma me pondría la mano encima.

—Qué excitante que estás —murmuró, con aire depredador mientras me chupaba el pezón.

No tuve tiempo de avergonzarme por sus palabras, porque Joaquim deslizó su mano dentro de mis bragas y me tocó donde más clamaba por él. Abrí más las piernas en un casi "por favor". Él

soltó una risita mientras deslizaba más adentro su dedo y abría mis labios vaginales mayores, tocando mi clítoris.

—¡Ahhh! —Arqueé el cuerpo mientras él me masturbaba, chupándome una teta de forma muy provocativa.

Joaquim jugaba en mi pezón con su lengua, dando vueltas, empujando y lamiendo, mientras parecía divertido por mi expresión de placer y mis gemidos.

Dejó de masturbarme y yo protesté, hasta que sus dos manos se colocaron en mis caderas para bajarme las bragas y quitármelas por la punta de los pies. Menos mal que me había depilado, porque Joaquim me levantó el culo con las manos y se arrodilló, inclinándose hasta tener su cabeza entre mis piernas.

Se me pusieron los ojos como si estuvieran en una montaña rusa y agarré la manta, retorciéndola entre los dedos con anticipación. Pensé que me la iba a chupar enseguida, pero la expectativa me volvía loca.

Apartó una de sus manos de mí para buscar algo en su bolsillo, pensé que sería un condón, a pesar de que aún estaba completamente vestido, pero en lugar de eso desenvolvió un caramelo y se lo puso en la punta de la lengua.

—¡Joaquim!

—¿Recuerdas cómo era esto? —bromeó.

Afirmé con la cabeza.

¿Quería matarme de calentura?

—¡Qué bien! —Chupó un poco el caramelo, moviéndola de lado a lado en la boca antes de volver a colocarse en posición.

¡Wow!

Su lengua, refrescada por el caramelo extra fuerte, tocó mi vulva y el placer me atravesó como una flecha. Si hubiera sido posible, habría partido mi cuerpo en dos. A Joaquim siempre le gustaba hacerme eso cuando éramos novios, pero seis años bastaron para que me olvidara lo intenso que era.

Mi vagina palpitaba enloquecida al contrastar la sensación causada por el caramelo con el calor provocado por la acción oral, cada vez más intensa. Mi clítoris ardía de placer y frescura mientras él lo acariciaba con la punta de la lengua.

Ni aunque quisiera podía posponer el orgasmo que me arrasó como un tsunami, quitándome las fuerzas durante algunos segundos.

Joaquim me volvió a tumbar en la manta y me miró con una sonrisa de satisfacción mientras chupaba el caramelo como si nada.



Joaquin

Capítulo 25

Me quedé arrodillado al borde de la manta, observando su cuerpo increíble, con sus tetas perfectamente redondas subiendo y bajando al ritmo de su respiración agitada. La calentura dentro de mí era abrumadora.

Siempre la había considerado hermosa, pero verla después de tantos años era como presenciar a una fiera que había estado enjaulada por demasiado tiempo, finalmente liberándose. A pesar de haber estado con otras mujeres, se sentía como si no hubiera tenido intimidad real con nadie más. Nada se comparaba.

Antes de que pudiera hacer algo más, Janine se incorporó, arrodillándose frente a mí, y tomó mi nuca para volver a besarme. Su lengua se entrelazó con la mía en un movimiento ardiente y me robó el caramelo de menta que aún tenía en la boca.

—¡Eh!

—Ahora me toca a mí —dijo con una sonrisa traviesa.

—Está bien —respondí, dejándome llevar por el juego.

Se apartó unos mechones pegados a su rostro por el sudor y los echó hacia atrás. Luego se inclinó sobre mí, sus dedos hábiles comenzaron a desabrochar mi cinturón y bajar el cierre.

Me humedecí los labios, conteniendo la respiración con la expectativa. Sabía lo que venía, y cada segundo se sentía eterno.

Carajo… que lo haga ya.

Todo mi cuerpo estaba envuelto por esa urgencia, tan sumido en el deseo que hasta me olvidé del dolor que la enfermedad solía recordarme.

Finalmente, sus manos entraron por debajo de mi ropa y me sacó la verga. La observé atentamente mientras se acercaba y me rozaba con suavidad, con un beso sutil que apenas tocó la piel.

—No me hagas sufrir —murmuré.

Y entonces, su boca -aún fresca por el sabor mentolado- me envolvió por completo la verga, hasta que mi glande tocó su garganta, provocándome un gemido involuntario.

Le agarré del pelo, sujetándolo con fuerza mientras disfrutaba de la visión de su culo y sus tetas balanceándose mientras movía impacientemente mis caderas hacia su boca. Quise controlarme, intenté contenerme, pero no hubo manera, la excitación era tan grande que acabó conmigo y le eyaculé en su garganta.

Janine tragó hasta la última gota de mi esperma antes de que le soltara el pelo y este cayera en ondas alrededor de aquel hermoso rostro, con una perfecta expresión de satisfacción.

—Se acabó la menta —dijo, haciendo un puchero fingido.

—Ya no la vamos a necesitar —le respondí con una sonrisa, y tomándola por la cintura, la atraje hasta sentarla sobre mí, tal como había querido hacerlo más temprano en el coche.

Desnuda, cabía perfectamente alrededor de mi verga aún dura. Mis manos bajaron hasta su culo y mis dedos se extendieron por sus suaves nalgas, haciéndola botar. Alternaba mi mirada entre sus tetas rebotando y su expresión de placer en medio de los deliciosos gemidos que llenaban el lugar a nuestro alrededor.

Sus uñas me rozaron el pecho mientras deslizaba las manos por dentro de mi camisa hasta subírmela. Levanté los brazos para quitársela, pero luego volví las manos hacia su culo y me incliné para besarla. Sus tetas me rozaron el pecho mientras ella se frotaba deliciosamente contra mí.

Cuando su canal empezó a apretarme, hundí aún más mis dedos en su suave piel y la empujé hacia atrás, tumbándola sobre la manta y su pelo se esparció y pude ver cómo el sol terminaba de ponerse mientras me movía dentro de ella como una bestia.

Tenía que recuperar estos seis años sin ella...



Janine

Capítulo 26

Todo mi cuerpo tembló. Gemí. Arañé su espalda desnuda. Cada embestida, junto con la presión de su cuerpo empujando el mío contra el suelo, era como un terremoto que me hacía vibrar por completo.

Grité y clavé las uñas en sus hombros cuando llegué al orgasmo por segunda vez, envuelta en una neblina de sensaciones que me hizo sentir como si me transportara a otra dimensión.

Joaquim mordió mi labio inferior y se movió una, dos, tres veces más, con la misma fuerza y firmeza de un martillo.

Todavía intentaba recuperarme de mi propio orgasmo cuando noté que él también había llegado.

Seguíamos siendo tan compatibles como lo recordaba.

Joaquim se recostó a mi lado, apoyándose en una mano mientras me observaba. Con la otra, abrió la canasta y sacó una tartaleta de limón. Las de esa confitería eran exquisitas.

—¡Qué rico!

La inclinó hacia mí y abrí la boca, pero antes de darme una mordida, Joaquim deslizó la mousse por uno de mis senos.

—¡Oye!

Me lanzó una mirada maliciosa antes de lamer el dulce directamente de mi piel.

¿Cómo se supone que debía resistirme?

Finalmente, Joaquim me dio un trozo y después lamió las migas que quedaron en la comisura de mis labios. Cuando me di cuenta, ya nos estábamos besando de nuevo y sus manos recorrían mi cuerpo.

Lo deseaba, quería mucho más.

Mientras yo probaba los manjares de la canasta, mi cuerpo era su cena.

—Tengo que volver a casa.

—Ya te dije que hoy no pienso dejarte ir.

—Nicole me necesita.

—Estoy seguro de que tus padres pueden cuidar de ella.

Suspiré, rindiéndome, y toqué su rostro mientras lo miraba. Joaquim notó la seriedad en mi expresión, porque él también se puso serio.

—¿Todo esto era solo para acostarte con una ex novia?

—No.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Porque te deseo. Porque te extrañé.

—Como si pudiéramos volver a ser novios... —Intenté girar para alejarme de él, pero Joaquim colocó el brazo para detenerme.

—¿Por qué no?

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo? —Lo confronté, como último intento de ser racional.

—Si me abandonas otra vez, te juro que te mato —lo amenacé.

Él solo me besó, y acepté ese beso como una promesa.



Joaquin

Capítulo 27

Verla dormida, desnuda bajo la luz de la luna y las estrellas, era una imagen tan hermosa que, si tuviera talento suficiente, la plasmaría en una pintura. Pero todo lo que podía hacer era guardarla en mi memoria.

Ella era el amor de mi vida, y yo estaba pagando el precio por no haberlo admitido antes.

Sentir su cuerpo, su aroma, sus besos y todo el placer del sexo me daba la ilusión de ser un hombre mejor.

Si me abandonas otra vez...

Quise decirle que jamás volvería a hacerle eso, pero el simple hecho de ocultarle mi enfermedad ya era una puta mentira. Estaba siendo egoísta, aprovechando mis últimos días a su lado mientras alimentaba la posibilidad de un "felices para siempre" que nunca iba a suceder.

No va a poder matarme si ya estaré muerto. Pensar eso solo me hizo sentir aún más como un imbécil.

Janine no era la única a quien estaba reconquistando. Nicole, mi hija, estaba feliz como nunca, orgullosa de poder mostrarme a sus amiguitos. Tener un padre lo era todo para ella.

Miré al cielo mientras acariciaba el cabello suave de Janine con la punta de los dedos.

—Si hay alguien allá arriba, que me deje quedarme con mi familia.

Mi abuela había sido una mujer religiosa, pero nunca absorbí eso de ella. Siempre creí que cada uno forjaba su propio destino, que lo moldeaba, pero ante algo contra lo que no podía hacer nada, no me quedaba otra que apelar a lo divino, en la tonta esperanza de ser escuchado.

Janine se movió un poco, y yo le di un beso en el hombro.

—¿No vas a dormir?

—Estoy mirándote —respondí, mientras recorría su silueta con la palma de la mano.

—Deberías dormir.

—Eres tan hermosa.

—Me gusta escucharte decir eso —dijo con una risita coqueta.

—Es bueno reconocerlo.

Se quedó observándome por unos segundos hasta que volvió a hablar.

—Volvamos a la pensión.

—Esperemos a que salga el sol.

—¿Sabes cuánto puede tardar eso?

—Espero que mucho.

—Tonto...

Aparté su cabello con una mano, dejando libre su cuello para poder besarlo. Empecé suave, despacio, hasta deslizar mi lengua por su garganta y hacerla retorcerse.

—¿No te cansas del sexo? Estoy dolorida.

—No voy a penetrarte, solo déjame besarte.

—Joaquim...

Froté mi boca contra la suya.

—No me va a hacer daño no dormir una noche.

—Qué bien —susurró.

Le tomé el rostro con ambas manos y profundicé el beso.



Janine

Capítulo 28

No quería admitirlo, pero era imposible negar lo feliz que me sentía. Estar de nuevo en los brazos de Joaquim era como si el tiempo se hubiera detenido, como si los últimos seis años no hubieran sido más que una terrible pesadilla.

Aunque mi lado racional todavía me criticaba, repitiéndome que era una estupidez lanzarme así de cabeza, yo lo silenciaba. Tal vez fuera una debilidad, pero todo el mundo tiene derecho a ser feliz, ¿no? Era mejor permitírmelo que quedarme con la duda de lo que habría pasado si lo hubiera intentado de nuevo.

Tenía el cuerpo un poco dolorido por haber dormido en el suelo, pero la sonrisa en mi cara lo compensaba todo.

—Tengo que irme.

Intenté salir de su coche, donde estábamos en ese momento, pero Joaquim me sujetó de la cintura, acercándome otra vez mientras besaba mi hombro.

—Ven aquí.

—¡Basta!

—Janine... —Torció los labios como un niño malcriado cuando lo empujé para poder salir, al fin, de la trampa que era su coche.

—Tengo que trabajar.

—No tienes por qué.

—¿Qué? ¡Hoy es sábado! No tienes idea de cuántos huéspedes llegan a la pensión.

—Deja que tus padres se encarguen.

—Mi mamá ya tiene mucho trabajo y mi papá no se lleva bien con la computadora, usar el sistema de reservas es demasiado complicado para él.

—Seguro que pueden arreglárselas.

—¡Claro que no! ¿Y tú no tienes nada que hacer, Su Señoría? —Cruzando los brazos, le lancé una mirada severa.

Joaquim dudó un momento y pareció pensarlo antes de responder. Tal vez estaba inventando una excusa, o quizá solo era una impresión mía. Una sola noche bajo las estrellas no bastaba para borrar los últimos años.

—Estoy de vacaciones —respondió.

—¿Los jueces tienen vacaciones?

—Claro. Tú también deberías tener.

—No puedo.

—¿Qué te parece si viajamos juntos?

—¡Joaquim!

—¿Vamos a Europa? —Se inclinó hacia el asiento del copiloto y extendió el brazo por la ventanilla para volver a jalarme hacia él.

—¿Te volviste loco?

—No. ¿Qué opinas de Italia? ¿Prefieres Inglaterra? ¿O mejor Grecia?

Solté una carcajada y negué con la cabeza.

—Hablo en serio, Janine. Viajemos.

—¿Y nuestra hija?

—La llevamos con nosotros.

—Tiene escuela.

—Apuesto a que puede recuperar los días después.

Todavía pensaba que estaba bromeando, pero antes de que pudiera pensar más en eso, escuché a alguien carraspear y mi cuerpo se tensó. Me giré despacio y me encontré con mi padre, que sostenía una enorme tijera de podar, la que usaba para recortar los arbustos del frente de la pensión. Por un segundo, imaginé la escena de él usándola para cortarle la cabeza a Joaquim, y tragué saliva.

Antes de esa noche, yo misma habría acabado con mi ex, pero la rabia se había disipado, como la niebla de la mañana bajo el sol de la sonrisa de Joaquim.

—Buenos días, papá.

—Buenos días.

No parecía muy contento, pero no podía juzgarlo. Para mis padres debía ser mucho más difícil olvidar los últimos años. Habían estado ahí para consolarme cuando lloraba, me ayudaron a criar a mi hija. Y además, no sentían por Joaquim el amor que a mí me ablandaba todo.

—¿Nicole ya despertó? —Pasé la mano por mi cabello, tratando de acomodarlo tras la oreja, con la sensación de tenerlo hecho un desastre.

Mi papá no era ningún tonto, pero yo quería fingir que había sido una noche tranquila, en la que Joaquim y yo solo hablamos.

—Está con tu madre. Y hay huéspedes esperando en la recepción.

—Ya voy.

—Más te vale.

—Hablamos después —le dije a Joaquim mientras le hacía un gesto con la mano, y corrí hacia la pensión con una mezcla de vergüenza y emoción, como si tuviera dieciséis años otra vez.



Joaquin

Capítulo 29

—Buenos días, don Fábio. —Saludé con la mano al padre de Janine, que todavía me miraba con esa tijera como si estuviera pensando en arrancarme la cabeza con ella.

Por un momento pensé que morir de esa forma sería mucho más digno que consumido por una enfermedad trágica, pero enseguida aparté esos pensamientos. Eran mis últimos meses y quería dejar buenos recuerdos para Janine y para mi hija.

Tal vez era cobarde y hasta injusto de mi parte ocultar lo que estaba pasando, pero apostaba a que ella no estaría tan feliz esa mañana si supiera que voy a morir. Quizá no me perdonaría después, pero para entonces, ya no estaría aquí.

Le hice un gesto de despedida al padre de Janine y conduje de regreso a la casa de mis abuelos.

La idea del viaje había surgido como un impulso, pero de pronto me pareció perfecta mientras más lo pensaba. Era una buena forma de aprovechar el dinero que había ganado y pasar tiempo con ellas sin interrupciones.

Viajar siempre ha sido una opción para quienes están cerca del final, pero hacerlo solo no tendría el mismo sentido. Con ellas

podía disfrutar cada instante y crear recuerdos para cuando ya no estuviera.

En cuanto estacioné frente a la vieja casa, saqué mi celular y llamé a una agencia de viajes. Elegí un paquete de un mes con pasajes de avión para tres personas. Janine y mi hija tal vez no tuvieran pasaporte, pero con mi influencia podía acelerar el trámite.

Solo quería estar con ellas mientras me quedara algo de tiempo.



Janine

Capítulo 30

No tuve tiempo ni de cambiarme de ropa, porque los huéspedes estaban impacientes por haber esperado tanto. Uno de los problemas de tener una pensión pequeña era no contar con otros empleados para turnarse. Después de haberlos acomodado debidamente, subí a buscar a mi madre y a mi hija. Las encontré arreglando una de las habitaciones. En realidad, mi madre estaba cambiando las sábanas mientras Nicole más bien desordenaba una mesita en lugar de quitarle el polvo, pero la niña al menos lo intentaba.

—¡Hola! —Me apoyé en el marco de la puerta para llamar su atención.

—¡Mamá! —Nicole casi dejó caer un vaso al correr hacia mí.

El vaso quedó colgando peligrosamente del borde de la mesa y mi madre lo acomodó justo a tiempo para evitar una tragedia.

—Hola, mi princesa. —La levanté en brazos mientras mi madre me observaba.

—¿Pasaron una buena noche?

Asentí con la cabeza.

—¿Joaquim está abajo?

—Ya se fue.

—¿A Florianópolis?

—Creo que no. Dijo que está de vacaciones.

—Qué bien. Va a poder pasar más tiempo con Nicole y contigo.

—Sí.

—¿Papá se va a quedar aquí? —preguntó mi hija.

—Aquí no, pero se quedará cerca.

—¡Qué bueno!

—Sí.

Sonreí al verla tan contenta.

—Nicole está feliz con la presencia de su papá.

—Lo está —dije, coincidiendo con el comentario de mi madre.

—Deberías haberle contado antes.

—Tal vez...

Nunca lo había pensado así, pero quizás no habría sido capaz de dejar atrás el enojo y buscarlo. Joaquim me había dejado y yo estaba muy herida. Independientemente de lo que podríamos haber hecho antes, el pasado ya no podía cambiar nada.

Ahora yo estaba feliz, y eso era lo único que importaba.

—¿Ustedes dos volvieron? —Quiso saber mi madre.

—Creo que sí.

—¿Crees?

Frunció los labios, molesta con mi respuesta.

—No lo hemos hablado con claridad todavía.

—Pasaste la noche con él...

Cruzó los brazos, algo malhumorada. Creí que estaba de mi lado.

—Lo sé, mamá...

Tapé los oídos de Nicole con mis manos, por si acaso.

—Tiene que pedirte matrimonio.

—¡Mamá!

—Es lo correcto, Janine.

—Vamos con calma, ¿sí?

—Voy a hablar con él.

—¡No! —Mi grito fue tan fuerte que asustó a Nicole, quien dio un pequeño salto en mis brazos—. Ya hiciste suficiente.

—La niña necesita a su padre.

—Él ya dijo que iniciará el trámite de reconocimiento de paternidad.

—¿Y ustedes?

—Una cosa a la vez, doña Lucia.

—Si esperas demasiado, puede terminar casándose con otra.

—¡Mamá!

—Está bien... —suspiró, molesta con mi reacción.

Yo había pasado una noche increíble con Joaquim y estábamos reencontrándonos. No quería arruinarlo todo por apresurar las cosas.

—¿Vamos a jugar a la recepción? —preguntó mi hija.

Asentí con la cabeza.

Teníamos una pequeña mesita con hojas, lápices de colores, crayones y masa moldeable cerca del mostrador, así podía vigilarla mientras se entretenía. La acomodé en la sillita de plástico para luego atender a otros huéspedes que acababan de llegar. Los fines de semana siempre eran los días de más movimiento en la pensión. Muchos matrimonios y familias con niños venían a disfrutar de la playa.

Después de registrar a una familia y acompañarlos a su cuarto, volví a la recepción y por fin revisé mi celular. Tenía mensajes de mi amiga Natalia y de Joaquim. Mi número no había cambiado desde que él se había ido, así que Joaquim seguramente lo recordaba, o nunca lo borró.

Joaquim:

La agencia de viajes me propuso un viaje romántico por Italia, ¿qué opinas?

Janine:

¿Italia? ¡Estás loco! Nunca he salido de Santa Catarina

Pensé que estabas bromeando.

Joaquim:

No soy un hombre que bromea.

Siempre hay una primera vez, y me gustaron las fotos.

Janine:

Hablaba en serio cuando te dije que no puedo dejar la pensión.

Mis padres me necesitan.

Joaquim:

Puedes buscar a alguien que se quede con ellos por un mes.

Janine:

¿Un mes? Ni lo sueñes.

Joaquim:

Pasamos seis años separados.

Un mes me parece justo para comenzar a compensarte.

Janine:

¿Y nuestra hija?

Joaquim:

Vendrá con nosotros.

Janine:

Ella tiene clases.

Joaquim:

Puedo conseguirle una maestra de apoyo.

Janine:

Así no es como funcionan las cosas, ¿sabes?

Un viaje así necesita ser planificado.

No podemos ir así, de la nada.

Quizá el próximo año, podríamos organizarlo para que coincida con las vacaciones de Nicole.

Joaquim:

¡El próximo año no!

Janine:

¡Oye!

Joaquim:

¿Por qué dejar para mañana lo que podemos hacer hoy?

Janine:

Esto no es como pasar un fin de semana en Florianópolis.

¡Es Italia!

Joaquim:

Será mucho mejor que estar en Florianópolis.

Janine:

Nicole y yo ni siquiera tenemos pasaporte.

Joaquim:

Ya pedí que lo gestionen.

Hoy mismo van a tomarles la foto y a recoger los documentos.

Janine:

¡Hoy es sábado!

Joaquim:

Soy juez.

Janine:

Claro...

Joaquim:

Va a ser increíble viajar con ustedes dos.

Janine:

Me imagino que sí, pero un viaje así necesita planificación.

Joaquim:

Yo lo planearé todo.

Janine:

¿De hoy para mañana?

Mis padres se van a volver locos.

Joaquim:

Tú solo preocúpate por hacer la maleta.

Janine:

No.

Joaquim:

Por favor.

Janine:

Lo pensaré.

Joaquim:

Iré para allá más tarde.

Janine:

Está bien. ¡Qué locura!

Joaquim:

Te amo.

Me quedé mirando ese mensaje, dividida entre el éxtasis y el miedo. A pesar de estar muy feliz por tenerlo de nuevo en mi vida, la inseguridad no era algo que desapareciera de un día para otro.

Lo amaba con todo mi corazón, pero no respondí.

Observé a Nicole jugando tranquilamente, dibujando con todos los colores de su caja de lápices. Por más loca que haya sido la misión de ser madre soltera, ella había sido el mejor regalo de mi vida, y verla feliz solo aumentaba mi alegría.

Tal vez mi madre tenía razón y debí tragarme el orgullo e ir a contarle a Joaquim que estaba embarazada, pero ese tiempo ya había pasado y él estaba aquí ahora, para que pudiéramos empezar de nuevo.

El celular vibró otra vez con un mensaje de la operadora avisando que mi plan de datos había sido renovado, y recordé que no había contestado los mensajes de Natalia. Esa idea loca del viaje con Joaquim me había distraído por completo.

Natalia:

¡Hola! ¡Buenas noches! ¡Buenos días!

¿Olvidaste cargar el celular?

Janine:

Buenas tardes jajaja.

Natalia:

¡Vaya! La noche estuvo buena.

Janine:

Dormí con Joaquim en la colina.

Natalia:

Apuesto que dormir fue lo único que no hicieron.

Janine:

Estuvo bueno.

Natalia:

No lo dudo. ¿Cómo están ustedes dos?

Janine:

Bien, creo.

Natalia:

¿Crees? ¿Recién vuelven y ya están discutiendo?

Janine:

No discutimos, pero pasaron seis años. Aún estamos acomodándonos.

Natalia:

Lo entiendo, pero... ¿estás feliz?

Janine:

Demasiado.

Natalia:

Entonces eso es lo que importa.

Janine:

Sí…

¿Y tu chico bisexual?

Natalia:

¡Ni me lo recuerdes! ¡Auxilio!

Janine

¿Volvió a aparecer?

Natalia:

No. Bloqueé su número. Por suerte no sabe dónde vivo.

Janine:

Tal vez deberías darte una pausa con las apps.

Natalia:

Ya lo hice.

Lástima no tengo un ex guapo queriendo volver.

Janine:

Ojalá fuera tan simple.

Natalia:

Sé que no.

Solo quiero que seas feliz.

Janine:

Igualmente.

Natalia:

Te extraño.

Janine:

Estoy esperando que regreses a la ciudad para poder darte un abrazo.

Natalia:

Iré tan pronto en cuanto pueda tomarme vacaciones. Todavía no cumplí un año en el trabajo nuevo.

Janine:

Ojalá pase rápido.

Natalia:

Yo también lo espero. Pero es lindo hablar contigo, aunque sea a la distancia.

Janine:

Sí que lo es.

A pesar de tener otras amigas en la ciudad, ninguna era tan cercana como Natalia, y me alegraba que la distancia no nos hubiera separado. Gracias a la telefonía móvil e internet, podíamos mantenernos unidas, aunque estuviéramos lejos.



Joaquin

Capítulo 31

¡Yo no puedo esperar un año!

¡No tengo un año a disposición!

Debería decírselo a Janine, pero no tenía el valor. No podía hacer que se enojara conmigo otra vez.

Quería ese viaje para disfrutar cada momento a su lado. Lo necesitaba.

Sabía que se iba a molestar, pero aun así compré los boletos de avión e hice las reservas de hotel para pasar un mes en Italia.

Yo tampoco había hecho un viaje así antes. Siempre estaba ocupado estudiando y trabajando, entregado por completo a mi carrera, y no aproveché nada. Había roto con Janine, no para estar con otra mujer, sino porque pensaba que cualquier relación me iba a distraer. Me acostaba con prostitutas, tenía encuentros casuales o simplemente me masturbaba solo. Estaba bien así.

Ya no lo estoy.

La falta de tiempo provoca cambios drásticos.

Me detuve frente a la pensión y tomé el sobre amarillo del asiento del copiloto antes de bajarme del coche. Apenas entré a la recepción, vi a mi hija dibujando en una mesita de su tamaño, y en

cuanto sus ojitos me encontraron, se levantó y corrió hacia mí con una hoja de papel en la mano.

—¡Papá!

—Hola, mi princesa. —Me agaché para cargarla y traté de disimular cuando sentí una punzada en el estómago.

Ella rodeó mi cuello con los brazos y me dio un beso en la mejilla.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Te hice un dibujo. —Me extendió la hoja.

Tomé la hoja para ver su dibujo.

—¿Somos tú, tu mamá y yo?

Nicole volvió a asentir.

—Qué hermoso, hija.

—¡Gracias!

—Joaquim —Janine salió de detrás del mostrador de la recepción y se acercó a mí.

—¡Hola! —Le sonreí, me incliné y le robé un beso en los labios.

—¡Puaj! —Nicole hizo una mueca y yo solté una carcajada.

Le di un beso en la frente, riendo, y la dejé en el suelo.

—Esto es para ti. —Le tendí el sobre a Janine.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

—Está bien... —Mordió su labio inferior, dudando.

Esperé hasta que su expresión de desconcierto cambió por completo a una de enojo.

—¡Estás loco!

—Nos vamos mañana.

—¡No puedo!

—Sí puedes.

—Mis padres se van a volver locos.

—¿Locos por qué? —Fábio apareció detrás de su hija.

El padre de Janine siempre aparecía en el peor momento. Pero no tenía tiempo para lidiar con su temperamento ni con su opinión.

—Voy a llevar a Janine y a Nicole a Europa —dije, atrayendo la cintura de Janine hacia mí.

—¿Dónde queda Europa? —preguntó mi hija, dejando claro que aún era muy pequeña para entender de geografía.

—Muy lejos —respondió el abuelo.

Janine miró de un lado a otro, alternando la mirada entre su padre y yo, incómoda.

—Nos vamos —afirmé.

—No puedo.

—Ella no puede —reforzó su padre.

—Alguien puede quedarse en tu lugar aquí en la pensión.

—No de un día para otro.

—¿Qué está pasando? —Lucia apareció también, para empeorar aún más la situación.

—Joaquim cree que puede llevarse a nuestra hija a Europa.

—¡Qué maravilla! —dijo la madre de Janine, emocionada, y no pude evitar sonreír.

—Pero no mañana —replicó Janine.

—¿Mañana? —Lucia abrió los ojos, sorprendida.

—Sí, mañana —insistí.

—¡No! —gritó la señora.

¡Maldita sea!

—Un viaje así tiene que planearse con tiempo —continuó Lucia.

—Eso fue exactamente lo que le dije —Janine se giró hacia mí con los brazos cruzados—. Es una locura salir así, sin haber organizado nada.

—Ya lo arreglé todo.

—Creo que no es un buen momento. —Escuché una voz detrás de mí y giré sobre los talones al notar al hombre que acababa de entrar.

—Disculpe —Janine se acomodó la ropa, recuperando la compostura—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy de la policía federal. Vengo a tramitar pasaportes de emergencia.

Le hice un gesto de saludo al agente, encantado de que hubiera llegado.

Janine movió la cabeza negativamente.



Janine

Capítulo 32

Joaquim tenía que estar loco. Yo quería viajar con él, pero no de esa manera.

—¡Quiero viajar! —Nicole estaba emocionada, aunque nuestra hija no comprendía la distancia ni todas las complicaciones.

Con toda esa gente mirándonos, me sentí aún más incómoda y lo agarré del brazo, arrastrándolo afuera hasta llegar a la playa, lejos de las miradas curiosas.

—¿Estás mal de la cabeza?

—Tal vez un poco —dijo, sonriendo mientras metía las manos en los bolsillos, como si no fuera nada grave—. Pero quiero viajar contigo y con Nicole. Pasar un mes juntos, los tres. Conocer las principales ciudades de Italia, comer helado...

—Yo también quiero hacerlo —admití—. ¡Realmente me encantaría hacerlo!

—¡Perfecto!

—Pero no así, Joaquim. Cambia esas fechas para dentro de seis meses. —Le devolví el sobre—. Voy a amar ese viaje cuando haya dejado todo organizado para poder ausentarme.

—¡Dentro de seis meses no! —Insistió—. ¡Mañana!

—No puedo.

—Dime qué necesitas para poder ir conmigo y yo me encargo de todo.

—¿Por qué no puedes esperar?

Joaquim tragó saliva, se quedó quieto un momento, y yo esperé su respuesta, que pareció tardar una eternidad.

—Ya estuve demasiado tiempo lejos de ti. —Me tomó la mano y me miró con una intensidad que casi logró convencerme.

—Ahora estás conmigo.

—Va a ser mucho mejor viajando. —Me atrajo más cerca y acarició mi rostro antes de eliminar por completo la distancia entre nuestras caras.

Estaba molesta por su actitud impulsiva, pero el beso me desarmaba. Joaquim lo sabía y lo estaba usando a su favor. Su lengua se enredó con la mía, y la tensión se fue disolviendo poco a poco con ese beso cada vez más dulce. Sus brazos rodearon mi cintura, y justo cuando sus manos iban a bajar a mi culo, lo aparté.

—¡Joaquim!

—Ven conmigo.

—No.

—Por favor.

—Cambia la fecha del viaje y lo disfrutaremos.

—No sabemos qué puede pasar mañana. Solo quiero estar contigo hoy.

Tragué saliva ante su argumento. Pensé que tal vez actuaba así por la muerte trágica de sus padres, que lo habían dejado huérfano siendo un niño. Tenía sentido que fuera impulsivo después de una experiencia así.

"El mañana le pertenece a Dios", solía decir su abuela.

Era un argumento contra el que era difícil luchar.

Joaquim ya había perdido a sus padres, a sus abuelos...

—Está bien.

—¿Está bien...? —Frunció el ceño, sin entender del todo mis palabras.

—Vamos a viajar contigo.

—¿De verdad? —Su rostro se iluminó y sus ojos verdes brillaron.

—Sí, pero solo si consigo a alguien que ayude a mis padres mientras estemos fuera.

—Vamos a arreglar eso —prometió.

—Tengo que llamar a la escuela de Nicole y avisar que faltará por un tiempo.

—Va a ser tan maravilloso estar con ustedes. —Acarició mi rostro y yo cerré los ojos, reconociendo que, por más loco que pareciera, apostaba a que ese viaje iba a ser inolvidable.



Joaquin

Capítulo 33

El padre de Janine quería golpearme, pero su esposa lo calmó, convenciéndolo de que el viaje terminaría pronto y que su hija volvería a casa con su nieta.

A mí no me importaba en lo más mínimo. El hombre podía quejarse todo lo que quisiera, con tal de que yo estuviera con las mujeres de mi vida.

Si me quedaba poco tiempo, quería hacer todo lo posible con ellas, incluyendo ese viaje improvisado.

Pasé la noche ayudando a Janine a entrenar a Keila, una amiga del colegio que iba a quedarse en su lugar durante nuestra ausencia. La chica sabía manejar computadoras y podía llamar a Janine si necesitaba ayuda, aunque yo esperaba que no fuera necesario, a pesar de haber prometido asegurarle acceso a internet.

Estábamos en el aeropuerto de Florianópolis, sentados en la sala VIP, donde Nicole ya había hecho amistad con otro niño de su edad.

Por reflejo, llevé la mano a la boca del estómago y me encogí ligeramente.

—¿Tienes acidez? —preguntó Janine al darse cuenta.

—Debe haber sido el café —Mentí.

—Últimamente has tenido mucha acidez. ¿Fuiste al médico?

—No es nada.

¡Soy un mentiroso!

—¿Será que hay una farmacia por aquí para comprar un antiácido? —Ella miró a los lados, buscando con la mirada—. Vi un limón por ahí, si exprimo un poco en un vaso...

Le tomé la mano sobre el apoyabrazos, haciendo que se girara hacia mí.

—No te preocupes.

—Pero...

—Estoy bien.

Al final, asintió.

Ese era un momento para los tres, en el que estaríamos juntos y disfrutaríamos el uno del otro. No quería pensar en mi enfermedad, mucho menos hablar de ella. Tal vez me animara a contarle después de que volviéramos de Italia.

Teníamos un vuelo a São Paulo y, desde ahí, tomaríamos un avión internacional con destino a Roma. Ya había viajado en avión varias veces, sobre todo para asuntos en Brasilia y São Paulo, pero también era mi primer viaje internacional, y estaba feliz de hacerlo con Janine y nuestra hija.

Nicole estaba emocionadísima, sonriendo y observando todo con los ojos brillando. Cambié de asiento con ella para que pudiera mirar por la ventana.

—Los coches parecen hormiguitas —dijo con la cara pegada al cristal.

—Estamos muy alto, hija.

—¡Muy alto!

—Sí.

—¿Y si esto se cae? —preguntó Janine, preocupada, aferrándose a los apoyabrazos.

—No se va a caer, amor.

—Pero...

—Los aviones son seguros.

Estaba tensa al principio, pero en cuanto aterrizamos en São Paulo y vio que todo había salido bien, le resultó más fácil relajarse en el vuelo internacional, a pesar de que fuera mucho más largo.



Janine

Capítulo 34

El viaje, por sí solo, ya había sido una experiencia increíble, porque nunca antes había subido a un avión. Pero al llegar a Roma, fue como aterrizar en otro planeta. Las personas hablaban otro idioma y todo parecía tan diferente.

Sujeté la mano de mi hija mientras miraba de un lado a otro, observando a la gente pasar y las maletas rodando por las cintas transportadoras. Joaquim recogió las nuestras y seguimos hacia el control de inmigración. Mi inglés era más o menos bueno, así que entendí algunas cosas que él le dijo al hombre en el mostrador. Le explicó cuánto tiempo nos quedaríamos y dónde.

Tomamos un taxi que nos llevaría hasta el hotel, y Nicole y yo nos peleábamos por el espacio en la ventana para ver la calle. Las construcciones nos hacían sentir como dentro de una película. Cuanto más nos acercábamos al centro, más bajos y antiguos eran los edificios.

El taxista nos dejó frente a un hotel enorme que parecía un palacio, con tecnología mezclada con antigüedad, empezando por la puerta giratoria.

Mientras Joaquim hacía nuestro check-in, un hombre muy amable tomó nuestras maletas y las colocó en un carrito.

—¡Gracias! —murmuró Nicole, muy educada.

—*Grazie* —respondió el hombre.

—¿Se llama Grazie, mamá? —preguntó Nicole, y yo no pude evitar reír.

—No, hija, *grazie* significa "gracias" en italiano.

—Ah, ya entendí.

—¿Vamos? —Joaquim volvió a acercarse a nosotras.

Asentí y puse mi mano en la espalda de mi hija para guiarla hasta el ascensor, que nos llevó al cuarto piso, donde estaba nuestra habitación.

El lugar tenía una cama matrimonial y otra individual, una puerta al baño y un balcón precioso, con una mesa redonda y cuatro sillas, y una vista maravillosa a una de las plazas de la ciudad.

—Mira allá —dijo Joaquim, que se paró a mi lado e indicó el horizonte, guiando mis ojos hacia una cúpula.

—Esa es la basílica de San Pedro.

—¿El Vaticano?

Él asintió.

—¡A mi mamá y a sus amigas de la iglesia les encantaría esto! ¿Podemos ir después?

—Claro que sí —respondió riendo.

—¿De qué te ríes?

—Olvídate de tu mamá por un rato. —Me rodeó por la cintura y me acercó más a él, pero justo cuando iba a besarme, Nicole se acercó a nosotros.

—¡Mamá! ¡Papá!

Me solté de los brazos de Joaquim y me agaché a su altura.

—¿Qué pasa, hija?

—¡Tengo hambre!

—Voy a pedir algo al servicio a la habitación y después podemos salir a cenar por la ciudad.

Asentí con una sonrisa mientras ponía las manos sobre los hombros de Nicole.

—Vamos a darnos una ducha mientras esperamos.

—¿Puedo hacer burbujas en la bañera? —preguntó emocionada.

—Después, hija.

—¡Ahhh!

Entré con ella al baño mientras Joaquim hacía la llamada al servicio a la habitación.



Joaquin

Capítulo 35

Comimos algo en la habitación y, después de que los tres nos bañamos, salimos a buscar un restaurante para cenar.

Nicole y Janine observaban todo con atención. Yo iba entre las dos, sujetando la mano de cada una, y sentía como si fuéramos una familia de verdad. Aún me sentía culpable por no haber estado con ellas antes, pero me alegraba poder aprovechar al menos mis últimos meses.

Si no hubiera ido a buscar a Janine, habría muerto sin saber de la existencia de Nicole.

—¿Sabes a dónde vamos? —preguntó Janine, dejando de mirar las vidrieras de las tiendas y los arreglos de flores para volverse hacia mí.

—No tengo ningún lugar en mente.

—¿Puede ser ahí? —Nicole señaló un restaurante con un menú en la puerta, cortinas rojas y mesas de madera oscura afuera, donde algunas personas ya estaban sentadas.

—¿Ahí? —Janine quiso saber por qué.

—Todavía tengo hambre —dijo, torciendo los labios, y yo solté una risa.

—Podemos ir ahí, hija.

Janine tomó a la niña del brazo antes de que saliera corriendo delante de nosotros, y nos dirigimos hasta el restaurante. Un mesero amable nos acomodó en una mesa y nos trajo el menú para que eligiéramos.

—¡Qué lugar tan maravilloso! —exclamó Janine.

—¿Por qué? —Reí.

—Tienen el menú en portugués.

—Seguro reciben muchos clientes de Brasil y Portugal.

—Es probable... —murmuró, mordiendo su labio inferior mientras leía el menú, viéndose aún más encantadora y hermosa que nunca—. ¡Vaya!

—¿Qué pasó?

—Tendré que limitarme a comer ensalada el resto de mi vida si como pasta así todos los días.

—No exageres.

—Son muchas calorías.

—Yo te ayudo a quemarlas todas. —Le lancé una mirada maliciosa, y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—No digas eso.

—No dije nada fuera de lugar. —Me encogí de hombros.

—¡Papá! —Nicole me llamó la atención.

—¿Qué pasa, hija?

—Quiero helado.

—Solo después de comer —respondió Janine.

—Bueno...

Cuando el mesero volvió a la mesa, hicimos nuestros pedidos, que no tardaron mucho en estar listos.



Janine

Capítulo 36

Estar en Italia con el amor de mi vida era un sueño.

Admito que todavía tenía miedo de despertar y darme cuenta de que nada de eso era real. Me había mentido durante muchos años, tratando de convencerme de que Joaquim no era lo que más extrañaba, pero cuando apareció, fue imposible controlar mi corazón. Una mezcla de sufrimiento y deseo casi me ahogó. Esa montaña rusa de emociones me tiró al suelo.

Deseaba con todas mis fuerzas volver con él, pero mi orgullo me decía que era una estupidez. *¿Cómo perdonar a alguien que me había hecho sufrir tanto?* Sin embargo, de eso se trataba: de detener el dolor y volver a sonreír. En sus brazos me encontraba como nunca antes.

Solté una risita cuando Joaquim rodeó mi cintura y me atrajo hacia él, mientras nuestra hija caminaba adelante con un enorme vaso de helado. En otra ocasión jamás habría permitido que comiera helado de noche, pero ese era un momento especial, y Nicole lo sabía.

Que papá y mamá estuvieran juntos era una realidad que también la hacía feliz. Aunque mi hija todavía era muy pequeña,

observaba a los demás niños y, aunque no me lo decía todo el tiempo, quería una familia como la de ellos.

El pasado había sido difícil, doloroso, pero ese instante de profunda alegría parecía cubrir el dolor con una neblina que me hacía olvidarlo.

Eso es todo lo que quiero...

Joaquim me besó el cuello, provocándome un escalofrío, y solté un gritito de protesta, empujándolo con la mano para que se controlara.

—¡Ey!

—Linda... —murmuró contra mi oído y me hizo estremecer aún más.

—Compórtate. —Lo miré con una expresión seria, y él rió como si se estuviera divirtiendo. Pero ambos nos estábamos divirtiendo.

Yo siempre había trabajado y estudiado mucho, sin pensar en fiestas o ni siquiera relajándome. Aunque mi familia administraba una pensión, nunca viajábamos.

Había sido una locura salir así, de repente, pero estar allí hacía que todo valiera la pena.

Regresamos sin prisa al hotel, observando las calles, a la gente hermosa que pasaba hablando italiano y otros idiomas. Era

increíble estar en otra parte del mundo.

Hablaba inglés de forma aceptable, lo suficiente para comunicarme con los huéspedes extranjeros de la pensión, pero me dieron muchas ganas de aprender más idiomas. ¿Cómo sería visitar otros lugares?

¡Contrólate, Janine!

Era tan difícil contener mi entusiasmo.

Nicole estaba igual. Dio pequeños saltitos cuando entramos al elevador y Joaquim presionó el botón de nuestro piso.

—¿Mañana vamos a pasear más? —Le preguntó a su papá, que asintió con la cabeza.

—Sí, hija, eso haremos.

—¡Yupi!

—Pero ahora vamos a dormir y a descansar un poco. —Puse mis manos sobre sus pequeños hombros mientras la guiaba hacia nuestro cuarto.

Aunque el avión fuera un medio de transporte rápido, el viaje había sido largo, y yo estaba agotada. Moría por dormir un poco antes de seguir explorando las maravillas del viejo continente. Natalia se volvería loca cuando le mandara fotos y le contara las historias.

—Voy a cepillarme los dientes. —Nicole abrió su maleta y sacó la pequeña bolsa con sus artículos de higiene.

Fue al baño y luego volvió.

—No hay escalerita. —Frunció los labios.

—Yo te ayudo. —Se ofreció Joaquim.

—¡Sí!

Mientras estaban en el baño, abrí mi maleta y saqué un pijama y mis sandalias.

Después de cepillarse los dientes, Nicole pidió un vaso de agua y la ayudé a cambiarse de ropa. La acomodé en la cama individual y le di un beso en la frente.

—Buenas noches, hija.

—Buenas noches, mami.

Apenas cerró los ojitos, tomé mi pijama y fui al baño. Coloqué mi neceser sobre el lavabo y me incliné hacia el espejo, pero antes de mirar mi propio rostro, vi el reflejo de Joaquim entrando al baño y cerrando la puerta con seguro.

—¡Ey!...

Me tapó la boca con la mano para que no hablara.

—Shh... No vas a querer despertarla —susurró.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté después de apartar su mano.

—Voy a besarte.

—Joaq...

Su cuerpo me empujó contra el lavabo, y su boca cubrió la mía, impidiéndome protestar. Estábamos encerrados en el baño, pero sentí un vacío en el estómago, como si ese fuera un lugar demasiado inapropiado para manosearnos.

Mi cuerpo negó cualquier pensamiento racional cuando su lengua empezó a retorcer la mía. Sus pesadas manos recorrieron mi muslo y el calor me hizo palpitar. No pensé en otra cosa que en rodearle los hombros con los brazos y pasarle los dedos por la nuca mientras el beso se hacía aún más urgente.

Joaquín me mordió el labio inferior, tirando de él hasta agrietarlo al mismo tiempo que me bajaba la cremallera de los jeans y me los bajaba hasta las rodillas. Pensé que iba a terminar de quitármelos, pero ni siquiera se molestó. En lugar de eso, Joaquim me giró por la cintura y me puso de nuevo frente al espejo.

Una de sus manos tiró de mi pelo, apartándolo y dejando mi cuello expuesto para un buen mordisco que me produjo escalofríos, haciéndome estremecer mientras mi sangre hervía aún más. Las ganas de gemir eran demasiado grandes, pero tenía que

comportarme si no quería despertar a mi hija o dar algún indicio de lo que podía estar pasando en el baño.

Su lengua me rodeaba el cuello, lo que fue suficiente para volverme loca cuando me di cuenta de que su mano se deslizaba por mis bragas, pasando sus dedos por el encaje y excitándome aún más. Sentía cómo la fina tela se humedecía con mi excitación mientras él me provocaba.

Oí el ruido de su cremallera e imaginé que Joaquim al menos iba a quitarme la parte de abajo de la ropa, pero ni le importó. Sus dedos se limitaron a recorrer mi vulva, apartando el encaje.

—Joaquim... —gemí al sentir la cabeza de su verga rozar mi entrada.

—No hagamos ruido —me dijo al oído, mientras me penetraba hasta el fondo.

¡Maldita sea! ¿Cómo no voy a hacer ruido?

Parecía imposible no gemir cuando apretó su cuerpo contra el mío mientras me apretaba contra el lavabo.

Puede que hayan pasado años, pero él parecía tan hambriento como cuando empezamos a acostarnos.

—Joa... —Mi gemido fue interrumpido por su mano grande y pesada que me tapaba los labios mientras empezaba a moverse más

rápido y más fuerte, golpeando su pelvis contra mi culo y haciéndolo vibrar.

Fue una locura, pero una locura muy caliente.

Por impulso, mi canal se cerró alrededor de su enorme verga y Joaquim se movió tan rápido como pudo. Él intentaba contener mis gemidos con su mano sobre mi boca. Su otra mano me agarraba por la cintura y tiraba de mí hacia él.

No podía hacer otra cosa que rendirme a las deliciosas sensaciones de tenerlo dentro de mí, de su boca en mi cuello y su aliento soplando a través de mi sensible cabello.

Empujé aún más mi culo, haciendo que él empujara profundamente y apretara aún más mi cintura. Era imposible no gemir, pero por suerte me tapaba la boca con la mano.

Oh... Ah...

¡Oh, Dios!

Había olvidado lo delicioso que era tener sexo con él así.

Cuando su lengua rodeó el lóbulo de mi oreja y su mano se deslizó desde mi cintura hasta mis bragas, estimulando mi clítoris, no pude evitar el tremendo orgasmo que me invadió.

¿Quién lo evitaría?

Todavía me estremecía de placer cuando Joaquim me agarró la cintura con las manos y me incliné sobre el lavabo. Aumentó su

velocidad, deslizándose aún más en la lubricación de mi orgasmo hasta que su líquido caliente me llenó.

Su respiración acelerada me golpeó el cuello, mientras sus ojos se ponían en blanco al recuperarse del orgasmo.

—Te amo, Janine —murmuró, mordisqueándome la oreja.

—Yo también te amo —confesé una verdad que no podía ocultar, incluso después de seis años de abandono.



Joaquin

Capítulo 37

No dormí. Ya tendría tiempo para dormir indefinidamente cuando la enfermedad me llevara. Quería aprovechar cada instante al lado de Janine y Nicole, aunque fuera solo para observarlas mientras dormían.

Estaba tan feliz de estar con ellas que incluso lograba ignorar los síntomas de mi cáncer. Sentía una energía intensa y revitalizante con la presencia de las dos.

Janine se estiró en la cama, alzando los brazos, y abrió los ojos, parpadeando lentamente hasta enfocarlos en mí.

—Buenos días...

—Buenos días.

—¿Dormiste bien?

Asintió con la cabeza.

—Esta cama es tan suave —murmuró, acurrucándose como si estuviera sobre una nube esponjosa.

—Podemos quedarnos acá un rato más.

—¡No! Ni loca.

Me reí por su reacción.

—¡Estamos en Roma! Quiero salir a explorar la ciudad.

—Lo haremos.

—Perfecto.

—¡Mami! ¡Papi! —Nicole salió de su cama y se lanzó entre nosotros dos.

Janine rió y la acercó.

Las rodeé con los brazos, apretándolas contra mi pecho, hasta que Nicole se quejó de estar siendo aplastada como el relleno de un sándwich.

—Tengo hambre —dijo.

—Vamos a prepararnos y a bajar para desayunar —dije mientras me estiraba, y las dos salían de la cama.

—¡Vamos! —Nicole dio algunos saltitos, emocionada.

Mi hija estaba muy feliz, y eso me hacía aún más feliz a mí.

Cuando muera...

Aparté ese pensamiento tan rápido como pude. Habíamos venido a disfrutar ese viaje en familia, y podía esperar hasta que volviéramos para contarles que no me quedaba mucho tiempo. Janine se enfadaría conmigo de nuevo, pero al menos tendría el recuerdo de ese viaje maravilloso que estaba haciendo todo lo posible por regalarles.

Nos cambiamos la ropa y Janine ayudó a Nicole a arreglarse antes de bajar al restaurante del hotel, donde se servía un hermoso desayuno buffet.

Nicole llenó su platito con rebanadas de pastel, panes y frutas.

—Hija, ¿por qué agarraste todo eso? —preguntó Janine, cuando la niña se sentó con nosotros en la mesa.

—Porque quiero —respondió, haciendo un puchero.

—¿Pero te vas a comer todo eso?

—Sí.

—Sabes que no se puede tirar comida, ¿verdad?

—Sí sé.

—Entonces vas a tener que comértelo todo.

La niña asintió con la cabeza.

—Vamos a tener un día agotador, es mejor que tenga energía —dije, mientras acariciaba la cabeza de mi hija, que me sonrió antes de empezar a comer.

Janine había sido una gran madre. Había criado a una niña educada, sonriente y que parecía muy feliz. Aunque me culpaba por no haber estado con ellas los últimos seis años, tenía que reconocer el excelente trabajo que Janine había hecho. Eso me daba algo de

alivio cuando pensaba en el hecho de que no estaría allí para los próximos años de su vida.

No parecía justo, pero como juez, sabía muy bien que la justicia era algo delicado, y muchas veces las cosas no salían como uno deseaba.

—Joaquim —dijo Janine mientras me tocaba la mano, haciendo que la mirara. Su rostro estaba iluminado.

—¿Sí?

—¿No vas a comer nada?

—Ah, sí, claro —respondí, sonriendo con torpeza al darme cuenta de que estaba tan distraído observándolas que me había olvidado de mi propia hambre.

Me serví un plato y volví a la mesa cuadrada con espacio para los tres.

Entre bocado y bocado de una tostada, observaba a Nicole comer, balanceando las piernitas que no alcanzaban el suelo. Quería grabar esas memorias para siempre, aunque no tuviera certeza de si podría recordarlas donde fuera que estuviera, si es que había algún lugar después de la muerte.

Mis abuelos siempre fueron muy religiosos, pero yo nunca me preocupé por eso... hasta ahora. Creía que la muerte era el final, que no había ningún otro sitio al que ir, salvo pudrirse bajo dos

metros de tierra. Pero en ese momento, deseaba con todas mis fuerzas que existiera un lugar donde pudiera verlas, donde pudiera cuidarlas de alguna forma.

Era lo mínimo que podría hacer…



Janine

Capítulo 38

Roma parecía tener otros colores. A pesar de los edificios en tonos beige y marrón, todo me parecía tan vivo y lleno de luz. Probablemente ese efecto se debía a mi felicidad y emoción por estar allí con Joaquim y nuestra hija.

Recordé a mi madre diciendo que deberíamos casarnos, y me pregunté si, en algún momento de ese viaje maravilloso, él pensaba pedirme matrimonio. Sin embargo, enseguida reprimí ese pensamiento; imaginarlo demasiado podría provocarme una ansiedad innecesaria que no necesitaba en ese momento.

Con o sin propuesta de matrimonio, ya estábamos en un viaje increíble.

Después del desayuno, salimos del hotel y convencí a Joaquim de que fuéramos al Vaticano. Sin duda, incluso para los menos religiosos, este parecía ser un lugar imperdible en la capital italiana.

Nuestro hotel quedaba bastante cerca, a poco más de un kilómetro, y aunque Joaquim refunfuñó, logré convencerlo de ir caminando. Para alguien acostumbrada a caminar por la playa por las mañanas, un kilómetro no era nada.

Nicole estaba emocionada, por eso la sujeté bien fuerte de la mano, con miedo de que saliera corriendo. A pesar de ser una ciudad de ensueño, seguía siendo una metrópoli llena de coches, motos y bicicletas. Mi pequeña era muy lista, pero seguía siendo una niña, y yo no podía apartar los ojos de ella ni por un segundo.

Joaquim caminaba a nuestro lado, con una camisa polo color crema y un pantalón gris de vestir. Algo que no podía negar era lo mucho que había cambiado su estilo; había pasado de vestir de forma casual y deportiva a algo mucho más elegante. Para mí, seguía viéndose bien de cualquier manera, sobre todo sin nada puesto...

¡Janine, contrólate!

Intenté apartar los pensamientos sensuales cuando sentí un latido incómodo entre las piernas. Estábamos de camino al Vaticano. Parecía un pecado enorme dejar que pensamientos sexuales invadieran mi mente en ese momento.

Pero borrar esas imágenes no era tan fácil como me habría gustado. Joaquim era tan bueno...

—¡Mamá, mira! —Nicole señaló hacia adelante y me hizo ver una muralla enorme que se extendía hasta un punto que parecía la entrada, donde una fila larguísima daba vueltas y más vueltas.

—Está lleno —murmuró Nicole, un poco decepcionada.

—Es el Vaticano —respondí, encogiéndome de hombros como si fuera algo que ya me esperaba.

—¿Aún quieres entrar? —preguntó Joaquim.

—¡Sí! —respondí sin dudar.

—¡Yupi! —celebró Nicole.

—Entonces vamos a hacer fila —dijo él, mientras colocaba la mano sobre nuestras espaldas para guiarnos hasta el final, detrás de la última persona.



Joaquin

Capítulo 39

Esa fila daba unas vueltas que parecían interminables, pero ellas dos no parecían molestarse, incluso estando bajo el sol. Yo me esforzaba por mostrar la misma actitud, ignorando el ardor persistente en mi estómago. Hice todo lo posible por contener la tos, lo que terminó por hacerme lagrimear. Me giré rápidamente para limpiarme los ojos antes de que Janine lo notara y tuviera que inventar otra mentira.

—Quédense aquí —dije, acariciándoles el hombro a cada una antes de caminar hasta un carrito de bebidas donde vendían agua, refrescos y algunos sándwiches.

Regresé con una botella para cada uno y tomé varios tragos de la mía. El líquido frío me ayudó a calmar, al menos un poco, el ardor en el estómago.

—Escuché que hay muchas fuentes por la ciudad con agua potable —comentó Janine mientras bebía de su botella y se limpiaba el sudor de la frente.

No estábamos en pleno verano, pero el sol se alzaba en lo alto del cielo y el día se sentía caluroso. Ya quería salir de ahí y entrar a algún sitio con aire acondicionado, pero no iba a dejar que nada arruinara nuestro paseo.

Estuvimos casi tres horas en esa fila interminable hasta que, por fin, logramos llegar a la taquilla de los Museos Vaticanos. Compré los boletos y nos dirigimos hacia la entrada.

Para quienes disfrutan del arte y la historia, ese lugar era un verdadero paraíso. Los pasillos, que parecían de un palacio, reunían obras de arte de todo el mundo: piezas del Antiguo Egipto y hasta arte precolombino de las Américas.

Nicole andaba un poco dispersa, más pendiente de la gente diversa que caminaba por ahí que de las exhibiciones, pero los ojos de Janine brillaban con una emoción evidente. Continuamos avanzando pasillo tras pasillo, guiándonos por los letreros y por el mismo flujo de personas, hasta que finalmente llegamos al sitio que atraía visitantes de todo el mundo: la Capilla Sixtina, cuyo techo se menciona y representa en mil cosas de la vida cotidiana.

Sentí un escalofrío en cuanto entramos. Religioso o no, había una mística poderosa en ese lugar.

Me quedé observando a Janine y a Nicole mientras admiraban el espacio, contemplando aquella obra de arte, mientras yo solo pensaba en pedir y rogar por mi futuro. Si los milagros realmente existen, lo único que deseaba era poder seguir junto a mi familia.



Janine

Capítulo 40

Después del recorrido por el interior del Vaticano, paramos a comer en una cafetería dentro del mismo recinto. Nicole se quejaba de hambre, y no era la única con bastante apetito.

Mientras saboreaba un sándwich preparado con un croissant francés, hice una videollamada a mi madre, que tardó un poco en contestar. Ella y mi padre siempre habían tenido cierta dificultad con la tecnología, y parecía aún peor cuando yo no estaba cerca para ayudarlos.

—¡Hola, mamá!

—¡Janine!

La imagen estaba completamente oscura.

—Mamá, quita el celular de la oreja, tienes que sostenerlo en la mano para que pueda verte y escucharte.

—Espera un momento —dijo, alejando el teléfono. Finalmente pude ver su rostro, con mi padre detrás de su hombro.

—¡Eso es!

—Qué bueno verte, hija.

—También me alegra verlos a ustedes —respondí con una sonrisa que se me abría sola.

—¿Cómo va el viaje?

—Increíble, es un lugar maravilloso.

—Me lo imagino...

—¡Miren esto! —Giré la cámara para mostrarles el lugar.

—¿Dónde estás?

—En el Vaticano.

—¿De verdad?

Asentí con la cabeza.

—Tráeme un rosario. ¿Van a ver al Papa?

—Te llevaré el rosario. En cuanto al Papa, creo que no es tan sencillo.

—Haz una oración y enciende una vela en la basílica.

—Está bien, mamá.

Después del almuerzo, que fue más parecido a una merienda, fuimos a la Plaza de San Pedro y tomamos muchas fotos. Incluso, una pareja muy amable se ofreció para tomarnos una foto a los tres juntos, una imagen que sin duda colocaría en un portarretratos.

Cuando regresamos al hotel, yo estaba agotada, pero también muy feliz. Llené la bañera para que Nicole pudiera jugar un rato allí y me senté cerca de ella, observándola mientras sacaba el celular.

Le había enviado algunas fotos a mi amiga Natalia y por fin me respondió.

Natalia:

¡Qué lugar tan maravilloso!

Janine:

¡Sí!

Natalia:

¿Cómo están tú y Nicole?

Janine:

Entusiasmadas.

Natalia:

¡Hasta yo lo estoy! Jajaja.

Daría lo que fuera por estar ahí también.

Janine:

¡No exageres!

Natalia:

Amiga, estás en Europa. Pero no me entrometería en un momento familiar como ese.

Janine:

Todo está siendo tan increíble...

Natalia:

¡Me lo imagino!

¿Ya te hizo la propuesta?

Janine:

¿Qué propuesta?

Natalia:

¡No te hagas la distraída! La de matrimonio.

Janine:

No sé si lo hará...

Natalia:

No puede ser que te haya llevado a un viaje así sin tener algo grande en mente.

Janine:

No lo sé...

Natalia:

¡Quiero que me mandes muchas fotos!

Janine:

Está bien jajaja.

Seguimos hablando luego.

Natalia:

Genial, ¡sigue disfrutando!

Dejé de contestar los mensajes cuando Nicole salió de la bañera y dijo que había terminado. Revisé su carita -aún tenía restos de helado- y también sus pies, antes de envolverla en una toalla limpia y sentarla sobre la alfombra para que se secara.

Ya le había separado ropa limpia, así que la ayudé a vestirse. Cuando salimos del baño, vi a Joaquim sentado en la cama, algo distraído, mirando su celular.

—¿Puedes cuidar de ella mientras me ducho? —le pedí.

—Claro —respondió Joaquim mientras se ponía de pie y extendía la mano hacia nuestra hija—. Vi una tienda de Lego en la esquina, ¿te gustaría ir?

—¡Sí quiero! —Nicole dio unos saltitos de emoción.

Le lancé una mirada seria, pensando en cómo íbamos a cargar cajas de juguetes a la vuelta si él empezaba a malcriarla con regalos.

—Solo vamos a mirar —dijo, esquivando el tema.

—Ajá...

—Déjanos, mamá... —suplicó Nicole con su vocecita.

—Regresen pronto para que podamos salir a cenar.

Ella le tomó la mano al padre y asintió con la cabecita.

No sabía si intentar compensar seis años de ausencia de golpe sería la mejor estrategia, pero sentía que era importante, al menos, dejar que lo intente. Nicole estaba feliz, y eso era lo más importante.

Yo también me sentía feliz, aunque estaba tratando de controlar la ansiedad que me provocaba la posibilidad de que me pidiera matrimonio. Podría pasar, como también podría no pasar. No debía dejar que eso me afectara y mucho menos arruinar un viaje tan maravilloso.

Apenas estábamos empezando de nuevo. Quizá Joaquim solo necesitaba un poco más de tiempo para hacerlo, y eso estaba bien.



Joaquin

Capítulo 41

—Agárrate bien de mi mano, hija —le dije mientras ajustaba mejor el agarre al salir por el vestíbulo del hotel—. No puedes salir corriendo sola, podrías hacerte daño.

—Está bien —respondió, mientras su manito se aferraba a la mía y esperaba a que camináramos juntos.

Caminamos hasta el final de la cuadra y cruzamos el semáforo hacia el otro lado de la calle, donde estaba la tienda. Seguramente Nicole nunca había entrado en una de esas, porque sus ojos brillaron como si estuviera en un mundo mágico. Justo en la entrada había un árbol hecho con piezas de Lego, además de un tigre y la propia basílica de San Pedro. También había otros juegos montados en vitrinas y muchas cajas, además de recipientes con piezas sueltas.

—¿Todos estos son juguetes, papá? —preguntó Nicole, buscando mi mirada.

—Más o menos. Hay personas que los coleccionan.

—¿Qué es coleccionar?

—Es guardar algo como si fuera especial.

—Entiendo.

—¿Quieres uno?

—¡Sí quiero!

—Entonces elige —le dije, soltando su mano para que pudiera caminar libremente por la tienda. Aun así, me mantuve muy cerca, asegurándome de no perderla de vista ni por un segundo. Janine me mataría si perdía a nuestra hija.

Tal vez pensara que la estaba malcriando, pero tenía seis años de juguetes no comprados por compensar.

Nicole dio varias vueltas por la tienda antes de regresar con una caja más grande que ella, tratando de mantener el equilibrio. Era un castillo de princesa.

—¿Puede ser este?

—Claro que sí —respondí, sonriendo mientras lo tomaba para ayudarla, sin preocuparme siquiera por el precio.

Había sido muy cuidadoso con mis ahorros en los últimos años y, al final, cuando muriera, no me llevaría nada. Al menos me consolaba pensar que los bienes que había conseguido quedarían para Nicole y podrían ayudarla a asegurar su futuro.

—¡Yuju!

—¿Vamos a la caja? —Le ofrecí la mano.

Nicole asintió y envolvió sus deditos alrededor de la mía.

Pusieron la enorme caja en una bolsa y regresamos al hotel, donde Janine ya se había duchado y nos esperaba sentada al borde de la cama.

—Pensé que solo iban a mirar —dijo, alzando las cejas, con una expresión un tanto crítica.

—Sí, miramos. —Me encogí de hombros.

—¿Y esta caja?

—Solo es un juguete chiquito... —dijo Nicole haciendo un puchero.

Janine negó con la cabeza, pero luego soltó una risita.

Puse la caja al lado de las maletas y le hice una señal a mi chica para que se levantara.

—¿Vamos a cenar?

—Vamos.

Fuimos al mismo restaurante de la noche anterior. A ellas les había gustado la comida, y me pareció mejor no salir a buscar otro lugar. Los tres estábamos hambrientos y el almuerzo había sido solo un sándwich.

Janine no dejó que Nicole comiera otro helado, diciendo que podría darle dolor de garganta. Yo preferí no meterme; todavía estaba ganándome mi espacio en la vida de ambas.

Al volver al hotel, Janine ayudó a Nicole a cepillarse los dientes y luego la acomodó en la cama. El día había estado tan lleno de actividades que no tardó en dormirse por completo.

Me di una ducha rápida y luego me recosté junto a Janine en la cama matrimonial, poniéndola entre mis brazos. Ella se giró, acomodándose para poder mirarme, incluso con la luz tenue de la lámpara encendida.

—Este viaje es una locura.

—Sí —admití.

Si no tuviera los días contados, jamás la habría hecho viajar así, de golpe. Pero no me arrepentía de nada.

—Pero está siendo increíble.

—Lo es —respondí, inclinándome para darle un beso suave, mientras subía la manta hasta nuestros hombros.

No hacía frío, pero la tela sirvió para cubrir mi mano mientras se deslizaba por el costado de su cuerpo hasta llegar a su culo.

—¡Joaquim! —exclamó Janine con los ojos muy abiertos.

—Shhh... —Con la otra mano, llevé un dedo a sus labios para que no hiciera ningún ruido.

No queríamos despertar a Nicole.

Con Janine mirándome fijamente, volví a pasar la mano por su cuerpo, sintiendo la seda de su baby doll. Deslicé los dedos por

dentro de su blusa y hasta el sujetador, sacando uno de sus pechos.

La manta lo ocultaba todo para garantizar que Nicole no viera nada si se despertaba, pero bajo las capas de tela, retorcí el pezón cada vez más rígido con las yemas de los dedos.

Era como si estuviéramos al principio de nuestra relación, cuando teníamos relaciones sexuales a escondidas de sus padres.

Agarré el otro pecho, apretándolo y retorciéndolo. Mientras miraba fijamente a Janine a los ojos, pude ver cuánto se controlaba para no hacer ruido. Le robé un beso, lamiendo sus labios mientras mi mano bajaba, tocando su vientre antes de deslizarse dentro de sus bragas. Abrió un poco las piernas cuando invadí su ropa interior con mi mano y toqué su vulva sin ninguna ceremonia.

Janine se revolvió ligeramente, tratando de contenerse todo lo posible, incluso evitando hacer ruido en la cama.

Nicole dormía profundamente, incluso dejó escapar un ligero ronquido.

Nos besamos rápidamente, siempre comprobando que Nicole no se moviera. Mientras tanto, mi dedo mayor trazaba círculos sobre el clítoris de Janine y ella frotaba su culo contra mi verga, que no hacía más que crecer dentro de mis calzoncillos.

Con ambas manos, le bajé las bragas hasta las rodillas, dejando su vulva al descubierto. Mi brazo la rodeó por la cintura, acercándola y permitiéndome besarla en el cuello.

La puse sobre mi regazo, con el culo apretado contra mí, y por fin saqué mi verga de su encierro. La froté contra sus suaves nalgas antes de abrir una de ellas para acceder a su canal.

Janine estaba mojada, y se contoneó aún más cuando acaricié mi glande, tanteando la entrada antes de penetrarla. Empujó aún más el culo, suplicándome, y no se lo negué, tirando de ella hacia atrás hasta que la penetré por completo.

Empecé a moverme lentamente, cuidando de que la cama no crujiera. No quería correr el riesgo de despertar a nuestra hija, así que tuve que darme prisa y agilizar el sexo.

Le solté el culo y volví a deslizar la mano por dentro de su blusa, agarrando sus suaves tetas mientras me movía en un delicioso vaivén, penetrándola con mi verga mientras su suave culo se amasaba en mí. No había mejor abrazo que aquel. Sexo lento y delicioso que podía durar toda la noche.

Quería estallar, más rápido, más fuerte, pero me detuve en ese lento movimiento, en una deliciosa tortura mientras su presión sobre mi verga se hacía más intensa entre espasmos cada vez más fuertes.

Mi lengua bailaba por su cuello, provocándola, y mi erección no hacía más que aumentar a medida que sus tetas se ponían aún más rígidas. Sus pezones, duros como piedras, se convirtieron en juguetes en mis manos. Alterné entre sus pezones y el resto de su

cuerpo, explorando sus curvas y acariciándola por todas partes bajo la manta.

Janine era mía y no había parte de su cuerpo que no pudiera tocar.

Mi verga latía cada vez más, palpitando con su excitante apriete. Se estaba mojando más de lo que creía posible, facilitando cada vez más mis embestidas.

Agarró una de las almohadas y se tapó la boca, mordiéndola mientras yo me deslizaba lentamente para penetrarla con fuerza en la siguiente embestida. Saboreé su cuerpo como una copa de vino que se bebe lentamente.

Volví a mordisquearle el cuello y le agarré las tetas con las manos por debajo del sujetador, forzándolo a abrirse solo.

Janine giraba su delicioso culo sobre mí, suplicando más y yo me deslizaba solo para metérsela otra vez.

¡Qué delicia!

No quería parar nunca, mientras mi erección pedía a gritos el orgasmo. Quería penetrarla más rápido y más profundamente hasta que finalmente la bañara con mi semen.

Movió una de sus manos bajo la manta, me agarró del brazo y me arañó mientras temblaba. Interrumpí el movimiento y me arañó en señal de protesta.

—No pares, por favor... —gimió en voz muy baja para que solo yo pudiera oírlo.

—Te la seguiré metiendo hasta que explotes... —Le lamí la oreja, le apreté las tetas con más fuerza y volví a empujar hasta el fondo, sintiendo cómo ese delicioso culo se frotaba contra mí en busca de su propio placer.

Empezó a apretarme aún más fuerte y no pude contenerme más.

Afortunadamente, la cama no hizo ruido, porque solté sus tetas para agarrarme a su cintura y empujar más rápido, más hambriento, hasta que toda esa necesidad desenfrenada se liberó en su interior.

Janine jadeó suavemente, su respiración se aceleró mientras se recuperaba, y luego sacó unos pañuelos de papel de la mesita de noche para limpiarse.

—¿Vamos a seguir haciendo esto como adolescentes? —susurró con una media sonrisa.

—A menos que encontremos una niñera... —Le guiñé el ojo, pero ella negó antes de dejarme terminar.

—No voy a dejar a mi hija con una desconocida.

—Entonces seguiremos como adolescentes —murmuré, abrazándola más fuerte.

Janine soltó una risita.

Yo no iba a ser tan egoísta como para pedirle que no estuviera con otro hombre cuando ya no estuviera, pero estaba haciendo un esfuerzo para que se acordara de mí.



Janine

Capítulo 42

Dormir y despertar en los brazos de Joaquim era la mejor sensación del mundo. Si ya lo amaba antes, después de ese viaje, mis sentimientos por él se volvían aún más intensos.

Cuando Nicole se despertó, su padre y yo ya estábamos de pie. Necesitaba mantenerlo a cierta distancia para que ella no viera nada. Aunque todavía era pequeña, era muy lista. El sexo era un tema que prefería dejar para dentro de unos años. Por ahora, solo debía ser una niña.

—Buenos días, princesa. —Le sonreí.

—Buenos días, mami —respondió con entusiasmo mientras se sentaba.

—¿Vamos a desayunar para empezar otro día de paseo? —dijo Joaquim.

—¡Vamos! —Nuestra hija se emocionó de inmediato.

Después de un desayuno delicioso y bien completo, tomamos un taxi que nos dejó cerca de una de las fuentes más famosas de la ciudad. La Fontana di Trevi, construida sobre la fachada de un palacio, era sin duda uno de los monumentos más hermosos del mundo. No es casualidad que aparezca en tantas películas románticas.

Sentía que podría quedarme allí para siempre, admirando el agua al caer. Al abrirme paso entre otros turistas y acercarme lo suficiente como para tocarla, mi piel se erizó.

—¡Guau!

Me giré para asegurarme de que Joaquim estuviera cerca, cargando a nuestra hija, que esta vez se había cansado de caminar muy rápido.

Me senté en el borde de la fuente y él acomodó a Nicole a mi lado para tomarnos una foto. Luego, les saqué una foto a ellos dos, y después, le pedí a una señora que pasaba que nos tomara una a los tres.

Pasado un rato, busqué una moneda en mi bolso para lanzarla a la fuente. Ya había visto en muchas películas que se decía que esas monedas cumplían deseos.

Ser feliz para siempre con Joaquim, pedí mientras cerraba los ojos.

Los abrí justo a tiempo para ver la moneda caer en el agua, salpicando algunas gotas antes de hundirse lentamente.

—¿Yo también puedo? —Nicole extendió su manito, esperando una moneda.

Joaquim sacó una del bolsillo y la colocó en su palma.

—Pide un deseo y luego lanza la moneda —le indiqué.

—¡Está bien! —Asintió entusiasmada—. Que papá se case con mamá. —Y lanzó la moneda.

—Los deseos se piden en silencio, hija.

Ella soltó una risita y se encogió, algo apenada.

Joaquim y yo nos miramos, pero ninguno se atrevió a decir nada.

No era la única que deseaba una propuesta de matrimonio, pero no era el mejor momento para presionar. Estábamos tan felices que no quería arruinarlo todo.



Joaquin

Capítulo 43

¿Casarme...?

Era obvio que quería casarme con Janine, pero tendríamos que hacerlo con urgencia, igual que habíamos hecho con este viaje. No tenía tiempo para preparativos ni para darle la fiesta que realmente se merecía.

Si se lo contara...

Debía contárselo, pero no quería arruinar nuestro momento. Podía aplazarlo un poco más, disfrutar del viaje antes de derrumbarlo todo.

Sería una verdadera tragedia decirle a Janine y a nuestra hija que no estaría con ellas para fin de año. Abandonarlas de nuevo no era justo, pero no parecía haber ninguna segunda instancia a la cual apelar frente a la sentencia que el médico había dictado sobre mi vida.

Una segunda opinión...

Buscar a otra persona para que me dijera lo mismo no me parecía alentador. Quería estar con ellas en mis últimos días, no pasarlos de hospital en hospital, sometiéndome a biopsias y a otros exámenes horribles.

Mi médico había mencionado tratamientos paliativos, soluciones alternativas que no alargarían mi vida, solo aliviarían los síntomas. Mis propias investigaciones no me dieron ningún consuelo. Esos tratamientos podían ser aún peores. Si no podría recuperar mi vida, ¿qué sentido tenía?

—¡Papá! —me llamó Nicole, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué pasó, hija?

—Quiero helado.

Mi mirada se apartó de la suya para buscar la de Janine, esperando su aprobación. Ella asintió con un leve movimiento de cabeza.

—¡Vamos a tomar uno! —Le extendí la mano a mi hija.

—¡Yupi!

Llevé a Nicole hasta una heladería que estaba en una de las callecitas laterales a la fuente. Tuve que sujetarla fuerte de la mano y no apartar la vista de ella ni un segundo. El lugar estaba lleno de turistas de todo el mundo. De ninguna manera quería convertir nuestro viaje increíble en una tragedia por perder de vista a mi hija.

Nicole ya tenía sus sabores favoritos: fresa y limón. Y no podía faltar la galleta, si no, protestaba. Al igual que su madre, mi hija era exigente.

Apenas el vendedor me entregó el vaso, se lo pasé a Nicole, y en ese instante Janine apareció para reunirse con nosotras.

—¿Te cansaste de ver la fuente? —le pregunté.

—Solo los extrañaba. —Encogió los hombros.

—¿Tan rápido?

—Por supuesto. —Soltó una risita y se inclinó para besar la frente de Nicole, que puso cara de fastidio—. Yo también quiero helado —me dijo.

—Por supuesto, señorita. —Le hice una leve reverencia y ella se rió.

Los tres entramos en la heladería, y Janine eligió sus sabores antes de que saliéramos de nuevo a caminar.

Nuestro paseo de la tarde, después de almorzar en un restaurante típicamente italiano, fue al Panteón. Janine se sintió un poco decepcionada al descubrir que había sido transformado en una iglesia, pero no dejaba de ser una impresionante obra de arte del viejo mundo.



Janine

Capítulo 44

Nuestra estadía en Roma incluyó paseos por lugares increíbles, como el Coliseo. Admito que esa mañana me sentí un poco decepcionada por tener que marcharnos, pero al mismo tiempo estaba emocionada por conocer otra ciudad.

Nos levantamos muy temprano y, después del desayuno, fuimos a la estación de tren. Joaquim ya había comprado los pasajes y me sorprendió aún más que hubiera logrado organizar todo tan bien en tan poco tiempo.

Llegué a pensar que tal vez él había planeado ese viaje con anticipación, pero no tenía mucho sentido.

Mientras estábamos sentados en el tren, Nicole se había pegado a la ventana, mirando todo lo que pasaba afuera. Joaquim permanecía en silencio, mirándome de vez en cuando y regalándome alguna sonrisa.

Yo estaba tan feliz por compartir ese momento con él, que ni siquiera me preocupaba por mis padres y la pensión. Seguramente estarían volviéndose locos sin mi ayuda, pero yo ya apagaría cualquier incendio cuando regresara a casa.

Sentí que mi bolso vibraba y saqué el celular para revisar el mensaje.

Natalia:

Hola, ¿cómo estás?

¡Quiero fotos!

Janine:

Estamos en el tren rumbo a Venecia.

Natalia:

¿¡Venecia!?

La ciudad de los enamorados.

Apuesto a que ahí te va a proponer matrimonio.

Janine:

¡Natalia!

Natalia:

¿Qué pasa?

Janine:

No sé si me va a pedir casamiento.

Natalia:

¿Y para qué otro motivo te llevaría a Venecia?

Janine:

Estamos en Italia, y es una ciudad muy famosa.

Natalia:

Una ciudad conocida por el romance...

Janine:

Pero también han ocurrido asesinatos ahí.

Natalia:

¡Qué horror!

¿Eso es lo que se te ocurre decir?

Janine:

Solo estoy haciendo un comentario.

Natalia:

Yo prefiero pensar que te va a proponer matrimonio.

Janine:

No quiero crearme expectativas.

Natalia:

Yo ya estaría teniendo un ataque de ansiedad.

Janine:

¿Ves?

Por eso prefiero vivir el momento y disfrutar de este viaje increíble.

Natalia:

Tienes razón.

Aunque podrían conseguir una niñera para cuidar a Nicole y salir ustedes solos.

¿Te imaginas tener sexo en una de esas góndolas?

Janine:

Ni voy a responder eso.

Natalia:

Solo digo que deberían aprovechar el viaje al máximo.

Janine:

Puedo disfrutar también con mi hija.

Natalia:

No dije que no. Solo que un momento a solas no estaría mal.

Janine:

No voy a dejar a mi hija con una desconocida.

Natalia:

Podrías haberme llevado. Yo sería una niñera genial.

Janine:

Jajaja.

Natalia:

¡Es Venecia!

Janine:

Eres un caso perdido.

Natalia:

Solo digo que me encantaría estar allá con ustedes.

Janine:

Ya entendí.

Natalia:

La próxima vez me llevan.

Janine:

No lo creo.

Natalia:

¡Es una injusticia total!

Janine:

Eres demasiado dramática.

Natalia:

Solo un poquito.

Janine:

¡Llegamos!

Natalia:

¡Disfruta! No olvides las fotos. Quiero ver todo.

Janine:

Está bien.

Guardé el celular de nuevo en el bolso justo cuando el tren se detuvo. Esperé a que la gente empezara a levantarse antes de darle un pequeño codazo en el hombro a mi hija y llamarla, porque Nicole seguía pegada al vidrio.

—¿Vamos, hija?

—¡Sí! —Extendió su manito y entrelazó sus dedos con los míos.

Joaquim tomó nuestras maletas del compartimento superior, sobre los asientos, y salimos del tren siguiendo el flujo de personas.

Desde la estación, nos dirigimos al hotel en un barco. Nicole nunca se había subido a uno, a pesar de que vivíamos cerca de la playa, pero ahí no parecía haber otra alternativa, ya que en lugar de calles, había canales.

—¡Qué lindo! —Estaba mirando de un lado al otro, emocionada, observando los edificios y los otros botes que nos hacían sentir como en otra época.

Siempre que había escuchado hablar de Venecia decían que era una ciudad hermosa, pero estar allí me hizo ver que las palabras no eran suficientes para describir tanta belleza. Los edificios eran coloridos y bordeaban los canales. Tenía un aire de pueblo pequeño, pero al mismo tiempo una magia de cuento de hadas.

El taxi-barco donde estábamos se detuvo junto al hotel, y Joaquim bajó primero, extendió los brazos para ayudar a Nicole a descender y luego me dio la mano a mí. El conductor nos entregó las maletas antes de despedirse. Un botones del hotel ya nos esperaba y colocó el equipaje en un carrito.

Joaquim me miró, y fue imposible evitar que una sonrisa apareciera en mi rostro. Pasó la mano por mi mejilla y apartó un mechón de mi cabello, colocándolo detrás de mi oreja. Podía parecer un gesto inocente, pero me sonrojé al instante.

—Voy a hacer el check-in.

—Está bien.

—Mamá, ¿puedo comer helado? —Nicole me tiró del brazo para que le prestara atención.

—Espera un poco, hija.

—Ohhh...

—Apenas acabamos de llegar, y ya comiste mucho helado en Roma.

—Está bien... —Frunció los labios, un poco decepcionada.

Después de un rato conversando con la recepcionista y llenar algunos formularios, Joaquim volvió con una tarjeta llave para nuestra habitación.

—¿Subimos?

—Sí.

Tomamos el ascensor, y al llegar a la habitación, las maletas ya estaban ahí. Para mi sorpresa, el lugar era casi un departamento: tenía un entrepiso con una cama matrimonial y un baño; abajo había otra cama, una pequeña sala de estar con estanterías llenas de libros, una mesa de madera con espacio para cuatro personas y otro baño.

La habitación me hizo sentir como si estuviera dentro de una película antigua, de esas donde las familias vivían en palacios. Era un lugar maravilloso y, sin duda, muy romántico.

¿Será que me va a proponer matrimonio?

No quería pensar en eso y generarme una ansiedad innecesaria que pudiera arruinar esa experiencia tan especial, pero

era difícil no dejarme llevar, sobre todo con Natalia preguntándome a cada rato.

De verdad, Venecia era una ciudad muy romántica y perfecta para una propuesta.

—Voy a darme una ducha antes de que salgamos a cenar —avisó Joaquim, sacándome de mis pensamientos y provocando que soltara un suspiro.

—Perfecto.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no lo estaría? —respondí con una sonrisa algo forzada.

—Parecías distraída.

—Estaba admirando lo hermoso que es este lugar.

—Realmente es una ciudad maravillosa.

Asentí con la cabeza.

—Voy a aprovechar el baño de abajo para bañar a Nicole.

—Está bien.

Bajé del entrepiso y encontré a mi hija entretenida, observando los muchos libros antiguos que había en las estanterías.

—Ten cuidado de no romper nada.

—Está bien.

—¿Vamos al baño así te doy una ducha?

Ella asintió con la cabeza.

Tomé ropa limpia y la ayudé a bañarse. Aunque ya quería hacerlo sola, todavía era pequeña y le costaba un poco.

Después, Joaquim se quedó jugando con ella, tratando de armar partes del enorme castillo de piezas de Lego. Estaba claro que tendríamos que volver a guardarlo todo en su caja cuando regresáramos, pero verla tan emocionada hacía que valiera la pena.

En cuanto terminé de bañarme y cambiarme, salimos a caminar por la ciudad para encontrar algún lugar donde cenar. Ya había oscurecido y la ciudad se veía aún más linda, con luces por todos lados iluminando los edificios y los postes.

—¡Mira, mamá! —Nicole me señaló una góndola que pasaba por uno de los canales cerca de nosotros.

—Bonita, ¿verdad, hija?

—¿Podemos subirnos?

—Mañana lo haremos —respondió Joaquim antes que yo, y Nicole celebró emocionadísima.

Lo miré, y él simplemente se encogió de hombros, como si no hubiera nada de malo en responder por mí.



Joaquin

Capítulo 45

Elegimos un restaurante en una de las esquinas cerca del hotel, estábamos hambrientos y nadie quería caminar demasiado. Por suerte, estábamos bastante familiarizados con la cocina italiana. No había forma de equivocarse con pizza o pasta.

Nicole estaba encantada con ese viaje; entre helados y platos de pasta, vivía un verdadero sueño infantil.

Pero no era la única disfrutando cada momento. Con cada día que pasaba con ellas, estaba más convencido de que este viaje había sido la mejor decisión que podía haber tomado. Estábamos realmente felices, disfrutando uno del otro y creando recuerdos inolvidables.

Solo de pensar que pronto no estaría más con ellas, el pecho se me apretaba.

No quería irme. No era justo. Pero tampoco había opción.

Pedí una lasaña, mientras Janine comía unos ñoquis y Nicole se ensuciaba toda con su espagueti a la boloñesa.

Después de la cena, volvimos caminando tranquilamente al hotel, observando cada detalle de las calles como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Tomé la mano de Janine con más firmeza y la llevé hacia mis labios, depositando un beso suave en el dorso. Ella me miró sorprendida, con una chispa en los ojos.

—Este lugar es hermoso, Joaquim.

—Mucho más contigo aquí.

Sus mejillas se tiñeron de un suave rubor y me incliné para robarle un beso corto.

Trataba de comportarme frente a nuestra hija, pero a veces me era difícil.

Subimos al cuarto. Yo esperé en el altillo, apoyado en la baranda de madera, mientras observaba cómo Janine ayudaba a Nicole a ponerse el pijama y cepillarse los dientes.

Después de acostarla y darle un beso en la frente, Janine subió conmigo.

Apenas se acercó, la tomé entre mis brazos, atrayéndola hacia mí y besándole suavemente el cuello.

—Joaquim… —susurró, encogiéndose un poco.

—Me encanta este cuarto.

—Apuesto a que tenías tus razones ocultas.

—Más que confirmadas.

—Qué descarado…

La acerqué más a la pared, donde quedábamos ocultos a la vista y teníamos ángulo para ver cualquier sombra en caso de que Nicole decidiera subir las escaleras, pero esperaba que nuestra hija no se despertara.

Apreté a Janine contra la pared con mi cuerpo. Noté que apretaba los labios para reprimir un gemido, mientras mis manos bajaban por el costado de su cuerpo para agarrarle el culo.

Janine llevaba unos jeans ajustados, pero la prenda no permanecería en su cuerpo mucho más tiempo.

Acerqué mi boca a su cuello, rozando con mis dientes su suave piel y embriagándome con su dulce olor. La proximidad de mi cuerpo al suyo, la fricción, aunque aún estábamos vestidos, me excitó y me puso la verga bien dura.

Besé su cuello, tirando de su pelo hacia atrás, mordisqueé y chupé su piel, dejando ligeras marcas que pronto desaparecerían. Ella se giró, frotando aún más su culo hacia mí de una forma que me volvió loco.

Tiré aún más fuerte de su pelo hacia atrás, apartándolo de mi camino, mientras mi lengua recorría su oreja y bajaba por su cuello de forma sensual y aún más provocativa.

Con la mano libre, metí la mano en su blusa, buscando las tetas atrapadas en el sujetador. Saqué una de ellas, apretándola.

Janine hacía todo lo posible para no gemir y yo la comprendía, ya que estaba pasando por lo mismo.

Mi boca estaba en su nuca, mi lengua estaba retorciéndola, provocándola y poniéndole aún más los pelos de punta. Solté su pelo, dejando que los mechones cayeran sobre mi cara para bajar la mano hasta la cremallera de su pantalón. Seguía jugando con su pecho, apretándolo y provocándola, cuando metí la mano en sus bragas, buscando su clítoris.

Cerró la boca con más fuerza y agachó el culo para frotarse contra mí mientras yo la masturbaba sin miramientos, moviendo los dedos en su punto más placentero. Quería que se volviera loca de deseo y parecía estar muy cerca de conseguirlo.

Le mordí la nuca y ella no pudo contener un gemido que se escapó como un grito, pero pronto el silencio de la habitación lo ahogó. Esperamos un momento, todavía frotándonos el uno contra el otro, hasta que nos dimos cuenta de que Nicole seguía dormida.

Saqué la mano de sus bragas y Janine me clavó las uñas en el brazo en señal de protesta, pero no cambié mis planes de bajarle la ropa hasta los pies. Contemplé su culo, en un ángulo maravilloso, con unas gotas de su humedad brillando en la penumbra. Sin ninguna ceremonia, me bajé los pantalones y la penetré con una deliciosa sacudida mientras me deslizaba con facilidad en su lubricación, entrando hasta el fondo.

Janine apoyó ambas manos en la pared mientras yo me aferraba a su cintura, penetrándola con movimientos cada vez más rítmicos. Era difícil contener los gemidos mientras su canal me estrujaba con una presión cada vez más excitante.

Mi nariz estaba hundida en su pelo, oliendo el aroma floral de su acondicionador mientras olfateaba su nuca.

Ella movía su precioso culo sobre mí, haciendo que el sexo fuera aún más caliente. Quise controlarme, pero no pude. Mi cuerpo se movió involuntariamente hasta que mis músculos se agarrotaron en la agonía del orgasmo.

Janine seguía moviéndose contra mí, pidiendo más. Bajé una de mis manos desde su cintura hasta su clítoris de nuevo, estimulándola hasta que sus contracciones me despistaron, demostrando que se había unido a mi orgasmo.

Le soplé el pelo para apartarlo y le besé el cuello un par de veces mientras jadeaba.

—Voy a necesitar otra ducha. —Se le escapó.

—Iré contigo.

—No...

Torcí los labios haciendo un puchero.

—Quédate aquí. Nicole podría despertarse en mitad de la noche.

—Eso no es justo.

Janine se encogió de hombros y se metió en el baño, cerrando la puerta para que yo ni siquiera tuviera la oportunidad de intentar hacerla cambiar de opinión.

A pesar de la falta de intimidad, me gustó tener a nuestra hija cerca.



Janine

Capítulo 46

No había nada mejor que despertar por la mañana y recordar que estábamos en Venecia. La ciudad italiana de los enamorados, de las góndolas y de las máscaras.

Me estiré en la cama y noté que Joaquim ya estaba sentado, hablando por el teléfono de la habitación. Con mi inglés razonable, entendí que estaba pidiendo nuestro desayuno.

Tomé mi celular de la mesita de noche y aproveché para enviarle las fotos del día anterior a Natalia; mi amiga iba a amar cada una de ellas. Eran las nueve de la mañana en el reloj de mi teléfono móvil, pero tenía que recordar que había otro huso horario y en Brasil aún era de madrugada.

—Buenos días —dijo Joaquim, al notar que yo dejaba el celular a un lado.

—Buenos días. —Le devolví la sonrisa.

—¿Le estabas mandando fotos a Natalia?

—Así es. —Asentí con la cabeza.

—No la he visto por la ciudad desde que regresé —comentó, frunciendo el ceño con un aire pensativo.

—Está viviendo en São Paulo.

—Ah, eso lo explica todo.

Asentí de nuevo. Mi estómago hizo un ruido y me encogí.

—¿Tienes hambre? —Joaquim se inclinó para acariciarme el rostro.

—Mucha.

—Ya van a traer el desayuno.

—¿No hay buffet?

—Aquí lo sirven directamente en la habitación.

—Está bien.

—¡Mamá! ¡Papá! —Nicole subió corriendo la escalerita del altillo y se lanzó a la cama, uniéndose a nosotros.

Por suerte, Joaquim y yo estábamos vestidos, ya que imaginábamos que algo así podía pasar.

—Tienes que tener cuidado, hija —la regañé—. Si subes corriendo así, puedes lastimarte.

—Perdón…

La abracé con cariño y le di un beso en la coronilla.

Oímos sonar el timbre y Joaquim bajó, suponiendo que era el desayuno. Mientras él acomodaba todo en la mesa, fui a lavarme los dientes y llevé a Nicole para que hiciera lo mismo.

El desayuno era una comida completa: frutas, panqueques, porciones de dos tipos de pastel, galletas de mantequilla y yogur. Cuando terminamos, supe que estaba bien alimentada para aguantar el resto del día.

Nicole no le permitió a Joaquim olvidar su promesa de que ese día andaríamos en góndola. Apenas salimos del hotel, él buscó uno de los embarcaderos y contrató un paseo.

—Nada de saltar, hija —le advertí, ayudándola a sentarse dentro de la embarcación negra con asientos rojos.

Nicole y yo nos sentamos al centro, mientras Joaquim ocupaba el frente y el gondolero se colocó atrás para equilibrar el peso de aquel bote que se movía bastante.

Había nacido junto al mar, no tenía por qué sentir miedo, pero estar en un lugar desconocido era diferente. Aunque los canales parecían poco profundos, no se veía el fondo, y me parecía imposible tener idea de cuán hondo era realmente.

La góndola empezó a deslizarse, pasando por debajo de un túnel que nos llevó a un canal aún más grande. Luché contra el cosquilleo en el estómago, saqué mi celular del bolso y comencé a tomar algunas fotos. Era el paseo más famoso de Venecia y tenía que documentarlo.

El gondolero decía algunas cosas, pero como yo no hablaba italiano, no entendía nada. Aun así, no me importó.

El paseo transcurría de maravilla, con Nicole encantada y yo aún más. Ver la ciudad desde los canales la hacía todavía más hermosa. Era imposible no enamorarse de cada rincón.

En un momento, el gondolero redujo la velocidad y Joaquim se giró hacia mí. Me sonrió ampliamente y sentí que mi corazón se aceleraba... para después detenerse por completo.

¿Va a hacerme la propuesta?

¡Dios mío!

No podía respirar. La ansiedad me oprimía el pecho. Había intentado no crear expectativas, pero era imposible evitarlo. Cuanto más lo negaba, más fuerte era el deseo.

—Janine… —dijo Joaquim, mirándome, y yo le sonreí.

Todo parecía mágico, perfecto, hasta que de pronto se inclinó hacia adelante, volcándose, y tardé algunos segundos en darme cuenta de que se había desmayado.

—¡Papá! —Nicole fue la primera en gritar, comprendiendo antes que yo que algo estaba mal.

—¡Joaquim! —Lo empujé levemente, pero él seguía desplomado—. ¡Joaquim!

—¡Papá! —Nicole empezó a desesperarse, y yo también.

Fue entonces que el gondolero notó lo que ocurría. Detuvo el paseo, acercando la góndola a una escalinata del canal y comenzó a

llamar a la gente que pasaba para pedir ayuda. Yo, desesperada, gritaba en los dos idiomas que conocía, inglés y portugués.

—¿Qué ocurre? —preguntó un hombre que se acercó. Parecía brasileño también, y agradecí que alguien me entendiera mientras estaba al lado de mi novio inconsciente.

—Se desmayó.

—Vamos a llamar a una ambulancia.

—Por favor… —Las lágrimas se acumulaban en mis ojos mientras sujetaba con fuerza el brazo de mi hija para no perderla en medio del caos.

El hombre parecía hablar italiano y llamó a algún servicio de emergencias. Fueron unos minutos, pero me parecieron una eternidad, hasta que apareció una ambulancia en forma de barco. Para entonces, una multitud ya se había reunido a nuestro alrededor. Parecía ocurrir lo mismo en todas partes del mundo.

Los paramédicos colocaron a Joaquim sobre una camilla de lona y lo bajaron al bote. Al principio no querían dejar que Nicole y yo fuéramos con ellos, probablemente porque ella era una niña, pero finalmente lo permitieron al ver que no había nadie más que se hiciera cargo de ella.

De pronto, la ciudad del romance se había convertido en mi peor pesadilla.

Nadie está preparado para algo así, menos aún en un país extranjero.

Joaquim…

Dios mío, ¿qué estaba pasando?

Nicole lloraba sin parar y si no fuera porque tenía que cuidarla, yo estaría igual.



Joaquin

Capítulo 47

Mi cabeza latía con fuerza mientras poco a poco recuperaba el enfoque.

Parpadeé varias veces hasta que aquella mancha borrosa frente a mis ojos se transformó en paredes blancas con un cartel en italiano que pedía mantener silencio en las instalaciones del hospital.

¡HOSPITAL!

¿Dónde estaba? Necesité unos segundos más para girar el cuerpo y darme cuenta de que estaba recostado sobre una cama de hospital.

—¡Joaquim! —El grito de Janine me trajo algo de alivio al notar que estaba allí, aunque hizo que la pulsación incómoda en mi cabeza se intensificara.

—Janine... —Extendí la mano con dificultad para tocar la suya y noté que tenía una aguja en el brazo, por donde corría algún líquido que esperaba fuera solo suero.

—Nos trajeron a un hospital y te internaron.

—Me desmayé...

Mi memoria seguía algo borrosa, y los recuerdos de ese día apenas comenzaban a regresar, lentamente.

—Sí. —Soltó un profundo suspiro—. Casi me das un infarto.

—Lo siento...

Ella no dijo nada. Solo acarició mi mano, como si el simple hecho de verme despierto ya fuera suficiente para calmarla un poco.

—¿Los médicos dijeron algo?

Negó con la cabeza.

—Parece que necesitan hacerte algunos estudios.

Tragué saliva, y esa quemazón en el estómago me recordó el cáncer.

Me estoy muriendo...

Había sido ingenuo al pensar que podríamos disfrutar de todo el viaje sin que la enfermedad se interpusiera.

—Janine... —Necesitaba contárselo, aunque sentía que sería lo más difícil que tendría que decir en toda mi vida.

—¡Papá! —Nicole apareció al lado de la cama, interrumpiendo mis palabras.

—Hola, hija.

—¿Ya te sientes mejor? —Su sonrisa me hizo tragar en seco.

Asentí con la cabeza mientras acariciaba su cabello suave.

¡Maldita sea!

Odiaba estar en esa situación. Odiaba aún más no poder hacer nada para cambiarla.

Aunque todos sabemos que algún día vamos a morir, apuesto a que nadie está realmente preparado para esa información, mucho menos cuando uno siente que todavía le queda tanto por hacer, por vivir, por compartir con las personas que ama...

Estaba tan feliz de tener ese momento con ellas, y deseaba que pudiéramos seguir así.

Quería poder retroceder en el tiempo, no haberlas abandonado nunca, y al menos haber tenido esos seis años al lado de mi novia y de mi hija. Pero lo único que me quedaba era enfrentar mis días contados, mientras cargaba con el arrepentimiento y la culpa por todo lo que había hecho mal con ellas.

¿De qué me servía ser juez?

Pensé que me volvería un hombre rico y poderoso, pero ni el dinero ni la influencia podían salvarme ahora.

Intenté contener las lágrimas, pero se me llenaron los ojos y fue imposible evitar que Janine lo notara.

—¿Joaquim?

—Perdón por todo esto...

—¿De qué estás hablando? —Frunció el ceño, sin entender lo que ocurría.

Volví a tragar saliva varias veces. Nunca me había sentido tan cobarde como en ese instante, consumido por el miedo de decirle la verdad. Pero aquel desmayo era una prueba de que tarde o temprano ella lo sabría.

—¿Joaquim? —insistió, llamándome otra vez—. ¿Qué pasa?

Vamos, cobarde, dilo.

—¿Por qué me pides perdón? —me exigió que hablara.

La quemazón en la boca del estómago se volvió insoportable y me encogí de dolor.

—¡Joaquim! —Janine se inclinó sobre mí, sujetándome del hombro y obligándome a mirarla—. ¿No te desmayaste de insolación?

Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿qué está pasando? ¡Habla! —Sus uñas se clavaron aún más en mi hombro, pero ese dolor no era nada comparado con el que sentía por dentro.

—Me estoy muriendo...



Janine

Capítulo 48

¡Lágrimas!

Juraba que nunca vería llorar a un hombre fuerte como Joaquim. Tal vez fuera un prejuicio mío, pero él había sido criado por su abuelo, con costumbres anticuadas. Y aun así, las lágrimas le cayeron por las mejillas como si fuera un niño pequeño.

Sentí que algo terrible estaba pasando, y el nudo en el pecho se apretó aún más cuando me di cuenta de que era algo realmente grave, incluso antes de que me dijera:

—Me estoy muriendo...

—¿Qué?

—Lo siento, Janine.

En estado de shock, me giré hacia mi hija. Podía ser una broma de mal gusto, pero no quería que Joaquim dijera eso delante de ella.

—Nicole, siéntate allí en el sofá, hija.

—Pero, mamá...

—Por favor.

—Está bien. —Asintió con su cabecita y me obedeció, justo antes de que me volviera hacia su padre con una expresión seria e irritada.

—Eso no es algo con lo que se bromea, Joaquim.

Él extendió la mano para tocar la mía y acarició mis dedos antes de decir:

—No estoy bromeando.

Preferí pensar que se estaba burlando de mí con una broma de mal gusto a considerar esa posibilidad.

—Janine, debí habértelo dicho antes, pero cuando supe de Nicole...

—¿Qué está pasando? —El desespero volvió a expandirse por cada célula de mi cuerpo, dejándome sin aire.

—Tengo cáncer. Estoy en etapa terminal.

—¡No! —Solté su mano y retrocedí tambaleando—. Qué broma tan cruel, Joaquim.

—Ojalá lo fuera.

—¿Desde cuándo lo sabes?

La noticia era tan absurda que me costaba trabajo aceptarla.

—Desde hace tiempo. —Su respuesta fue vaga, pero implicaba que había estado ocultándome esa verdad todo este

tiempo que llevábamos juntos.

Me di la vuelta y vi a mi hija sentada en el sofá, moviendo las piernas y mirando al vacío.

—No te muevas de ahí, Nicole —le dije antes de caminar hacia la puerta.

Sé que parecía terrible dejar a mi hija sola, aunque fuera por unos minutos, pero me sentía tan asfixiada que necesitaba aire.

Corrí por el pasillo hasta salir por las puertas del hospital y respirar el olor a mar que venía desde los canales. Llené los pulmones con ese aire, pero no fue suficiente para calmar mi desesperación.

Fui a Venecia esperando que me pidiera matrimonio, no para enterarme de que el gran amor de mi vida tenía los días contados. Joaquim no podía morir. ¡No ahora!

Pensé que nunca volvería a dejarme. Vivir algo así por segunda vez era demasiado injusto.

¡Maldito!

Sentí una rabia inmensa.

Si él sabía que iba a morir, ¿por qué me hizo esto? ¿Por qué hacerle esto a Nicole? Ya habíamos seguido adelante sin ese hombre. ¿Para qué volver, sabiendo que nos haría pasar por lo mismo otra vez?

—¡Ah! —grité con todas mis fuerzas, con una mezcla de rabia y furia tan brutales que sentí que el pecho se me partía en dos.

Era desesperante.

—*¿Stai bene?* —Una mujer con uniforme del hospital se acercó a mí y puso la mano sobre mi hombro.

Solo negué con la cabeza y caí de rodillas, deshecha en llanto.

No estaba bien. Ni siquiera sabía si algún día lo estaría.



Joaquin

Capítulo 49

—¡Papá! —Aún sentadita en el sofá de la habitación del hospital, Nicole me llamó.

—¿Sí, hija?

—¿Dónde está mamá?

—Salió afuera, pero ya volverá enseguida.

—¿Puedo ir?

—Es mejor que te quedes aquí y la esperes. No queremos que te pierdas en el hospital, ¿está bien, princesa?

—Está bien.

Siguió ahí, tranquilita, moviendo los pies como si no tuviera nada de qué preocuparse. No quería romper su tranquilidad, pero ya era demasiado tarde.

Intenté sentarme en el borde de la cama, pero antes de que pudiera hacerlo, una doctora entró en la habitación, impidiéndome moverme.

—Es mejor que siga acostado —dijo. Su acento era fuerte, pero entendí claramente lo que decía.

—Habla portugués... —comenté, sorprendido.

—Mi madre es portuguesa.

—Ah...

—¿Se siente bien? —preguntó, mirándome con atención.

—He estado mejor en otros momentos —murmuré.

—Todavía estamos analizando la causa de su desmayo. ¿Pasó mucho tiempo sin tomar líquidos? ¿Estuvo mucho al sol?

Negué con la cabeza.

—Me diagnosticaron cáncer de estómago —dije en voz baja, para que mi hija no escuchara.

Nicole era una niña muy lista, y aunque no supiera exactamente qué significaba la enfermedad, seguro haría preguntas hasta que alguien se lo explicara. Era mejor decidir con Janine cómo y cuándo contárselo, si es que decidíamos hacerlo antes de que fuera demasiado tarde.

—Lo siento mucho —dijo la médica, con una expresión de pesar—. Debería estar bajo tratamiento. Hoy en día la medicina ha avanzado mucho.

—Mi médico dijo que era terminal. Los tratamientos serían solo paliativos, y yo quiero estar lo mejor posible para pasar mis últimos meses con ellas... en vez de debilitarme aún más con tratamientos que no cambiarán el final.

—Entiendo que es una decisión difícil, pero siempre hay esperanza.

Debo admitir que siempre fui un hombre realista, lo que muchas veces me hace parecer pesimista. No veía una salida y prefería no pensar demasiado en ello.

—Podemos hacer algunos exámenes...

—Solo quiero encontrar a Janine. —Me incorporé y tiré del acceso intravenoso que tenía en el brazo.

—¡Señor, espere! —La doctora intentó detenerme.

—¿Dónde está?

—No lo sé...

Miré a Nicole, sentada en el sofá, y si no fuera por ella, ya habría salido corriendo a buscar a Janine. Aún estaba vivo, y no podía abandonar a nuestra hija.



Janine

Capítulo 50

Me habían ofrecido un calmante, pero aún temblaba.

Sentada fuera de la habitación donde estaba Joaquim, no tenía fuerzas para entrar y enfrentarlo después de aquella noticia.

¿Cómo pudo hacerme esto?

Por fin había creído que tendríamos nuestro "felices para siempre", que nos casaríamos y seríamos una familia. Estaba dispuesta a olvidar el hecho de que me había abandonado, para poder ser felices los tres.

Ese viaje increíble se suponía que era solo el comienzo de nuestra nueva vida juntos. Esperaba que me pidiera matrimonio, no que me anunciara que iba a dejarme otra vez.

—Janine... —Escuché su voz, y el corazón se me detuvo.

Levanté la cabeza lentamente, preguntándome si de verdad lo había oído en voz alta. Me tragué el llanto atorado en la garganta al verlo aparecer en la puerta del cuarto, sujetándose del marco, mirándome.

—Janine... —repitió mi nombre, buscando confirmar que yo lo había escuchado.

Negué con la cabeza mientras las lágrimas volvían a brotar, incontrolables, ahogándome en un mar de tristeza.

—Yo sé que...

—¡Tú no sabes nada! —grité con rabia, apretando los puños con tanta fuerza que mis uñas se clavaron en las palmas de mis manos.

—Yo...

—¡Eres un imbécil! —lo interrumpí, dejando salir toda mi furia.

—Ya lo sé... —murmuró.

Me levanté enfurecida y avancé hacia él, golpeándolo en el pecho con rabia. Que estuviera enfermo no me impidió pegarle como si fuera un insecto moribundo. Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras seguía sacudiéndolo, pero tenía claro que todo eso dolía más en mí que en él.

—Janine... —Me envolvió con sus enormes brazos, impidiéndome mover—. Janine, basta. —Me apretó con más fuerza, tanto que ya no podía seguir golpeándolo.

Me rendí. Lloré aún más, apoyando la cabeza en su pecho, escuchando el latido lento de su corazón. *¿Estaba calmo... o se estaba por detener?* Prefería pensar lo primero.

—¡No puedes hacernos esto a Nicole y a mí! —Volví a alzar la voz.

—No quiero morir. —Acarició mi cabello con suavidad, besándome la cabeza.

—Entonces no te mueras.

—Ojalá fuera tan simple.

—Hazlo simple.

—Janine...

—No puedo creer que vayas a hacerme esto otra vez, Joaquim. ¿No fue suficiente con haberme hecho sufrir durante seis años?

—Esta vez es diferente.

—¡No lo es!

—Yo no quería dejarlas...

—¡Pero sabías que lo harías, y aun así viniste a buscarnos!

Joaquim guardó silencio, porque en el fondo, era cierto. Él lo sabía. No había descubierto su enfermedad durante este viaje, sino que decidió ocultármelo.

Odié pensar que toda la urgencia del viaje cobraba sentido ante esta situación.

Estaba destrozada, y me pellizqué a mí misma, deseando despertar de esa pesadilla. Pero era real...

—Mamá... Papá... —Nicole apareció detrás de Joaquim. Nuestra hija nos miraba, confundida, sin entender.

Si para mí era tan difícil, para ella podría ser mucho peor.

—Hola, hija... —sollocé.

—Tengo hambre. ¿Cuándo vamos a comer?

—En un rato, ¿sí? —Joaquim le sonrió mientras le acariciaba el cabello.

—Está bien. —Inclinó la cabecita para mirarme mejor—. ¿Mamá?

—Sí, mi amor. —Me froté los ojos, intentando ocultar las lágrimas, pero era tarde.

—¿Estás llorando?

Contuve la respiración y cerré los párpados un instante.

—Se me metió algo en el ojo.

—¿Te duele?

—Un poquito.

—Pobrecita... —Estiró su manito y me acarició el brazo.

—Ay, mi amor... —La abracé fuerte, muy fuerte.

—Ay, ay, mamá.

—Vámonos de aquí —dijo Joaquim, poniendo una mano sobre mi hombro.

—Tú...

—Me siento mejor.

—Si te pasa algo otra vez...

—Voy a estar bien.

Ya no confiaba en él...



Joaquin

Capítulo 51

Mi malestar físico no era peor que el dolor en el corazón al mirar los ojos hinchados de Janine mientras salíamos del hospital.

Quisiera que ese momento nunca hubiera llegado, pero solo lo había postergado tanto como pude.

Esperaba que termináramos ese viaje, pero no lo logré...

Después de salir del hospital, fuimos a un restaurante. Mientras Nicole comía su pasta, Janine empujaba las bolitas del ñoqui sin atreverse a llevarse una sola a la boca.

Yo sentía un sabor amargo en la lengua y tampoco tocaba mi comida.

El clima de felicidad que nos había acompañado durante los últimos días, de pronto, se había esfumado, dejando en su lugar nubes densas de tristeza.

—Quiero irme —dijo Janine, girando hacia mí con una expresión decidida.

—Ya vamos a regresar al hotel.

—No, quiero volver a casa, a Brasil.

—Pero...

La mirada furiosa que me lanzó me hizo desistir de cualquier intento de discusión.

Quizá yo ya sabía, en el fondo, que todo terminaría en el momento en que ella descubriera lo de mi enfermedad, por eso intenté retrasarlo tanto como pude.

—Voy a adelantar nuestro regreso.

—Gracias. —Desvió la mirada otra vez.

Mis planes incluían pasar algunos días más en Florencia y en Milán, pero sin duda eso tendría que cancelarse.

Intenté tocar su mano por debajo de la mesa, pero Janine la apartó de inmediato, dejando claro que no quería mis caricias.

No quería que las cosas terminaran así, ni que mis últimos días se vivieran con ella evitándome. Pero me lo merecía. Era mi castigo por haberla abandonado cuando estaba sano.



Janine

Capítulo 52

Yo no quería saber nada, solo quería irme lo más rápido posible.

Puede que no estuviera reaccionando de la mejor manera, pero era difícil pensar con racionalidad después de una noticia como esa. Estaba destrozada y llena de rabia.

Fue una completa crueldad lo que Joaquim nos hizo. Volvió a nuestras vidas, me hizo creer que podía ser feliz otra vez, pero él ya sabía que estaba enfermo y que esos días estaban contados.

Tal vez debería haberlo acogido, ser más comprensiva y aprovechar mejor el tiempo que le quedaba, sin embargo, era tan difícil que ni siquiera podía mirarlo a la cara.

La noticia me dejó en ruinas. Toda la magia romántica de nuestro viaje a Italia se había desvanecido, y lo único que sentía era tristeza y desesperación.

Nicole se puso triste con nuestro regreso. No entendía por qué teníamos que volver a casa tan de repente.

No le conté que su padre estaba tan enfermo.

Tenía que decírselo, pero aún no encontraba las palabras adecuadas. Quizá nunca las encontraría. Lo cual lo volvía todo aún

más difícil.

Estaba odiando a Joaquim por todo eso. Quizá no tenía derecho a hacerlo, al fin y al cabo, era él quien iba a morir, pero el dolor no me dejaba pensar con claridad.

—Mamá... —me llamó Nicole, haciendo que volviera a la realidad.

Estábamos dentro del coche, regresando a la pensión. Yo no había dicho ni una sola palabra desde que salimos del aeropuerto. Para ser honesta, ni siquiera sabía qué decir.

—¿Sí, hija...?

—¿Vamos a viajar otra vez?

Joaquim y yo nos miramos, y tragué saliva.

—Algún día, tal vez, hija.

Sería complicado, pero no era el momento de hablar de esos detalles con ella.

Paramos frente a la pensión, y en cuanto vieron el coche, mis padres salieron. En sus rostros había una mezcla de sorpresa y alegría por vernos.

—¿Ya regresaron? —exclamó mi madre.

Mientras Joaquim sacaba las maletas del coche, yo salí corriendo hacia la playa.

—¡Janine! —gritó mi madre.

—Déjala —dijo Joaquim, impidiéndole que me siguiera.

Todavía me sentía ahogada y necesitaba estar verdaderamente sola.



Joaquin

Capítulo 53

Solté el brazo de Lucía y ella se giró hacia mí con una expresión de asombro. No esperaba que su hija regresara llorando de nuestro viaje. Para ser honesto, yo tampoco.

—¿Qué le pasó? —Me lanzó una mirada firme, exigiendo una respuesta que le ayudara a entender lo que acababa de suceder.

—Está molesta.

—¿Por qué?

Miré a Nicole, que estaba jugueteando con su pequeña maleta, y luego volví a mirar a su abuela.

La joven que estaba en la recepción, reemplazando a Janine, notó la situación y se acercó a mi hija.

—Princesa, vamos a jugar afuera.

—Pero...

—Te voy a llevar al columpio.

—Está bien. —Nicole tomó la mano de la chica y salió con ella, dejándome solo con sus abuelos.

—¿Qué le hiciste a mi hija? —Fábio puso las manos en la cintura y sacó pecho como un gallo de pelea.

Si me daba un puñetazo, sabía que lo tendría bien merecido.

—Tengo cáncer —confesé, sabiendo que ya había pospuesto demasiado la verdad.

—¡Ay, Dios mío! —Lucía se quedó boquiabierta.

—¿Y recién ahora le cuentas eso a mi hija? —refunfuñó el hombre mayor.

—No quería arruinarlo todo.

—Pero lo arruinaste.

—Tienes razón —admití, bajando la cabeza, clavando la vista en el suelo, cargado de culpa.

—Te vas a hacer ese tratamiento, vas a perder el pelo... —empezó Lucía, imaginando varios escenarios en su cabeza.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó, indignada.

—Ya es demasiado tarde.

—¿Cómo que demasiado tarde? —Fábio no podía creerlo.

—El médico dijo que ya se ha extendido a otros órganos, y que me quedan solo unos meses.

—¿Y no pensaste en contárnoslo? —gruñó la mujer, sin disimular su enojo.

Guardé silencio, al darme cuenta de que todo era aún más terrible.

—Lo siento...

El peso en mi pecho se hizo aún más fuerte, causándome una molestia insoportable.

Janine tenía razón. No debí haber regresado.



Janine

Capítulo 54

Me detuve cuando ya estaba lo suficientemente lejos de la pensión y sentí que las piernas me fallaban. Caí de rodillas, inclinando el cuerpo hacia adelante, y mis manos se hundieron en la arena. El dolor regresó con fuerza, como una flecha certera clavándose en mi pecho y haciendo sangrar mi corazón.

No pude contener las lágrimas que volvieron a brotar delante de mí, mezclándose con el agua del mar. Una ola rompió y lavó mis manos y rodillas, pero no fue suficiente para arrastrar mi angustia.

Me sentía destrozada, dolida como nunca antes.

—¡Ahhh! —grité con todo el aire de mis pulmones, gastando el aliento, pero ni así se fue el dolor.

Agotada, volví a inclinarme hacia adelante. Los mechones de pelo me cubrían la cara como una cortina y sentí que el sudor me resbalaba por el cabello.

—Joaquim, ¿por qué?

—Cuando supe que estaba enfermo, entendí que tú eras la única persona con la que quería estar. —Escuché su voz, y por un instante pensé que era producto de mi imaginación, pero al oír sus pasos sobre la arena, supe que era real.

Luché por ponerme de pie, limpiando la arena de mis manos contra el costado de mis jeans.

—Quiero estar sola.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—No falta mucho para que tenga que dejarte otra vez. Solo quiero aprovechar el poco tiempo que me queda contigo.

—Eso no es justo para mí.

—Lo siento.

—¿Has pensado que deberías dejar de tomar decisiones por las que después tengas que pedir perdón?

—Soy un imbécil.

—Sí, lo eres.

—Pero te amo... —Dio un par de pasos hacia mí, y yo retrocedí.

Nos mantuvimos en ese vaivén hasta que él fue más rápido y me rodeó la cintura, atrayéndome hacia su pecho.

—¡Suéltame!

—¡Cálmate! —Sujetó mi rostro con ambas manos.

—No me pidas que me calme. —Apreté los ojos, y las lágrimas volvieron a caer.

—Vas a tener mucho tiempo para odiarme.

—Yo nunca quise odiarte, Joaquim...

—Pero yo no coopero, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Si pudiera cambiar el pasado, Janine...

—¡Pero no puedes!

—Lamentablemente no.

—Yo quería que este viaje fuera especial, que fuera el inicio de algo nuevo, y te lo di todo...

—Y lo arruiné. —Seguía furiosa, lo agarré del cuello de la camisa y lo obligué a mirarme a los ojos—. ¡No puedes hacerme esto! —grité, sacudiéndolo.

—Si pudiera evitarlo...

—¡Haz algo! ¡Cúrate!

—El médico dijo...

—Busca otro médico.

—¿Y volver a pasar por todo eso?

—¿Prefieres dejarnos?

Se quedó en silencio un momento, como si reflexionara sobre mis palabras, y entonces me atrajo más hacia él.

Cuando su boca cayó sobre la mía, nuestras lenguas se encontraron, compartiendo el sabor de mis lágrimas y el peso de mi desesperación. Toda esa rabia que sentía venía de las ganas de tenerlo, de no perderlo otra vez.

Las manos pesadas y firmes de Joaquín bajaron hasta mi culo y me froté contra él. Jadeé ante la desesperada necesidad de contacto. Le agarré la cara, tirando de su pelo e intensifiqué aún más el beso, como si fuera la última vez, pero realmente odiaba aquel aire de despedida.

Quería que siempre estuviera a mi lado cuando me despertara y no me parecía justo pasar por algo diferente.

Joaquim me apretó el culo con más fuerza y me inclinó hacia atrás mientras me mordía el labio inferior. Lo siguiente que supe fue que me estaba tumbando en el suelo, llenándome el pelo de arena mientras sentía sus manos subir por dentro de mi blusa hasta llegar a mis tetas.

Seguimos besándonos mientras sentía que el mar me tocaba, mojándome un poco la ropa.

La necesidad dentro de mí era incontrolable, quería poder satisfacerla con el beso, pero solo parecía aumentar aún más.

Le mordí la boca, sintiendo un sabor férrico y Joaquim me devolvió el mordisco. Mis uñas recorrieron su espalda como si

pudieran rebanarlo y le quité la camiseta, arrojándola a la arena por encima de las olas rompientes.

Mientras me tocaba, apretando cada parte de mi cuerpo con sus manos grandes y firmes, Joaquim también me arrancaba la ropa.

No era una playa muy concurrida, por eso gustaba tanto a los turistas que venían a visitar la pensión, pero en ese momento ni siquiera pensé en alguien que pudiera vernos.

Joaquim me mordisqueó el cuello, haciendo vibrar mi cuerpo y eché la cabeza hacia atrás, estremeciéndome.

En el momento en que me metió su enorme verga, mi cuerpo se retorció en una extraña mezcla de placer y desesperación mientras mis piernas rodeaban su cintura y lo apretaban más contra mí.

Interrumpí su mordisco y le levanté la cara, mirándolo profundamente a los ojos verdes mientras se movía.

—No puedes dejarme —le exigí, sintiendo como me la enterraba más adentro.

—No es algo que yo haya elegido.

—¡Entonces no lo aceptes!

Fue su turno de sostenerme la cara y devolverme la mirada profunda mientras nuestros cuerpos se frotaban en una necesidad de suprimir el dolor.

—Quisiera quedarme contigo para siempre.

—¡Entonces quédate! —Le mordí la boca y volvimos a besarnos mientras Joaquim sujetaba mis brazos contra la arena y se introducía en mi cuerpo con más fuerza y velocidad.

Los espasmos brotaron desde la zona donde nos uníamos y se extendieron a cada parte de mí. Jadeé al sentir un extraño orgasmo, parecía insuficiente. Sabía que había llegado hasta el máximo placer, pero no era suficiente.



Joaquin

Capítulo 55

En silencio, me vestí con la ropa llena de arena y Janine hizo lo mismo.

Estaba desesperado. Me di cuenta de que finalmente había tocado fondo, incluso más que el día en que recibí la noticia de mi enfermedad. El malestar era tan profundo que deseaba poder clavarme las uñas en el pecho y arrancarlo para aliviar el dolor.

El sol brillaba con fuerza sobre nosotros, haciendo resplandecer el mar y la arena, pero todo me parecía oscuro, tempestuoso y triste.

—¡Janine! —Intenté sujetarla nuevamente, pero esta vez no pude.

—Creo que ya es hora de que regreses a tu casa.

—¿Me vas a echar así?

—¿Prefieres que me despierte una mañana y encuentre tu cuerpo frío a mi lado?

Negué con la cabeza.

Sabía que jamás podría pedirle que viviera algo así. Yo tampoco soportaría encontrarla muerta a mi lado.

—¿Qué le vas a decir a Nicole?

—Todavía no lo sé... Preferiría no tener que decirle nada —respondió, girando el rostro hacia el horizonte mientras pasaba una mano por su cabello lleno de arena.

—Lo siento mucho.

—Deja de disculparte, eso no cambia nada.

—Tienes razón...

Permanecimos en un silencio cada vez más sofocante hasta que ella volvió a mirarme.

—No estás de vacaciones, ¿verdad?

—Licencia médica por tiempo indefinido —confesé.

—Me lo imaginé.

—¿Puedo despedirme de nuestra hija?

—Cuidado con lo que le vas a decir.

—Está bien.

Regresamos lentamente a la pensión y vi a mi hija sentada en su mesita, dibujando distraída, hasta que notó que me acercaba.

—Hija...

—¿Sí, papi? —Me miró con una sonrisa.

—Tengo que irme.

—¿Por qué?

—Necesito hacerlo.

—No te vayas. —Frunció los labios, molesta.

—Debo irme...

—¿Por qué?

—Hay algo importante que debo hacer.

—¿Y cuándo vuelves?

Miré a Janine, que negó con la cabeza.

—Todavía no lo sé.

Ella se levantó y me abrazó las piernas. Me incliné para besarle la cabeza y contuve el llanto.

—Te quiero, papi.

—Yo también te quiero, mi princesa. —La levanté en brazos y le di un abrazo muy fuerte que ella me devolvió.

Esa despedida era insoportable.

La bajé al suelo y caminé hacia la salida de la pensión cuando ya no pude controlar más el llanto. Yo era un hombre fuerte, pero no tenía fuerzas para soportar aquello.

Estaba por llegar a mi coche cuando oí la voz de Janine.

—¡Joaquim!

Me giré, limpiándome los ojos con el dorso de la mano.

—¿Me llamas cuando llegues?

Asentí.

—Adiós...

No respondí. No quería. Esta vez, dejarla fue lo peor del mundo.

Entré al coche y lo encendí.

Di marcha atrás y me alejé de la pensión. Ya no pude dejar de llorar.

Solté un grito de rabia y golpeé el volante con fuerza.

—No quiero morir...

Todos tenían razón. Necesitaba una segunda opinión.



Janine

Capítulo 56

Me quedé afuera de la pensión, sentada en uno de los bancos, mirando hacia la playa que se extendía en el horizonte, donde una familia con dos niños jugaba en la arena.

No me di cuenta de la presencia de mi madre hasta que se sentó a mi lado.

—¿Lo echaste?

—Sí.

—¿Por qué?

—Mamá... él se va a morir.

—¿Y no es precisamente ahora cuando más deberías estar con él?

—No... no lo sé...

—Es difícil —dijo, mientras colocaba su mano sobre la mía y la acariciaba con ternura.

—Demasiado —respondí, girando el rostro para mirarla—. Él ya lo sabía, mamá.

—Dicen que solo al final uno se da cuenta de sus errores.

—¡Pero él no arregló nada! Solo lo empeoró todo.

—Pero ahora Nicole sabe quién es su papá.

—¿Para qué? ¿Para saber que murió?

—¿No es mejor eso que no saber nada?

Me quedé en silencio, con el pecho apretado.

—Es mejor que se vaya... —dije finalmente, después de un largo rato, aunque sentía que lo decía más para convencerme a mí misma que a ella.

—Si tú lo dices...

—¿No estás de acuerdo?

—No es una decisión que me corresponda a mí, cariño. Es tuya.

—Ojalá fuera más fácil.

—Si fuera fácil, no estaríamos así.

—Sí... —suspiré, perdiendo de nuevo la mirada en el horizonte.

Estaba destrozada, pero creía que era mejor así, que perderlo de una forma aún más trágica, como ya había ocurrido una vez.



Joaquin

Capítulo 57

Días después...

Sostenía el celular entre las manos mientras abría la aplicación de mensajes, observando la foto de Janine en la pantalla del dispositivo.

Desde que volví a Florianópolis y le avisé que había llegado a casa, no volvimos a hablar. El peso de la muerte se volvió insoportable sobre mis hombros; sentía que ya me había ido, aunque mi corazón siguiera latiendo.

Sobre mi regazo estaban esos sobres pesados con los resultados de los nuevos exámenes a los que me había sometido. Eran un infierno, pero lo peor era saber que no había forma de salvarme.

Joaquim:

Busqué una segunda opinión.

Le envié un mensaje a Janine, esperando una respuesta que no llegó.

Aunque me había sometido a otra evaluación por ella, sabía que debía hacerlo también por mí.

La verdad era que siempre había necesitado tener el control sobre mi vida y mis decisiones, y el hecho de no poder hacerlo me había desestabilizado por completo.

Aunque Janine no me perdonara otra vez, Nicole era mi hija y necesitaba luchar con todas mis fuerzas para seguir en su vida.

—¿Joaquim? —Una médica apareció en la puerta del consultorio y me levanté para acercarme a ella—. ¿Podemos pasar?

Asentí con la cabeza.

La doctora era joven, bonita y llevaba una sonrisa amable que contrastaba con mi expresión sombría.

Imaginé que estaría acostumbrada a tratar con pacientes malhumorados como yo. Después de todo, ser oncóloga no debía de ser una profesión fácil.

—¿Te sientes bien? —Mantuvo la sonrisa mientras me indicaba la silla frente a su escritorio.

—Podría estar mejor —respondí con una sonrisa forzada.

—Me imagino.

Pensé que no era así, pero no tenía sentido discutir sobre eso en ese momento.

—Traje los exámenes que me pediste, junto con los anteriores.

—Perfecto. —Extendió la mano para recibirlos—. Voy a revisarlos para ver qué es lo que se puede hacer en tu caso.

—El médico con el que me atendía dijo que no tenía salida.

—El cáncer es una enfermedad terrible y muy agresiva, pero siempre hay que luchar, incluso cuando las probabilidades son mínimas —dijo, sonando como si fuera Janine discutiendo conmigo por rendirme antes de tiempo.

—El tratamiento puede ser agresivo e inútil.

—Pero también ha salvado muchas vidas.

—Imagino que sí.

—Joaquim... —Frunció el ceño mientras observaba los resultados con evidente sorpresa.

—¿Qué pasa, doctora?

—¿Estás seguro de que este examen anterior es tuyo?

Asentí.

—Sí, estoy seguro.

—Me encantaría decir que el cáncer ha retrocedido milagrosamente, pero por el formato y la posición de los órganos, puedo afirmar que estos exámenes no son del mismo paciente.

—¿Qué estás diciendo? —Tragué saliva, intentando entender.

—Este de aquí —dijo, señalando un resultado— pertenece a un paciente terminal, y es probablemente el diagnóstico que te dieron. Pero este otro —puso la mano sobre el segundo— muestra un tumor que consideramos benigno. Está localizado y puede ser removido con cirugía. Creo que serán necesarias algunas sesiones de quimioterapia para eliminar posibles células restantes.

—¿Quiere decir que puedo sobrevivir? —Estaba boquiabierto.

—Depende.

—¿De qué?

—De cuál de estos exámenes es realmente tuyo.

—¿Y cómo lo sabré?

—Lamentablemente, solo repitiéndolos.

—¿Otra vez?

—Lo siento, pero es necesario —dijo mientras se giraba hacia la computadora y comenzaba a escribir una nueva orden para estudios de imagen—. Hazte el examen nuevamente y vuelve para que podamos hacer un nuevo diagnóstico.

—Está bien. —Exhalé con fuerza mientras tomaba el papel que me entregaba.

Había una esperanza, aunque también la posibilidad de que mis días siguieran contados... y eso era aterrador.



Janine

Capítulo 58

Día tras día me sentía cada vez peor. Me culpaba por haberlo echado en aquella situación. Aunque Joaquim se había acercado a nosotras sabiendo que nos volvería a abandonar, yo me sentía terrible por haberlo mandado lejos en el momento más difícil.

Todos sabíamos que íbamos a morir algún día, sin embargo, nadie vive como si ese día pudiera ser el último.

Hacemos planes, pensamos en el futuro, proyectamos los próximos cinco, diez, hasta veinte años…

La verdad es que todos queremos vivir. Queremos aprovechar hasta el último instante en esta tierra y hacer que cada minuto valga.

Cada minuto...

A pesar de toda la rabia que sentí hacia Joaquim al descubrir que me había engañado otra vez, yo quería estar con él. Quería aprovechar esos días, lo más cercano que tendríamos a nuestro "para siempre".

Tendría que enfrentar su pérdida cuando el cáncer se lo llevara, pero no tenía por qué ser hoy. Además, a pesar del tono pesimista con el que me habló sobre la enfermedad, yo quería tener

esperanza, necesitaba tenerla. Las probabilidades mínimas seguían siendo probabilidades.

Mientras existiera una entre un millón, todavía debíamos creer y seguir luchando.

No iba a permitir que Joaquim se rindiera.

¡Tenía que luchar!

Si no lo hacía por él, que lo hiciera por mí y por Nicole. Estaba decidida a exigírselo cuando tomé el coche y salí de la pensión esa mañana, después de dejar a Nicole en la escuela. Mis padres tendrían que arreglárselas sin mí. No me dijeron nada, pero sentía que ellos también pensaban que debía estar con él en este momento.

En cuanto llegué a la entrada de Florianópolis, puse el guiño y me detuve en el arcén. Había salido desesperada en busca de Joaquim, pero no tenía ni idea de adónde ir.

Esto no era como el pueblito donde yo vivía, donde podías parar a cualquiera en la calle y sabría dónde vivía alguien. Había demasiadas calles, demasiadas personas y direcciones. Joaquim nunca me había dado su dirección…

Por un momento, me sentí una idiota por haber salido sin pensar a dónde iba. Aun así, seguía segura de que necesitaba encontrarlo.

Saqué mi celular de la bolsa en el asiento del acompañante y noté que me había mandado un mensaje que hizo que mi corazón palpitara con esperanza.

Joaquim:

Vine a buscar una segunda opinión.

Ya habían pasado unas horas desde que me lo había enviado. Como no había revisado el celular antes, no lo había visto.

Janine:

¡Eso es muy bueno!

Joaquim:

Janine…

Janine:

¿Dónde estás?

Joaquim:

En el hospital.

Janine:

¿Empeoraste?

Joaquim:

No.

Estoy repitiendo algunos estudios que la doctora me pidió.

Janine:

Eso es bueno, ¿no?

Joaquim:

Eso espero.

Janine:

¿En qué hospital estás?

Joaquim:

¿Por qué?

Janine:

Estoy en Florianópolis. Quiero ir a verte.

Él me envió una dirección que hizo que una sonrisa se dibujara en mi rostro.

Joaquim:

¿Vas a venir?

Janine:

Voy en camino.

Joaquim:

Okay.

Guardé el celular de nuevo en la bolsa, encendí el coche y seguí las coordenadas del GPS hasta el hospital donde Joaquim estaba.



Joaquin

Capítulo 59

¡Ella vino a verme!

Sentí una mezcla de alegría y ansiedad que me dejó sin aliento por unos instantes.

Haber dejado a Janine y a mi hija me causó una tristeza tan profunda que no sabía ni por dónde empezar a describirla. La angustia y la nostalgia crecían cada día que pasaba. Aunque era consciente de las consecuencias de mis propias decisiones, eso no hacía más fácil pasar mis últimos días lejos de ellas.

Era egoísta de mi parte, y aun así, las necesitaba.

Saber que seguía aquí, entre los vivos, pero sin pasar esos segundos a su lado era simplemente agonizante.

Cuando Janine me mandó el mensaje diciendo que vendría a verme, una punzada de esperanza me llenó el pecho. Aunque no dejó claro el motivo, significaba que al menos había reconsiderado el volver a verme después de todos esos días sin hablar.

Esperando en la sala, aguardando el resultado de los nuevos exámenes que me hice en cuanto salí del consultorio, estaba sentado en esas sillas incómodas, golpeando el pie contra el suelo, impacientemente...

Estaba siendo devorado por la posibilidad de que no fuera el final. Uno de los exámenes era de otra persona. Repetirlo significaba confirmar una noticia terrible, o abrir una puerta a la cura.

¿Y si…?

¡Dios! Me estaba volviendo loco.

—¿Joaquim?

Me levanté casi de un salto al oír su voz. Mi corazón se aceleró mientras parecía tardar una eternidad en girarme hacia la entrada de la sala, por donde la vi entrar, acercándose a mí.

—¡Janine! —Mi rostro triste se transformó en una sonrisa.

Ella vino corriendo hacia mí y la abracé con fuerza, como si pudiéramos fundirnos para no separarnos nunca más. Hundí la nariz en la cima de su cabeza, aspirando el aroma dulce de su cabello.

—Janine...

Ella también me abrazó.

Separé mi rostro para mirarla, manteniendo un brazo en su cintura, y con la otra mano acaricié su mejilla.

—Estás aquí... —susurré, notando que mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Estoy aquí... —Me sonrió con los ojos también húmedos—. Me di cuenta de que necesito estar contigo, aunque esté furiosa porque ocultaste tu enfermedad cuando te acercaste a nosotras.

—Realmente me encanta que estés aquí.

—¡Qué bueno! —Soltó una sonrisa que me hizo reír.

La acerqué aún más y uní mi boca con la suya en un beso urgente y desesperado. Sentirla me era suficiente para no necesitar respirar. Me olvidé por completo de que estábamos en una sala de espera, hasta que alguien carraspeó y me devolvió a la realidad.

—¿Joaquim?

Janine fue la primera en separarse, porque pese a la voz, yo estaba sumido en una burbuja con ella que no quería que se rompiera.

—Sí. —Me giré hacia la mujer.

—Aquí está el resultado de sus exámenes. —Me entregó un sobre grande con las imágenes.

—Gracias. —Lo tomé y me giré hacia Janine, que la miraba con expresión analítica.

Cuando la mujer se alejó, los ojos de Janine regresaron a los míos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Tengo que volver con la doctora.

—¡Vamos ahora!

—No sé si todavía está en el consultorio. —Miré la hora en mi reloj de pulsera, ya era tarde.

—Vamos igual.

—Pero…

—¡Vamos! —Janine me tiró de la mano, decidida a no dejarme rendir. Entonces se detuvo en el pasillo y se giró hacia mí—. ¿Dónde es exactamente?

—En el quinto piso —respondí con una sonrisa tímida.

Ella se inclinó hacia el panel y comenzó a apretar el botón del ascensor como si eso lo hiciera bajar más rápido.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Le tomé la muñeca antes de que presionara de nuevo.

—Llamando al ascensor.

—No me refiero a eso.

—No puedes rendirte, Joaquim. Sé que dijeron que las posibilidades son mínimas, pero si existen, ¡tienes que luchar! Puedo aceptar que me lo ocultaras, pero no aceptaré que te rindas sin pelear.

—En realidad, puede que haya más posibilidades.

—¿A qué te refieres? —Frunció el ceño, confundida.

Le expliqué brevemente que la doctora me había dicho que uno de los exámenes no era mío. En uno, el pronóstico era mucho mejor que en el otro.

—¡Entonces puede que estés bien! —Una gran sonrisa iluminó su rostro y sus ojos brillaron de esperanza.

—Solo si tengo suerte.

—¡La tendrás! —Afirmó con confianza.

—Pero…

—Y no aceptaré menos que una propuesta de matrimonio. —Frunció los labios y terminé riendo.

—Lo que más quiero es envejecer contigo y pasar el resto de mi vida a tu lado.

—¡Perfecto! —Me volvió a arrastrar al ascensor, apretando el botón del quinto piso varias veces.

Cuando llegamos frente al consultorio, la doctora estaba atendiendo a otro paciente. Fueron los treinta minutos más angustiosos de mi vida, hasta que finalmente la doctora se desocupó.

Cada tanto, Janine me apretaba la mano y me sonreía, repitiendo que todo iba a salir bien. Estaba decidido a creerlo. Quería y necesitaba vivir para ver crecer a mi hija y cumplir la promesa de casarme con Janine.

—Te amo —me susurró, y mi corazón se llenó aún más.

—Yo también te amo —le respondí, besando el dorso de su mano.

La puerta del consultorio finalmente se abrió y la médica asomó la cabeza, buscando con la mirada.

—¿Joaquim?

—Sí. —Me levanté y Janine vino conmigo.

—¿Vamos?

Asentí.

Entramos y la doctora cerró la puerta detrás de nosotros.

—¿Ya tienes los exámenes? —me preguntó.

—Sí. —Le entregué el sobre.

—¡Qué rápido!

—El técnico del laboratorio fue amable. —Sonreí forzadamente.

—Por favor, doctora, denos una buena noticia. —Rogó Janine.

—Haré lo mejor que pueda —respondió con amabilidad—. ¿Tú quién eres?

—Su futura esposa —dijo Janine.

Sonreí con la forma en que lo dijo.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para que eso sea posible.

—Gracias. —Janine siguió sonriendo mientras la doctora se sentaba para analizar los exámenes.

Pasaron más minutos angustiosos. La doctora leía el informe y revisaba las imágenes con atención. Parecía estar tomando precauciones para no repetir ningún error.

—¿Y entonces, doctora? —Janine me apretó la mano con más fuerza.

La doctora sonrió, y yo solté un suspiro de alivio antes de oír su respuesta.

—El mejor examen es el tuyo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Janine, con la voz emocionada.

—Pero eso no significa que no estés enfermo, Joaquim. Vas a necesitar tratamiento y una cirugía para remover el tumor. Aún está controlado, y creo que con extraer parte del estómago, más unas sesiones de quimioterapia, será suficiente. Será un proceso duro, pero si luchas, puedes quedar muy bien.

—Él no se va a rendir —prometió Janine por mí, y asentí con la cabeza.

Tenía una oportunidad de seguir con mi familia, y tenía que valorarla.

Sobre el escritorio de la médica había un recipiente con clips. Tomé uno con permiso y lo doblé en forma de anillo. Se lo tendí a Janine, extendiendo mi mano.

—¿Quieres casarte conmigo?

Sus ojos brillaron aún más. Asintió y me dio la mano para que le pusiera el anillo improvisado. Más adelante le compraría uno que estuviera a la altura de mi amor por ella, pero quería que supiera que, desde ese momento, yo iba a luchar por nuestro futuro juntos.



Janine

Capítulo 60

Meses después...

Prometo estar contigo en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, todos los días de nuestra vida…

Aún no nos habíamos casado, pero ese juramento ya estaba grabado en mi mente desde el día en que Joaquim me pidió matrimonio en aquel consultorio. Tal como dijo la doctora, no serían días fáciles.

Él empezó el tratamiento al día siguiente y, a veces, se sentía muy mal después de una sesión de quimioterapia, pero el objetivo era reducir el tumor antes de hacer la cirugía para extirparlo.

Joaquim seguía con licencia médica, y yo me mudé a su departamento junto con nuestra hija, para estar cerca de él. A pesar de los enfermeros del seguro médico, que se turnaban las 24 horas para darle asistencia, yo quería estar allí, necesitaba estar allí, recordándole que éramos el motivo por el cual debía seguir luchando.

Atravesaríamos esa tormenta como una familia, juntos.

—Mamá, ¿papá se va a poner bien? —me preguntó Nicole ese día en que la dejé con una niñera para poder estar con Joaquim en el hospital.

—Sí, mi amor —prometí, aunque sabía que someterse a una cirugía para remover una parte de un órgano afectado por el cáncer no era nada fácil. Pero Joaquim tenía que ponerse bien.

Fuimos temprano al hospital. Él tenía que estar en ayunas para la cirugía y no se quejó ni una sola vez, incluso se esforzó por mostrarse animado.

Cuando los enfermeros del quirófano vinieron a buscarlo, tomé sus manos entre las mías y lo miré profundamente a los ojos.

—No puedes volver a dejarme.

—No lo haré —me aseguró.

Aunque la cirugía fuera un procedimiento delicado, con riesgo de muerte, ninguno de los dos quiso hablar de eso.

Joaquim no nos dejaría otra vez.

No lo haría…

Pasé horas angustiantes en la sala de espera, mirando su nombre en el panel que anunciaba el estado de las cirugías, hasta que vinieron a avisarme que todo había salido bien y que él se recuperaría.



Joaquin

Capítulo 61

Un año después...

De pie frente al espejo, ajustando los últimos detalles de mi traje hecho a medida para el día más feliz de mi vida, pasé la mano por mi cabello y me sentí satisfecho de que hubiera crecido lo suficiente como para un buen corte y un peinado decente.

El tratamiento contra el cáncer me había dejado hecho polvo, pero tener a Janine y a Nicole a mi lado en cada momento de ese periodo tan duro fue fundamental para mi recuperación.

Tenía la certeza de que, a pesar de todo lo que sufrí, volvería a pasar por eso solo para tenerlas conmigo.

Subí a mi coche y conduje hasta la iglesia del pequeño pueblo donde nacimos, el lugar elegido para celebrar nuestra boda. Aparte de ellas, no tenía a nadie más, y las personas más importantes para Janine estaban en ese pueblo.

Aunque ya vivíamos juntos, yo quería hacer las cosas bien y convertirla oficialmente en mi esposa, tal como le prometí. Ella se merecía eso y mucho más.

Por suerte, tenía el resto de mi vida, que esperaba que fuera larga, para dar lo mejor de mí por ellas.

Nuestros invitados ya estaban en la iglesia, listos para presenciar el mejor momento de mi vida. Todo el lugar había sido decorado con delicadeza por la florería local, y yo me sentía orgulloso.

Entré solo y me quedé en el altar, saludando al sacerdote con un leve movimiento de cabeza. Cruzando las manos al frente, esperé.

En cuanto empezó a sonar la marcha nupcial y vi las puertas de la iglesia abrirse, mi corazón se detuvo por un segundo y sonreí. Mi impulso fue correr hacia Janine, que era la novia más hermosa del mundo, vestida de blanco con encaje y un velo largo.

Nicole, nuestra hija, caminaba delante de ella como dama de honor, con un vestido rosa pastel que la hacía ver aún más adorable.

Mi suegro las acompañaba, pero en ese momento ellas dos eran lo único que importaba.

En cuanto llegaron hasta mí, besé la frente de Nicole, quien fue conducida a uno de los primeros bancos, y luego mi suegro me dio la mano, diciéndome que cuidara de su hija.

Eso es exactamente lo que más deseo hacer...

Tomé las manos de Janine entre las mías y besé el dorso.

Solo quería que estuviéramos juntos para siempre...



Janine

Epílogo

Cinco años después…

Estaba inclinada sobre el lavabo del baño cuando Joaquim llegó por detrás y me envolvió con sus brazos, que parecían aún más grandes desde que volvió al gimnasio y adoptó una alimentación más saludable, su nuevo estilo de vida.

Se estaba tomando muy en serio la promesa de no volver a abandonarnos jamás, empezando por cuidar muy bien de su salud.

—Nicole puede entrar al cuarto —intenté zafarme de él.

—Cerré la puerta con llave —dijo mientras atrapaba mi cuello con la boca y subía las manos por delante, levantando mi camisón hasta agarrar mis tetas, sin sostén.

—Joaquim... —Me estremecí cuando su lengua empezó a jugar provocativamente en mi oído.

—Lo sé.

—Entonces compórtese, Su Señoría.

Él había vuelto al tribunal poco antes de nuestra boda, cuando los médicos lo autorizaron retomar su vida normal, aunque con algunas restricciones.

Cuando me mudé a Florianópolis para acompañarlo durante el tratamiento, Keila, quien me había reemplazado en la posada de mis padres durante aquel viaje a Italia, asumió mi lugar por tiempo indefinido. Lo estaba haciendo bien, y yo había construido otra vida.

Después de que Joaquim fue autorizado a volver al trabajo y Nicole ya se había acostumbrado a la nueva escuela, fue mi turno de reincorporarme. Por suerte, conseguí un puesto en la oficina de una empresa de arquitectura y me estaba yendo bien.

—Todavía tenemos unos minutos —dijo, chupándome el cuello y haciendo que me encogiera.

—Antes de que tengamos que salir corriendo.

—¡Exacto!

—¡Joaquim! —solté un gemidito agudo cuando sus dedos juguetones retorcieron mis pezones, poniéndolos increíblemente duros.

—¿Ya te dije hoy lo excitante que estás?

—No, pero...

Antes de que pudiera terminar la frase, me giró por la cintura y me puso de frente. Mis manos, aún mojadas, subieron por sus brazos y hombros, pero a él no pareció importarle.

Respondí a su beso cuando su lengua presionó entre mis labios, buscando entrar, y sus labios se fundieron con los míos. Moví

las caderas contra sus manos cuando las hundió en mis glúteos y luego me levantó, sentándome en el borde del lavabo.

—No tenemos tiempo —murmuré, aunque mi cuerpo decía lo contrario.

—Un rapidito. —Lamió mi boca mientras corría mi ropa interior a un lado y me acercaba más al borde.

Ya no pude decir nada más, solo gemir cuando me metió su enorme verga y cada célula de mi cuerpo vibró. Eché la cabeza hacia atrás, y por poco no la golpeé contra el espejo mientras me movía con él.

Envolví su cintura con las piernas y Joaquim me sujetó fuerte de los muslos, acelerando el ritmo deliciosamente, haciendo valer cada minuto de esa mañana.

Clavé mis uñas en él cuando el placer fue creciendo, y me incliné hacia adelante, buscando de nuevo su boca.

Parecía que él ya había llegado, pero siguió moviéndose, rápido y con fuerza, hasta arrastrarme también al clímax.

Cuando todo explotó y el mundo empezó a girar, me incliné hacia adelante y me recosté sobre su hombro, jadeando.

—Creo que tenemos que prepararnos.

—¡Espera! —Me sostuvo el rostro con una expresión seria, y supe que el asunto había cambiado.

—¿Qué pasa? —Aún no podía recuperar el aliento, pero él tenía toda mi atención.

—Quiero tener otro hijo contigo.

Me sorprendió por completo esa afirmación.

—Yo también, ¿pensaste en adoptar? —Sabía perfectamente que el tratamiento contra el cáncer lo había dejado estéril, pero había muchas niñas y niños que necesitaban un hogar—. Quizá una mayor, de la edad de Nicole...

—Janine... —Me interrumpió.

—¿Sí?

—Congelé mi esperma.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Apenas estábamos saliendo de mi lucha contra el cáncer, no quería que te preocuparas por tener otro hijo, pero ahora estoy bien... estamos bien...

—¿Eso significa que podemos hacer una inseminación artificial? —Todavía estaba procesándolo.

—Si tú quieres...

—¡Sí! ¡Sí, quiero!

—Qué bueno. —Sonrió de oreja a oreja y me besó.

—¡Mamá! —gritó Nicole golpeando la puerta—. ¡Se acabaron los cereales! ¡Están en lo alto, no alcanzo!

—Ya voy —le respondí con voz fuerte.

—¡Tengo hambre! —insistió.

—Tenemos que irnos. —Empujé a Joaquim para bajarme del lavabo.

—Entonces, ¿vamos a hacerlo? —Me tomó de la mano.

—Claro que sí. —Le di un beso rápido—. Después del trabajo.

—Decidimos los detalles luego. —Se rió.

—Te amo.

—Te amo para siempre, Janine.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años, es de Minas Gerais y figura con menos de 30 años en Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, todo un fenómeno editorial entre el público femenino.

Autora superventas de Amazon en Brasil y Europa, con sus libros disponibles en 6 idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con la publicación de su primer libro "El valle de las sombras". Con más de 200 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas "Eternamente Minha" a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Más información sobre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY



Otras obras



Enlace => https://amzn.eu/d/1tEVpCS

Sinopsis:

Un vaquero descarado y provocador.

Una niña mimada de ciudad.

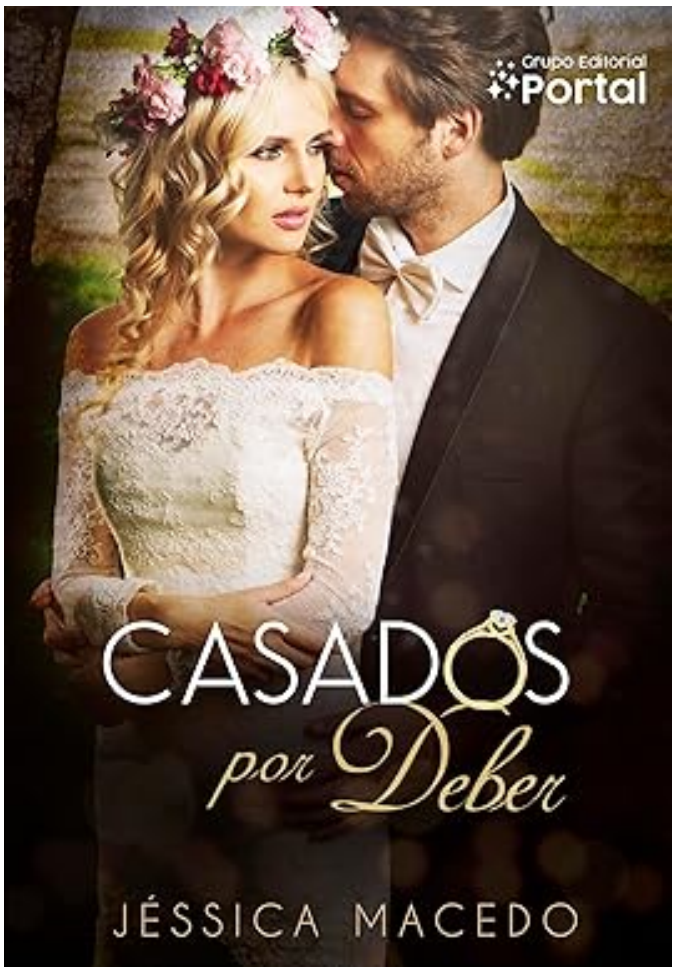
Van a terminar como vecinos, dispuestos a volverse locos el uno al otro.

Liam siempre fue el más apasionado por la vida en el campo entre los hermanos Collins, el que

más se dedicaba al próspero rancho familiar. Junto a su padre, cuidaba de los animales y se encargaba de toda la gestión de la propiedad. Pero en su tiempo libre, participaba en competencias de monta y le encantaba mostrar su cuerpo musculoso a las mujeres de la región. Mujeriego empedernido, el semental disfrutaba coleccionar conquistas. Era demasiado guapo para que a alguna le costara trabajo intentar atrapar su corazón salvaje.

Suelen Jones nunca pensó que dejaría su vida en la gran ciudad para irse a vivir al campo. Sin embargo, las deudas se acumularon y, para colmo, su hermano -su único pariente- murió, dejándole un rancho que debía administrar y un sobrino huérfano de apenas tres años.

Aprender a cuidar de una hacienda y criar a un niño no serán sus mayores desafíos cuando se cruce en el camino del mayor seductor del pueblo.



Enlace => https://amzn.eu/d/3Fi67j8

Sinopsis:

Hace cinco años, Jefferson Miller abandonó a su familia y a la empresa para recorrer el mundo a bordo de un barco, en busca de su propio destino. Después de tanto tiempo lejos, regresó a San Francisco para asistir al entierro de su hermano mayor, el único con quien tenía un vínculo profundo.

Pero no esperaba que, además de dejarle la multinacional del sector deportivo, Jonathan también le heredara una esposa.

Para asumir la presidencia de Athena, convertirse en el CEO y aportar estabilidad a los negocios frente al mercado, tuvo que cumplir el último deseo de su hermano: casarse por contrato con su viuda, una mujer diez años menor que él y a quien solo conoció en el funeral.

Clare tenía el empleo de sus sueños trabajando como secretaria de su mejor amigo, al frente de una de las compañías deportivas más importantes del mundo. Sin embargo, un terrible accidente cambiaría su vida para siempre. Jonathan juró protegerla, así que decidió casarse con ella, aunque se trataba solo de una fachada, un acuerdo que también le ayudaría a ocultar su orientación sexual.

Virgen y viuda, nunca imaginó que viviría un gran amor al verse envuelta en un segundo matrimonio por contrato. Pero lo que Clare y Jefferson no sabían era que, en los brazos del otro, podrían encontrar su verdadero refugio.

.



Enlace => https://amzn.eu/d/aAVxVzP

Sinopsis:

Nikos Katsaros, un poderoso hombre de negocios griego, estaba acostumbrado a controlarlo todo en su vida, incluidas sus relaciones. Mujeriego empedernido, nunca se había rendido ante ninguna mujer. Sin embargo, una joven virgen puso su mundo patas arriba.

Jessyka, una joven de 19 años, se encuentra perdida y vulnerable tras descubrir que está embarazada de Nikos, un hombre mucho mayor que ella que está completamente alejado de su realidad. La noticia de su embarazo la deja desesperada, sobre todo porque él ha desaparecido sin dejar rastro.

Mientras Jessyka intenta encontrar una solución para criar sola al bebé, Nikos empieza a reflexionar sobre sus decisiones y lo que realmente importa en la vida. La distancia y el tiempo hacen que el CEO se dé cuenta de que ella es mucho más que una simple aventura, ya que no puede dejar de pensar en ella.

Cuando regresa a Jessyka, descubre que la joven está embarazada. Decidido a conquistarla, Nikos tendrá que redimirse y demostrar que está dispuesto a comprometerse y a ser un padre presente.

.

Mira más libros míos

¡Ve aquí!

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal